NAVIDAD

con cláusula



MAR FERNÁNDEZ

NAVIDAD

con cláusula

MAR FERNÁNDEZ

NAVIDAD CON CLÁUSULA

Copyright © 2025 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Maquetación: *valeriemillerescribe@gmail.com*

All Rights reserved
1ª edición en Noviembre 2025
Safecreative registro: 2511243813008

Sello: Independently published

«Si tuviera que volver a comenzar mi vida,
intentaría encontrarte mucho antes».

Antoine de Saint-Exupéry

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
EPÍLOGO
MAR FERNÁNDEZ
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

15 de Diciembre de 2025

La llamada llegó a las siete cuarenta y cinco de la mañana.

Debra Nicholson, abogada en el distrito legal del Loop de Chicago, jamás respondía a números desconocidos antes de tomar su primer café. Era una regla autoimpuesta, casi sagrada, que rara vez rompía. Pero aquel día lo hizo, sin saber muy bien por qué; quizá por una corazonada que la llevó a aceptar la llamada casi de forma automática.

Se quedó unos segundos en silencio, escuchando la voz al otro lado, mientras el aroma a café recién hecho llenaba su oficina en el Daley Center.

—¿Señora Nicholson? —preguntó una voz femenina con tono formal.

—Señorita —corrigió Debra de manera automática, con sus ojos color caramelo aún puestos en la pantalla del portátil—. ¿Quién habla?

—Soy Margaret Daniels, del condado de Maple Hollow. Lamento informarle que su tía, Mildred Nicholson ha fallecido.

El clic del ratón continuó un par de segundos más, aunque su mente ya no estaba en la oficina ni en los correos que llenaban su bandeja de entrada.

«Falleció».

La palabra se quedó flotando en el aire como una hoja suspendida en el viento.

—¿Millie? —repitió, casi en un susurro.

—Sí, lo lamento mucho —repitió la mujer, con esa voz de quien ha pronunciado la misma frase demasiadas veces.

Debra se quedó observando el reflejo difuso de la ciudad a través de la ventana de su despacho. Los edificios cercanos se alzaban bajo una lluvia fina, indiferentes.

Sintió cómo algo cálido se deslizaba por su mejilla: una lágrima, traicionera, inesperada. La apartó con los dedos, molesta consigo misma por perder la compostura.

Millie era la hermana de su abuelo, una mujer que siempre había estado presente en su vida. Hacía años que apenas se veían, pero entre ambas persistía un lazo firme, tejido con los recuerdos de largos veranos compartidos.

—¿Cuándo? —preguntó Debra.

—Hace tres días —respondió la señora Daniels—. Intenté localizarla, pero no logré comunicarme con usted.

—Lo siento —dijo Debra, con voz apenas audible—. He tenido unos días complicados en el trabajo.

Era una excusa vacía, y lo sabía. Ahora recordaba los *post-it* que su secretaria había dejado sobre el escritorio, sin que ella se dignara a revisarlos.

—No se preocupe —respondió la otra con amabilidad—. Su tía dejó todo dispuesto. El entierro se realizó según sus deseos.

—¿Cómo ocurrió? —consultó Debra, esforzándose por mantener la voz firme.

—Sufrió una caída en la puerta del ayuntamiento hace unas semanas —explicó la señora Daniels con tono sereno—. Al principio no parecía nada grave, solo un golpe en la cabeza. Pero con los días empezó a sentirse rara, algo confundida, más cansada. Resultó que tenía un hematoma subdural, una hemorragia lenta. Ya sabe cómo era Millie: terca como una mula. No quiso ir al hospital hasta que fue demasiado tarde.

Debra bajó la mirada.

—Sí, eso suena a ella…

—Aun así, tuvo tiempo de organizarlo todo —añadió la abogada con suavidad—. Dejó instrucciones precisas, incluso para los detalles más pequeños.

Debra tragó saliva.

—Entonces… ya está enterrada. ¿Por qué me llama?

—Su tía la designó como única heredera. Hay algunos asuntos legales que debemos resolver, incluyendo el rancho.

El rancho.

Aquella palabra despertó en su mente algo que creía enterrado.

Debra no podía precisar la última vez que había estado allí. Quizá hacía quince años, cuando aún llevaba trenzas y creía que el mundo se arreglaba con helado de chocolate y abrazos.

Le venían a la mente los veranos interminables en Maple Hollow, los amaneceres con olor a heno y pan recién hecho, las noches en el porche mientras Millie le contaba historias imposibles sobre renos extraviados y estrellas que concedían deseos.

Recordaba también los abrazos: apretados, calurosos de su tía abuela, de esos que te dejan el alma despeinada.

Pero la vida se había encargado de disipar todo aquello que ahora le caldeaba el pecho como un buen chocolate caliente.

—Entiendo —murmuró con una voz que no reconoció como propia.

—Si me facilita su correo electrónico, le enviaré toda la documentación —continuó la mujer, ya en tono más práctico.

Debra recitó su dirección mecánicamente y luego colgó.

El silencio que siguió fue absoluto.

Se quedó mirando la taza de café que reposaba sobre la mesa, ya fría, con la espuma rota en el borde. Durante unos segundos no supo qué hacer, algo inusual en alguien como ella: metódica, precisa, incapaz de dejar un asunto sin resolver.

El correo seguía abierto. Los contratos esperaban su firma. La vida seguía, sí… pero algo dentro de ella se había removido, un engranaje fuera de sitio que hacía ruido, aunque intentara ignorarlo.

Millie siempre había sido la rebelde de la familia Nicholson, un espíritu demasiado libre para la época en que le tocó nacer. Nunca se casó. Era la que usaba botas de lluvia en pleno verano, la que recogía animales abandonados y la que enviaba postales escritas con tinta morada.

Excéntrica, sí.

Pero también luminosa.

Debra le debía más de lo que quería admitir: su sentido de independencia, su curiosidad, incluso esa risa que aparecía tan pocas veces últimamente.

Inspiró hondo y se pasó una mano por su larga melena castaño claro, cuando la alerta de un nuevo correo la sacó de sus pensamientos. De manera automática, abrió su bandeja de entrada.

Allí estaba: un mensaje nuevo, con el asunto:

«Herencia: Propiedad Rancho Evergreen».

Era de la señora Daniels, pero no llegó a leer ni una sola línea; en ese momento no tenía fuerzas para ello.

Abandonó la silla y se acercó a la ventana, abrazándose a sí misma como si un frío desconocido la envolviera, uno que parecía colarse por todos los poros de su piel.

Afuera, la ciudad seguía con su rutina implacable: los coches rugían bajo la lluvia, las luces de los semáforos parpadeaban sobre el asfalto, y el ritmo frenético de una vida que no esperaba a nadie parecía burlarse de su pausa momentánea.

Su agenda de meses de trabajo intenso pasó ante sus ojos: casos ganados, expedientes interminables, noches sin dormir y reuniones que no tenían fin. Cada detalle la obligaba a recordar que no podía perder el control.

Y, sin embargo, sintió que el tiempo se había detenido en un punto crucial de su vida. Su carrera como abogada despegaba, y su próximo objetivo era montar su propio bufete en los próximos dos años; por eso llevaba meses entregada por completo a *Mains & Richard*. Pero aquel pensamiento trajo consigo otro: debía hablar con sus jefes para reclamar las vacaciones que aún le correspondían, al menos tres semanas, aunque sabía que no les haría la más mínima gracia.

Tenía claro su siguiente paso: viajar a Maple Hollow, firmar los papeles, vender el rancho y volver a su mundo.

***

Unos días después

La carretera se extendía frente a ella como una cinta gris zigzagueante entre montañas cubiertas de nieve. El paisaje era tan hermoso que casi dolía. Abetos altos, picos blancos y un cielo limpio

y despejado. Montana tenía esa clase de belleza que no se discutía, solo se aceptaba.

Debra llevaba tres horas conduciendo desde Chicago, con el calefactor del coche al máximo y una taza de café que ya sabía a cartón. En la radio sonaba, a bajo volumen, música navideña —*Jingle Bell Rock*, por supuesto—, y cada curva del camino le recordaba que se dirigía a un lugar que había olvidado durante mucho tiempo.

El GPS marcó un último giro a la izquierda y luego… silencio. La pantalla se congeló, parpadeó y mostró las temidas palabras: «Sin señal».

—Perfecto —murmuró, dándole un golpecito inútil al aparato —. Muy propio de ti, universo.

Redujo la velocidad mientras la carretera se estrechaba. El cartel que apareció al borde del camino estaba medio cubierto de escarcha, pero aún podía leerse:
«Bienvenidos a Maple Hollow».

El nombre le arrancó una sonrisa involuntaria. Su tía Millie solía firmar sus postales con un dibujo de un arce diminuto, el símbolo del lugar que la vio nacer, como si el pueblo le perteneciera de corazón. Y tal vez, en cierto modo, así era.

A medida que avanzaba por las calles, admiró las casas adornadas con luces cálidas en los porches y coronas verdes en las puertas. Maple Hollow parecía sacado de una postal de Navidad, con su gasolinera antigua, una cafetería que recordaba de su niñez y un letrero que anunciaba el Festival de navidad, que se celebraría en pocas semanas. Un hombre colgaba guirnaldas en la fachada del ayuntamiento, y el aire olía a pino y chocolate caliente.

Debra aparcó frente a la cafetería. Entró más por instinto que por necesidad. El calor del interior le golpeó el rostro junto al aroma de café y dulces caseros.

—Buenos días —la saludó una mujer de cabello dorado recogido en un moño—. ¿De paso o de regreso?

—De paso, creo —contestó Debra, quitándose los guantes para guardarlos en el bolsillo de su abrigo—. Busco el rancho Evergreen.

—¡Ah, el rancho de Millie! —exclamó la mujer, llevándose una mano al pecho—. Qué mujer más encantadora. La echamos mucho de menos por aquí.

Debra sonrió, sintiendo un nudo leve en la garganta.

—Sí… yo también. Soy su sobrina —sintió la necesidad de explicar—. Estoy intentando llegar allí, pero mi GPS ha decidido morirse.

La mujer soltó una risita cómplice.

—Aquí no necesitamos esas cosas. Sigue la carretera hasta el viejo molino, gira a la derecha por el camino de tierra. No tiene pérdida. Aunque… —bajó la voz— puede que el acceso esté un poco complicado. Este invierno ha sido más duro que los anteriores.

—Lo tendré en cuenta. Gracias —dijo Debra agradecida.

—Mi nombre es Lauren, y si necesitas cualquier cosa, aquí estaré —replicó la mujer con una sonrisa amistosa.

—Es usted muy amable.

—Pareces helada, te preparare un café bien caliente —afirmó la mujer antes de darle la espalda.

Poco después Debra salió del local con un vaso de cartón humeante, un bollo de canela y el corazón un poco más ligero. El aire frío la recibió como un balde de agua fría, pero había algo reconfortante en la familiaridad con que la dueña de la cafetería la había tratado.

Una hora después, el paisaje había cambiado. Las casas habían desaparecido, sustituidas por colinas blancas y cercas de madera. Las ruedas del coche chirriaban sobre el hielo, y un par de ciervos cruzaron delante de ella como si el mundo fuera suyo.

El camino de tierra apareció justo donde Lauren había dicho. Giró despacio y siguió el sendero bordeado por pinos.

Cuando por fin distinguió la puerta de entrada, el corazón le dio un vuelco.

Allí estaba el letrero del rancho, tan torcido como lo recordaba. Las cercas, gastadas por los años; el granero rojo; la casa principal, con su chimenea de piedra. Todo parecía detenido en el tiempo.

Detuvo el coche frente al porche y apagó el motor. El silencio era tan absoluto que podía oír su propia respiración.

Se quedó un momento mirando aquel lugar que alguna vez había sido su refugio infantil, el sitio donde Millie le enseñó a montar a caballo, a recolectar los huevos de las gallinas, a no temerle a la soledad.

Y, sin embargo, ahora todo le resultaba ajeno.

Como si aquel lugar perteneciera a otra versión de sí misma, una que había quedado atrás hacía mucho tiempo.

Suspiró, abrió la puerta del coche y hundió las botas en la nieve recién caída.

—Bueno, tía Millie… aquí estoy —murmuró—. A ver qué demonios se supone que voy a hacer con todo esto.

El viento le revolvió el cabello y, por un instante, creyó oír una risa suave, casi familiar, desvaneciéndose entre los árboles.

Alzó la vista. De la chimenea de la casa principal salía una columna de humo.

Frunció el ceño.

—¿Pero qué…?

No tenía sentido: nadie debía estar allí.

Avanzó despacio, con el corazón golpeándole en el pecho, mientras una sombra se movía dentro del granero.

CAPÍTULO 2

La nieve crujía bajo sus botas mientras avanzaba por el sendero hacia el granero.

A cada paso, el aire se volvía más frío, cargado con el olor a heno, madera y cuero.

De pronto, un perro surgió a su lado, ladrando con furia.

Era un *Border Collie*, de pelaje negro y blanco, con los ojos dorados fijos en ella, como si evaluara si debía atacar o dejarla pasar.

Debra se detuvo en seco; el corazón le golpeaba contra el pecho y su respiración se volvió irregular.

Un silbido breve y enérgico cortó el aire, seguido de un nombre: Roger. El animal guardó silencio al instante y se desvaneció entre las sombras.

—Genial —murmuró, intentando recuperar el aliento—. El rancho encantado… y ahora también ocupado.

Reunió el valor suficiente para dar un paso más. No sabía si esperaba encontrarse con un ladrón, un fantasma o algún ocupa.

—¿Hola? —saludó con voz temblorosa—. ¿Hay alguien ahí?

El perro regresó, esta vez con el rabo en alto y un trote confiado, como si de repente la reconociera.

Entonces lo vio.

Una silueta se recortaba en la penumbra del pasillo: alta, firme, con un sombrero de ala ancha.

—Depende de quién pregunte —dijo una voz grave.

—¿Quién… quién eres? —preguntó Debra, intentando mantener la calma mientras el corazón le golpeaba el pecho—. ¿Qué haces aquí?

—Soy Cole Hollister —respondió él, con una calma que parecía casi un desafío—. Y Vivo aquí.

Debra dio un respingo.

De entre las sombras emergió un hombre alto, de hombros firmes y cabello oscuro, despeinado por el viento. Llevaba una

chaqueta de cuero gastado sobre una camisa de cuadros azul y marrón que le daban un aire descuidado. Sus ojos grises, acerados, la observaban con una mezcla de recelo y curiosidad.

Debra parpadeó, sin saber qué decir.

—¿Vives… aquí? —repitió, incapaz de ocultar la incredulidad —. Yo… este rancho es mío.

Cole arqueó una ceja, evaluándola con calma, como si intentara descifrar un acertijo que no le interesaba demasiado.

—¿Ah, sí? Pues no lo parece.

—¿Perdón? —Debra frunció el ceño.

—Digo que no tiene mucha pinta de alguien que viva en un rancho —Su mirada descendió brevemente, de sus botas limpias al abrigo azul entallado—. Ni botas embarradas, ni guantes, y ese abrigo… que poco te protegerá de las temperaturas bajo cero de Montana.

Debra tragó saliva, más confundida que ofendida, algo poco habitual en ella. Todos sus planes de inspeccionar el lugar y organizar la venta se desmoronaban ante la presencia de un desconocido que, por lo visto, la consideraba una intrusa.

—¿Y tú? —preguntó finalmente—. ¿Eres… un trabajador de mi tía? Porque no recuerdo que nadie me dijera que el rancho estaba habitado.

Cole dejó escapar un leve suspiro, como si no tuviera ganas de dar explicaciones.

—No trabajo para nadie —aclaró finalmente—. Vivo aquí. Millie me alquiló el rancho hace años para mi negocio de cría de caballos.

—No… no sabía que alguien… —tartamudeó Debra, buscando las palabras correctas—. Nadie me dijo que habría un… un residente.

—Pues ya lo sabes —contestó Cole, encogiéndose de hombros—. Y si planeabas echarme, vas a tener que esperar a que se cumpla el contrato.

Debra apretó los labios, entre la sorpresa y la frustración. Había imaginado que el rancho estaría vacío, silencioso, listo para que ella lo reclamara, organizara y cerrara ese capítulo de su vida.

En cambio, se encontraba frente a un hombre con mirada de acero, y que se creía tan dueño del lugar como lo había sido su tía.

—No estoy aquí para echar a nadie —dijo, intentando mantener un tono firme—. Solo quería… ver el lugar.

—Perfecto —dijo Cole, girándose hacia los establos—. Puedes mirar todo lo que quieras, pero cuidado con la yegua del fondo. No le gustan los desconocidos.

—Vaya, qué coincidencia —murmuró Debra sin poder contenerse—. A mí tampoco me gustan los desconocidos.

Cole no respondió, simplemente pasó junto a ella, de una manera segura y arrogante. El perro lo siguió, dando un par de vueltas antes de tumbarse a sus pies. Debra lo observó, contrariada y un poco intimidada.

—Oye, espera —dijo, apresurando el paso tras él—. Pensaba pasar unas semanas en el rancho.

Cole se detuvo y la miró por encima del hombro, como si sopesara sus palabras antes de decidir si valía la pena contestar.

—¿Y? —cuestionó, con voz seca. No era su problema que la sobrina de Millie hubiera aparecido de la nada.

—Pues que pensaba quedarme en la casa —replicó Debra, firme—. Pero dadas las circunstancias… podrías decirme si hay algún hotel, hostal, lo que sea, donde pueda hospedarme en el pueblo.

—Me temo que no —contestó Cole, y una chispa divertida cruzó fugazmente sus ojos grises al ver la desilusión reflejada en los de ella, cálidos como el caramelo.

Debra deseó gritar, patalear, cualquier cosa, pero al notar el brillo burlón en su mirada, apretó los labios y se irguió, decidida a no dejarse intimidar, aunque él aún le sacaba una cabeza de altura.

—Pues me quedaré en *mi casa* —subrayó las palabras, lista para presentar batalla.

—Por mí, perfecto —replicó Cole—. La llave está debajo del tiesto de la entrada. Siéntete como en *tu casa* —añadió, con un deje sarcástico apenas disfrazado.

—Ah, maravilloso —respondió Debra, levantando la barbilla para disimular la frustración—. Supongo que el sarcasmo del inquilino también viene con la propiedad.

Una sonrisa breve, casi imperceptible, cruzó el rostro de Cole antes de que su expresión volviera a endurecerse. Sin decir una palabra más, se giró y se dirigió hacia el cercado de caballos, dejando que el viento levantara su chaqueta de cuero mientras se perdía entre la luz apagada del mediodía.

Debra lo observó un instante, el corazón todavía latiéndole con fuerza. El rancho parecía enorme y silencioso ahora, con solo el crujido del suelo helado bajo sus botas y el murmullo del viento entre los árboles. Había venido a reclamar un legado, pero pronto se dio cuenta de que no lo tendría tan fácil.

Con determinación, Debra se acercó a la casa, subió los escalones del porche y localizó la dichosa maceta. La levantó con cuidado y, debajo, encontró la llave. Respiró hondo y se inclinó hacia la cerradura, introduciéndola con firmeza y girándola con suavidad. La cerradura cedió con un chasquido seco, y la puerta principal se abrió con un quejido largo y cansado. Un golpe de aire frío la recibió, mezclado con el aroma familiar a madera antigua. Se detuvo un instante en el umbral, dejando que la nostalgia y la extrañeza la recorrieran mientras contemplaba el salón sumido en penumbra.

Encendió la luz. Las bombillas parpadearon un par de veces antes de iluminar la estancia. Todo estaba casi igual a como lo recordaba: las cortinas bordadas por su tía Millie, la vieja lámpara de pie junto al sofá, las estanterías llenas de libros sobre caballos y recetas caseras. Pero había algo distinto.

Sobre la mesa del comedor, algunos papeles dispersos y un cuaderno abierto sugerían que alguien había estado trabajando allí hacía poco. En un rincón, unas botas gastadas y un par de guantes de cuero descansaban junto a la chimenea apagada. Del perchero colgaba un abrigo oscuro, con la solapa ligeramente doblada, y un sombrero de ala ancha que parecía haber sido colgado con la misma prisa de quien llega a casa sin avisar. Debra frunció el ceño y un escalofrío le recorrió la espalda. Cada detalle hablaba de la presencia de aquel hombre, recordándole que no estaba sola en la casa de su tía.

«A la mierda, Cole Hollister», se dijo en silencio antes de volver al pasillo y subir las escaleras. Sin perder tiempo, llegó al

segundo piso y dejó su bolso en la habitación de invitados, la misma que había sido suya de niña. Todo seguía intacto: la colcha tejida a mano, el armario de roble, el espejo ovalado junto a la cama, testigos silenciosos de su infancia. Con cuidado, sacó de la maleta unos *jeans* cómodos y un jersey de cuello alto color crema, prendas cálidas y prácticas, más acordes con el frío que la había recibido en Montana. Se cambió rápidamente, dejando la ropa que se había quitado doblada sobre la silla metódicamente.

Un vistazo rápido a la habitación le trajo recuerdos de su infancia: los juguetes que había dejado, las historias que su tía le contaba por las noches y el eco de risas antiguas que parecía flotar entre las paredes. Respiró hondo, dejando que la mezcla de nostalgia y determinación la acompañara mientras bajaba al piso inferior, lista para continuar su exploración.

Volvió al salón y encendió la chimenea. El fuego tardó unos instantes en prender, pero cuando lo hizo, llenó la habitación de un calor tenue y el crepitar de la leña añadió un ritmo pausado al silencio. Entonces recordó algo importante: no había comido nada en todo el día. Con un suspiro, se levantó y se dirigió a la cocina. Allí descubrió una sartén secándose en el escurridor, una taza azul olvidada en la encimera y una pequeña radio apoyada en la repisa. Cada detalle hablaba de rutina; no cabía duda de que Cole vivía allí.

Abrió el refrigerador y examinó su contenido: leche, huevos, carne envuelta en papel de carnicero y un par de botellas de cerveza. En el estante inferior, un frasco de mermelada casera llamó su atención; la etiqueta estaba escrita a mano con la letra de Millie. La nostalgia la atrapó de nuevo, un recuerdo dulce y punzante a la vez. Para alejarse de esa sensación, se dirigió a la alacena y encontró pan de molde. Tomó un par de rebanadas, algo de jamón y queso, y preparó un sencillo *sándwich*. Luego se sentó en la mesa redonda junto a la ventana, donde tantas veces había compartido momentos con su tía, dejando que el aroma del pan y el calor tenue que llegaba de la chimenea del salón le ofrecieran un instante de calma.

El perro apareció, olfateando con curiosidad, y Debra sonrió.

—Hola de nuevo —murmuró—. Tú tampoco me esperabas, ¿eh?

El animal movió la cola y comenzó a husmear los muebles con una mezcla de curiosidad y precaución, como si revisara que todo estuviera en orden antes de permitirse relajarse. Olisqueó el suelo, inspeccionó las patas de las sillas y, finalmente, se acomodó en un cojín gastado que claramente era su refugio favorito. Se acurrucó sobre él, hundiendo la cabeza entre las patas delanteras, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Sus ojos brillaban con un destello de tranquilidad mientras observaba a Debra acabar con su improvisada comida, aceptando su presencia sin perder la vigilancia habitual.

Debra lo observaba desde su posición.

—Supongo que tú eres el verdadero dueño del lugar —dijo en voz baja, con una mezcla de reproche y admiración.

Mientras revisaba la cocina, su mirada cayó sobre un pequeño estante donde Millie solía colocar fotos familiares. Una imagen en particular capturó su atención: ella misma, de niña, riendo mientras trataba de montar un poni bajo la atenta mirada de su tía. La sonrisa de Millie era cálida y tranquila, y por un instante, Debra pudo sentir la misma seguridad que aquella tarde. Justo al lado, un frasco de canela con la etiqueta desgastada le devolvió el olor de las galletas recién horneadas, mezclado con la risa de Millie.

A través de la ventana distinguía una silueta entre los caballos: era Cole, concentrado en sus tareas. Lo observó recorrer cada corral, acariciar a los animales y comprobar que los bebederos tuvieran agua y que no estuviera helada. En cada movimiento se reflejaban la rutina, la dedicación y el profundo conocimiento que tenía de aquel lugar. Entonces, Debra comprendió que, aunque la casa le perteneciera en los papeles, era él quien realmente daba vida al rancho.

Soltó un largo suspiro, recogió el plato y el vaso que había usado y los lavó en la pila, ya que la cocina de su tía nunca había tenido lavavajillas. Luego regresó al salón y se acurrucó en el sillón orejero junto al fuego, dejando que la calidez de la chimenea se mezclara con los recuerdos y con la escena de la que había sido

testigo a través de la ventana de la cocina. Había irrumpido en un mundo que no le pertenecía por completo y, aun así, por primera vez en horas, se sintió un poco como en casa.

—¿Qué voy a hacer ahora? —murmuró en voz alta, con un tono más inseguro del que habría querido.

Había llegado a aquel pequeño pueblo perdido de Montana con la intención de resolver el asunto de la herencia y regresar cuanto antes a su vida en Chicago. Parecía sencillo: firmar los papeles, vender el rancho y marcharse. Pero la aparición de Cole Hollister había cambiado todos sus planes.

CAPÍTULO 3

El cansancio había vencido a Debra y se hallaba medio dormida cuando la puerta se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de viento helado que la sacudió por completo. Escuchó las botas resonar en la entrada. Un segundo después, Cole apareció en el umbral y clavó en ella su mirada gris antes de adentrarse en la habitación.

—¿Ya se ha instalado, señorita…? —preguntó con un tono neutral, casi distante—. Perdón, ¿cuál era su nombre? Antes no se presentó.

—Debra Nicholson —respondió ella desde el sillón, sin levantarse.

—¿Ha encontrado todo de su gusto, señorita Nicholson? —replicó Cole, con una expresión entre divertida y cautelosa.

—Sí, más o menos —respondió Debra, alzando la vista hacia él—, aunque todavía intento entender por qué mi casa parece la tuya —añadió, dejando atrás cualquier formalidad.

Cole esbozó una sonrisa breve, y por un instante, un destello de molestia cruzó su rostro curtido por el frío antes de desvanecerse.

—Porque la he mantenido en pie mientras nadie más lo hacía.

—No te lo pedí — objetó Debra molesta.

—Tampoco lo hice por ti —replicó él, encogiéndose de hombros.

—Eso es evidente —respondió Debra con un toque de sarcasmo.

El silencio se instaló entre ambos, denso, pero no hostil. Solo el crepitar de la leña llenaba el aire. Cole dejó el abrigo en el perchero y se sentó en el sofá frente a ella.

—Bien, hablemos claro —dijo con firmeza—. Sobre el rancho y los animales.

Debra inspiró hondo. Sabía que aquella conversación no sería fácil. Le habría gustado decirle que estaba agotada y que sería mejor dejarlo para el día siguiente, pero eso solo habría retrasado lo inevitable.

—Está bien —comenzó, buscando mantener la calma—. Es simple. Mi tía falleció y he heredado el rancho. Y teniendo en cuenta que mi vida está en Chicago, estoy considerando venderlo. Pero antes necesito evaluarlo. Y de repente descubro que tú… tú vives aquí.

Cole apoyó los codos sobre las rodillas, observándola con una mezcla de cautela y resignación.

—Ah, así que piensas venderlo —dijo con voz grave—. Y de paso, desalojarme a mí y a los animales.

Debra frunció el ceño, intentando mantener la calma.

—No es una cuestión personal. Es una decisión práctica. Tengo mi vida en Chicago, soy abogada y planeo abrir mi propio bufete.

—Práctica —repitió él, con una sonrisa breve y sin humor—. Supongo que eso significa que no tienes la menor intención de continuar con el legado de tu tía. Como si todo lo que ella atesoró durante décadas no valiera nada —añadió, sin molestarse en disimular el enfado.

Ella enderezó la espalda, incómoda ante el tono de su voz, pero también herida por la acusación.

—Eso no es justo —replicó Debra, conteniendo el impulso de alzar la voz—. No me conoces, ni sabes lo que mi tía significaba para mí.

Cole le sostuvo la mirada, imperturbable.

—Solo sé que ella dio su vida por este lugar. Y ahora tú planeas venderlo como si fuera una propiedad cualquiera.

—No pretendo discutir contigo —dijo finalmente ella, con voz más suave—. Solo quiero resolver esto de la forma más justa posible. Tienes que comprender que mi vida y mi futuro esta en Chicago.

Cole la miró un momento más, luego asintió despacio.

—Entonces empecemos por lo básico. Los animales no pueden irse de un día para otro. Necesitan tiempo, transporte y un destino seguro.

Debra lo observó en silencio. A pesar de su tono firme, en su voz había una serenidad práctica que no esperaba.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó al fin.

Cole se recostó en el sofá, pensativo.

—Hasta después de Navidad. tres semanas. No más.

Debra dudó un instante antes de asentir.

—De acuerdo. Después de Navidad. Pero quiero el rancho listo para la venta.

—Trato hecho —respondió él, sin apartar la mirada del fuego.

Durante un largo minuto, ninguno habló. El perro, que había entrado en el salón sin que nadie se percatara de su presencia, dormía junto a la chimenea. El aire del salón se había vuelto más tranquilo, aunque la tensión aún flotaba en el aire, como el humo que ascendía perezoso hacia la chimenea.

Debra dejó escapar un suspiro largo, como si con él soltara todo el peso de la conversación.

—Bueno, ha sido un día largo —dijo al fin, levantándose despacio—. Creo que me iré a descansar.

Cole asintió sin moverse del sofá.

—Supongo que habrás ocupado el cuarto rosa —murmuró—. Hay una pequeña estufa de gas, enciéndela, no pases frío.

—Gracias —respondió ella, algo sorprendida por el tono casi amable.

Los pasos de Debra resonaron brevemente sobre la madera del suelo antes de apagarse con el leve chasquido de una puerta al cerrarse. El silencio volvió a adueñarse del salón, solo interrumpido por el crepitar del fuego y el golpeteo del viento contra las ventanas. Cole se recostó en el sofá, dejando que su mirada se perdiera entre las llamas.

No podía negar que la llegada de Debra había alterado la calma de su vida. Desde la muerte de Millie, había sabido que aquel momento llegaría: que alguien de la familia heredaría el rancho y él

tendría que marcharse. Era lo lógico. Pero nunca imaginó que sería la sobrina de Chicago.

Recordaba haber oído a Millie hablar de ella, y siempre la había imaginado como una mujer fría, práctica, una extraña de ciudad incapaz de entender la vida en el campo. En parte, lo era. Pero también había algo más: una firmeza en su voz, una chispa de curiosidad, la misma determinación que una vez vio en los ojos de Millie.

Se pasó una mano por la nuca y dejó escapar un suspiro cansado.

—Chicago —murmuró para sí—. Claro, tenía que venir de la ciudad.

El perro levantó la cabeza al oírlo, y Cole sonrió apenas, como si aquel gesto bastara para aliviar la tensión que lo oprimía.

—Tranquilo, viejo —dijo, rascándole detrás de la oreja—. No será para tanto. tres semanas y todo volverá a la normalidad… aunque sea en otro lugar —añadió, con una preocupación apenas perceptible en su voz.

Cuando por fin apagó las luces y se dirigió a la cocina para comer algo, el rancho quedó en calma. Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo los campos y los establos bajo un manto silencioso. Y aunque Cole se esforzaba por convencerse de que la presencia de Debra sería solo temporal, en el fondo intuía que su llegada había cambiado algo dentro de sí.

***

Al día siguiente

El viento invernal azotaba la carretera mientras Debra conducía hacia Maple Hollow. La escarcha acumulada en los bordes del camino crujía bajo las ruedas del coche, y el aire helado le recordaba que el rancho, por muy hermoso que fuese, quedaba lejos de cualquier comodidad moderna.

Mientras avanzaba, repasaba mentalmente la lista de asuntos pendientes: recoger el testamento de su tía, resolver los trámites legales del rancho, encontrar una forma de conseguir conexión a

internet para atender los casos del bufete que no podía desatender y, por último, visitar las tiendas locales para abastecer la casa.

Cuando llegó al pueblo, las chimeneas humeaban a lo lejos y el hielo colgaba de los tejados como una barba blanca y silenciosa. Debra aparcó frente a un edificio de piedra antigua, con amplios ventanales y un cartel de letras doradas que rezaba: *«Daniels & Asociados».*

Antes de entrar, se quedó un momento mirando su reflejo en el cristal. Se alisó el cabello castaño, que había escapado del recogido, y se ajustó el abrigo. En la ciudad, esa clase de gesto era automático; aquí, sin embargo, le servía de armadura. Luego tomó aire y empujó la puerta.

Una campanilla tintineó sobre su cabeza. El interior olía a papel viejo, tinta y café recién hecho. Había estanterías repletas de archivadores perfectamente etiquetados, montones de documentos atados con cintas y fotografías. En una esquina, un reloj de péndulo marcaba con solemnidad el paso lento del tiempo.

Tras el escritorio, una mujer de cabello gris cuidadosamente recogido la observaba por encima de unas gafas de montura fina. Vestía un traje sastre oscuro y una blusa color marfil, impecable pese al polvo que flotaba en el ambiente. Su postura transmitía esa mezcla de cortesía y autoridad que solo los años de práctica podían dar.

—Buenos días —saludó, acercándose—. Soy Debra Nicholson.

La mujer sonrió con calidez y se levantó de inmediato para estrecharle la mano.

—Buenos días, querida. Soy Margaret Daniels —dijo con voz serena—. Lamento mucho lo de su tía. Era una mujer… singular.

—Gracias, señora Daniels —respondió Debra con un apretón firme—. Vine por el testamento y para revisar los asuntos del rancho.

—Por supuesto —dijo Margaret, volviendo a su asiento e indicando con un gesto a Debra que ocupara una de las sillas situadas frente a su escritorio—. Su tía dejó todo muy organizado, como era de esperar. Pero… —hizo una pausa breve, con un brillo curioso en la mirada— también dejó una cláusula un tanto particular.

Debra arqueó una ceja, acostumbrada a lidiar con contratos imposibles y testamentos enrevesados, pero intrigada pese a sí misma.

—¿Particular en qué sentido?

Margaret comenzó a revisar un legajo de hojas, marcadas con notas en tinta azul.

—Bueno… —dijo al fin, ajustándose las gafas—su tía especificó que la herencia no podrá hacerse efectiva hasta que cumpla una condición muy concreta.

—¿Cuál? —preguntó Debra, muerta de la curiosidad.

—Debe hornear, en la cocina del rancho, *sus galletas de jengibre y canela* siguiendo exactamente la receta que dejó escrita a mano… y entregarlas al comité de Navidad para su venta en la feria anual.

Debra parpadeó, incrédula.

—¿Está hablando en serio?

—Completamente —respondió la abogada, conteniendo una sonrisa—. Añade que: «las galletas son el alma del espíritu navideño, y el rancho no debe pasar a manos de alguien incapaz de mantener viva la tradición».

Debra soltó una risa corta, mezcla de incredulidad y resignación.

—Así que debo convertirme en repostera para heredar el rancho. Mi tía sabía exactamente cómo torturarme.

—Y, por lo que parece, también cómo asegurarse de que la casa siga oliendo a Navidad —dijo Margaret con tono amable.

Debra suspiró, sin poder evitar que la ironía se le escapara en una mueca.

—Supongo que no puedo discutir con los muertos —murmuró.

—No en este despacho, al menos —respondió la abogada con una media sonrisa.

Un silencio breve las envolvió, roto solo por el *tic-tac* del reloj y el viento que silbaba al otro lado del ventanal. Debra firmó los documentos con gesto meticuloso, el bolígrafo deslizando su trazo

sobre el papel con la precisión de quien ha pasado media vida haciéndolo.

Ya dentro del coche, Debra colocó la carpeta de documentos en el asiento del copiloto y se permitió una sonrisa que oscilaba entre el fastidio y la ternura. *Hornear galletas para Navidad.* Si su tía había querido ridiculizarla póstumamente, lo había conseguido con precisión quirúrgica. Debra apenas sabía hervir agua sin consultar antes una guía paso a paso. Para ella, la cocina era territorio enemigo: un lugar donde el caos dominaba y las leyes del sentido común parecían suspendidas.

Mientras el motor cobraba vida con un ronroneo grave, un recuerdo se abrió paso entre el zumbido del viento. Volvió a verse en las Navidades de su infancia, en la cocina del rancho, con el aire saturado de harina y canela. Su tía Millie, con un delantal floreado y un moño siempre a punto de deshacerse, trataba de imponer orden sobre un pequeño ejército de sobrinos revoltosos. Nadie la obedecía. El perro se escabullía para robar la mantequilla, los niños discutían por los moldes en forma de estrella y el horno gemía como una criatura hambrienta.

Aun así, Millie reía. Siempre reía. Tenía esa clase de alegría que contagiaba incluso en medio del desastre, y decía que el secreto estaba en: «*no seguir la receta al pie de la letra*». Para Debra, incluso a los diez años, aquella idea era una herejía: las reglas estaban para cumplirse, no para adornarlas con improvisaciones. Y sin embargo, recordarlo ahora le provocó una punzada de nostalgia, como si entre la harina y el desorden de entonces se escondiera algo más que simple desobediencia: una forma de vivir.

Una ráfaga de viento sacudió el coche, cubriendo el parabrisas con copos gruesos. Debra encendió la calefacción y observó cómo el vaho se disipaba lentamente del cristal. La radio chisporroteó un instante antes de sintonizar una emisora local que reproducía villancicos desafinados, interpretados con más entusiasmo que talento.

—Está bien… —murmuró, ajustando el cuello de su abrigo azul para cubrir su piel—. Sigamos con lo que tengo pendiente.

Lo dijo en voz alta, como si pronunciándolo pudiera darse valor. Iba a necesitarlo. Porque enfrentarse a las excentricidades de la tía Millie no solo implicaba cumplir una cláusula absurda, sino volver a un lugar que olía a infancia, a promesas olvidadas y a una versión de sí misma que había dejado atrás hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 4

El camino hacia el rancho se extendía blanco y silencioso, bordeado por pinos cubiertos de nieve que se inclinaban bajo su peso. Debra redujo la velocidad al tomar la última curva; el motor del coche rugía con esfuerzo mientras ascendía por el sendero estrecho que conducía a la propiedad.

Frente a la casa, detuvo el vehículo y abrió la puerta. El aire frío la golpeó de inmediato, un cuchillo helado que le enrojeció las mejillas. El crujido seco bajo sus botas rompió la quietud, mientras el viento soplaba con una insistencia juguetona, arremolinando copos que se pegaban a su abrigo.

Con esfuerzo, abrió el maletero y empezó a descargar las bolsas de la compra: provisiones, productos de limpieza, una cafetera nueva, su prioridad número uno, y un pequeño kit de conexión a internet por satélite, su única esperanza de seguir trabajando desde aquel rincón del mundo.

Subió los escalones del porche con dificultad, el cuerpo entumecido y las manos agarrotadas por el frío. Empujó la puerta de la cocina con el hombro y se detuvo un instante al sentir el aire cálido envolviéndola. Agradeció, casi con alivio, la temperatura placentera que contrastaba con el exterior.

Dejó las bolsas sobre la mesa y comenzó a colocar cada cosa en su sitio. Sus movimientos eran precisos, casi clínicos: una lata junto a otra, las etiquetas alineadas, los paquetes ordenados por tamaño. Aquella era su manera de imponer orden en el caos, de domesticar un lugar que aún le resultaba ajeno. Cada pequeño ajuste, una silla enderezada, una superficie limpia, una etiqueta bien orientada, le devolvía una ilusión de control que necesitaba más de lo que admitiría.

Estaba guardando una lata de sopa en la alacena cuando un golpe seco la hizo girar. La puerta trasera se abrió de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire helado que hizo volar las cortinas y apagó el breve calor que había logrado acumularse.

—¡Por el amor de…! —exclamó Debra, llevándose una mano al pecho para intentar mitigar los alocados latidos de su corazón.

El viento seguía colándose por la puerta abierta cuando una silueta apareció en el umbral. Era una mujer de estatura media, envuelta en un abrigo largo de lana color mostaza, con las mejillas encendidas por el frío. Su cabello, cortado al estilo garçon y teñido de un azul eléctrico que brillaba bajo la luz de la cocina, escapaba en mechones rebeldes bajo un gorro de punto morado.

—Santo cielo, qué frío hace ahí fuera —dijo con voz firme, cerrando la puerta de un empujón. Luego levantó la vista y sonrió—. Tú debes de ser Debra. Te habría reconocido en cualquier parte. Tienes la misma mirada decidida que tu tía Millie.

Debra, todavía con la mano en el pecho, pudo al fin hablar.

—Y usted debe de ser la responsable de casi darme un infarto.

La mujer soltó una carcajada profunda que llenó la habitación.

—Lou Caldwell. Y, sí, me temo que suelo causar ese efecto.

Se quitó el gorro y los guantes con naturalidad, como si entrara a una casa propia. A pesar de su edad, Lou irradiaba vitalidad. Llevaba unos pendientes grandes de aro, una bufanda estampada y botas negras de suela gruesa que parecían pensadas para desafiar cualquier tormenta. Sus ojos color miel, recorrían la estancia con una mezcla de curiosidad y aprobación.

—Has estado ordenando —observó—. Millie habría dicho que ya hacía falta una mano firme por aquí.

—Supongo que era inevitable —replicó Debra, aún algo desconcertada—. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí exactamente?

Lou dejó el bolso sobre la mesa y se acercó a la estufa, frotándose las manos para calentarlas.

—Vine a darte la bienvenida, Margaret me avisó de que ya habías llegado. Y también a darte un encargo de parte de tu tía —añadió, girándose para clavar su mirada en ella con emoción.

Debra la miró, arqueando una ceja.

—Eso suena preocupante —murmuró.

—Depende de cuánto te asuste la Navidad —repuso Lou, sonriendo—. Verás, tu tía era la presidenta del Comité Navideño de Maple Hollow. Coordinaba todo: el desfile, el coro, la decoración, los donativos, hasta el maldito concurso de galletas. Y ahora, sin ella, el pueblo está… digamos que un poco desorientado.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

Lou soltó un suspiro teatral y rebuscó en su bolso hasta sacar un archivador rojo, abultado y lleno de papeles amarillentos. Lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Todo.

Debra la miró con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—No me diga que pretende que yo…

—Exactamente —interrumpió Lou, con una sonrisa que no admitía réplica—. Que tomes el relevo. Millie dejó todo por escrito. Dijo que solo tú podrías continuar su labor.

Debra rio, incrédula.

—Eso no puede ser cierto. Apenas sé organizar una reunión de personal, y eso con un asistente que me pasa recordatorios cada media hora.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo Lou, cruzándose de brazos —. Millie no se equivocaba con la gente, tenía un radar.

La abogada la observó con atención. Había algo desconcertante en aquella mujer: una mezcla de excentricidad y sentido práctico que resultaba imposible de clasificar. El color azul de su cabello, lejos de parecerle ridículo, le daba un aire de audacia que Debra no pudo evitar admirar.

Lou abrió el archivador y extendió varias hojas sobre la mesa. Eran listas escritas a mano, diagramas de colores, presupuestos y una sección titulada: *«Plan de emergencia si Debra se niega»*.

—¿Esto es una broma? —preguntó Debra, tomando una hoja al azar.

—Ojalá. —Lou sonrió con malicia—. Si no tomas el cargo, el pueblo se hundirá en el caos. Créeme, ya se están peleando por quién debe quedar al frente del Comité Navideño.

—No tengo tiempo para esto. Vine a resolver el testamento y organizar el rancho. No puedo encargarme de fiestas.

—Millie decía que las fiestas eran lo único que mantenía unido a este pueblo. Y que sin ellas, Maple Hollow sería solo un punto blanco en el mapa —repuso Lou, con un tono más suave—. De hecho, el comité se reunirá dentro de dos días. Iban a posponerlo por respeto, pero cuando supieron que habías llegado, decidieron continuar. Dicen que sería… lo que tu tía hubiera querido.

Debra parpadeó, sorprendida.

—¿Ya lo saben?

—Querida, en este pueblo las noticias viajan más rápido que el viento.

El comentario arrancó a Debra una sonrisa involuntaria.

—Y supongo que esperan que yo asista a esa reunión.

—Esperan, no. Cuentan con ello —corrigió Lou, con una sonrisa traviesa—. No prometo que no te pongan una guirnalda al cuello en cuanto entres, pero te aseguro que sobrevivirás.

Lou aprovechó ese instante para servirse una taza de la cafetera recién estrenada.

—Buen gusto, por cierto —comentó—. Este modelo es una maravilla.

Debra apenas sonrió.

—Supongo que, aunque me resistiera, no tengo muchas opciones, ¿verdad?

—Puedes resistirte todo lo que quieras —respondió Lou, dándole una palmadita en el hombro—. Pero si no aceptas, vendrán todos los miembros del comité aquí a rogarte. Y no te conviene que eso ocurra. Algunos traen villancicos como arma.

Debra soltó una pequeña risa, a su pesar.

—De acuerdo, asistiré a esa reunión.

Lou asintió con aire triunfal y se apoyó en la encimera, disfrutando de su café como si se tratara de una victoria personal.

—Perfecto. Será dentro de dos días, en el salón comunitario, a las seis de la tarde. Sabía que lo harías. Tienes el temple de los Nicholson. Y el mal genio, también.

La frase quedó flotando en el aire, entre risas contenidas y el rumor del viento en las ventanas. Cuando Lou se marchó poco después, dejando el archivador sobre la mesa, Debra se quedó

observando el objeto rojo como si fuera una bomba a punto de estallar.

En la tapa, con la caligrafía firme de su tía, podía leerse: «Plan Navideño 2.0: que nada se venga abajo».

Suspiró, se pasó una mano por el cabello y murmuró:

—Esto va a ser un desastre.

Pero en el fondo, aunque no lo admitiera, una chispa de curiosidad comenzaba a prender en su interior.

***

El crepúsculo ya había caído sobre los campos cuando Cole regresó al rancho. Su camioneta avanzaba despacio por el camino nevado. Había pasado las últimas horas reparando una cerca que el viento había derribado y llevando forraje a los establos. Sus músculos estaban entumecidos, las manos heladas y una capa de rocío cubría sus botas.

Lo único que deseaba era una ducha caliente, algo de cena y un poco de silencio.

Al entrar en el porche, notó de inmediato que algo no encajaba. El felpudo era nuevo, el anterior estaba roto y siempre estaba torcido. Y sus zapatillas de estar en casa, que dejaba cada mañana bajo el banco junto a la puerta, no estaban en su sitio.

Frunció el ceño, se quitó las viejas botas polvorientas y entró en la casa en calcetines, sintiendo cómo sus pies se helaban aún más, si eso era posible.

Abrió la puerta de la cocina y un olor extraño, una mezcla indefinible de detergente, quemado y algo más que no lograba identificar, lo golpeó en la cara.

—¿Qué demonios…? —murmuró, dejando el sombrero sobre el perchero.

La estancia estaba distinta. La mesa, antes cubierta con un sinfín de objetos dispares, ahora lucía despejada. Las cortinas estaban abiertas, los estantes limpios, y hasta el reloj de pared, que llevaba meses detenido a las tres y cuarto, marcaba la hora exacta.

Sobre la encimera, un par de velas encendidas daban un aire cálido al que no estaba acostumbrado.

Y allí estaba Debra, con un delantal de cuadros que claramente había encontrado en algún cajón olvidado, el cabello recogido a medias y una expresión concentrada que indicaba que la cocina estaba ganando la batalla. Revolvía algo en una olla mientras consultaba su teléfono, seguramente siguiendo una receta.

Cole cruzó los brazos y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Bueno, eso explica ciertos olores —dijo con una media sonrisa.

Debra se giró sobresaltada, y la cuchara de madera cayó con un sonido hueco sobre el suelo.

—¡Por Dios, Cole! No puedes aparecer así sin avisar.

—Es mi casa —replicó él, divertido—. No necesito avisar para entrar en la cocina.

—Ahora es nuestra casa —corrigió Debra con tono diplomático—. Y si no te importa, preferiría que avisaras cuando llegas como un vendaval.

Cole arqueó una ceja.

—Ya veo. También cambiaste el felpudo y mis zapatillas han desaparecido.

Ella le sostuvo la mirada con frialdad.

—Era un obstáculo para la seguridad. Casi me mato esta mañana.

—Si te asusta un felpudo, no sé cómo vas a sobrevivir estas semanas aquí.

El silencio que siguió fue espeso, aunque no exactamente hostil. Se estudiaron el uno al otro, como dos fuerzas que aún no decidían si iban a chocar o convivir.

Finalmente, Debra se inclinó para recoger la cuchara.

—Estoy intentando cocinar —dijo con un tono que sonaba más a advertencia que a declaración—. No es mi especialidad, pero me pareció apropiado. Por cierto, tus zapatillas están ahí —añadió, señalando un lugar junto a la estufa.

Cole se las puso, agradeciendo que estuvieran calientes, y luego se acercó a la encimera lo suficiente para asomarse a la olla.

—¿Qué es eso?

—Un estofado —respondió ella, algo tensa.

—¿De qué?

Ella dudó.

—De… carne. Y verduras. Y… algo más.

Él sonrió.

—Eso suena peligrosamente impreciso.

—Pues si no te gusta, puedes prepararte algo tú —replicó ella, girándose con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cole levantó las manos, rindiéndose con una sonrisa.

—Tranquila, abogada. Solo bromeaba.

Debra suspiró, apagando el fuego.

—Si vamos a vivir bajo el mismo techo, hay que establecer algunas reglas básicas.

—¿Reglas? —repitió él, quitándose el abrigo y colgándolo detrás de la puerta—. Eso suena prometedor.

—Sí. Regla número uno: respeto de los espacios. He organizado la cocina para que sea funcional. Y me gustaría que se mantuviera así.

Cole miró a su alrededor, con la expresión de quien contempla un lugar que ya no reconoce.

—Funcional, dice. Donde antes tenía mis cosas, ahora hay velas.

Debra lo ignoró y siguió enumerando:

—Regla número dos: nada de entrar con botas llenas de barro.

Cole soltó una carcajada baja.

—Entonces supongo que tengo que aprender a volar si dejas mis zapatillas de estar en casa dentro, ¿no crees?

—Y regla número tres —continuó Debra, ya sin mirarlo—: si vas a comer de lo que cocino, se agradecen los comentarios constructivos. No el sarcasmo.

Él se acercó a una alacena y comenzó a poner servicio para dos en la mesa.

—Lo tendré en cuenta —dijo con un tono grave que, sin embargo, dejaba traslucir cierta diversión—. ¿Y yo puedo poner mis

propias reglas?

Debra lo miró desafiante.

—Depende.

—Solo una: si algo funciona en el rancho, no lo cambies sin antes hablar conmigo. Millie y yo teníamos nuestro sistema.

—Tu sistema incluía un felpudo asesino —replicó ella con ironía.

Él sonrió.

—Era parte del encanto.

El reloj de pared marcó la hora con un suave clic. Afuera, el viento se arremolinaba contra las ventanas, y el crepitar de la leña en la chimenea llenó el silencio que siguió. Finalmente, Debra sirvió dos platos del estofado y los colocó sobre la mesa.

Cole olfateó el vapor con precaución.

—Huele… interesante.

—Gracias, lo tomaré como un cumplido.

Se sentaron frente a frente. La primera cucharada fue un acto de valentía. Debra lo observó expectante, mientras él masticaba despacio, con el rostro inescrutable de un jurado deliberando.

—Bueno… —dijo al fin, tragando—. No está mal.

—¿De verdad? —preguntó ella, esperanzada.

—No. Pero tampoco está bien —añadió con una sonrisa.

Ella rodó los ojos.

—Te recuerdo que según la regla número tres, eso no se considera constructivo.

—Está bien, está bien —dijo él, levantando la cuchara—. Le falta sal. Y paciencia. Pero para ser tu primera batalla con la cocina, sobreviviste.

Debra apartó el plato con una mezcla de fastidio y resignación.

—Después de esta conversación, no estoy tan segura de querer compartir la cena contigo.

—Entonces me tocará cocinar mañana —replicó él, con un brillo divertido en la mirada—. Aunque dudo que quieras probar mi especialidad: chili de vaquero.

Ella lo miró con fingido horror.

—¿Picante?

—Infernal.

Por un momento, ambos sonrieron sin quererlo. La tensión se disolvió lo suficiente para dejar espacio a una calma incómoda pero prometedora.

El viento soplaba afuera, y el rancho crujía como si respirara con ellos. Cole volvió a tomar otra cucharada, y Debra lo imitó, en silencio. Era un comienzo torpe, pero un comienzo al fin y al cabo.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente

El sonido del agua golpeando las baldosas era el único refugio de Debra. Cerró los ojos, dejando que el calor le relajara los hombros, mientras repasaba mentalmente los documentos del caso que su jefe le había enviado por correo. Había pasado parte de la noche anterior leyendo cada párrafo, cada nota legal y cada incongruencia. Allí, bajo el chorro constante, el ruido del mundo se desvanecía.

Por unos minutos, se permitió simplemente disfrutar. El vapor empañaba el espejo y el aire olía a jabón y madera húmeda. Pero el descanso duró poco. Un escalofrío repentino la hizo estremecerse. Abrió los ojos justo cuando el agua empezó a enfriarse. Primero tibia, luego gélida.

—No… no, no, no —murmuró, intentando girar la perilla—. ¡Maldita sea!

El chorro helado le cayó de lleno sobre la espalda. Dio un respingo y soltó un gruñido de frustración. Golpeó la pared con la palma abierta.

—Siempre algo tiene que fallar en este maldito rancho.

Cerró el grifo, temblando, y se envolvió en una toalla. Aún tenía el cabello cubierto de espuma, pero no soportaba otro segundo más bajo un chorro helado. Salió al pasillo, resbalando un poco sobre las losas frías, rumbo a su habitación.

No había dado ni tres pasos cuando una voz resonó detrás de ella.

—¡Debra!

Se detuvo de golpe. El corazón le latía con fuerza, tanto por el susto como por la incomodidad inmediata que la recorrió. Se giró lentamente. Cole estaba apoyado contra la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, apretando la toalla con ambas manos.

Él frunció apenas el ceño, como si su pregunta le pareciera absurda.

—Escuché los gritos. Pensé que te habías caído.

—¡Estoy bien! Solo… necesitaba salir antes de convertirme en un cubito de hielo—resopló, buscando paciencia.

Cole asintió despacio, sin apartar la vista de ella, cosa que le provocó un nuevo escalofrío. No parecía impresionado ni incómodo, solo evaluaba la situación con esa calma práctica que tanto la exasperaba.

—La caldera no está del todo muerta, pero le cuesta. El agua caliente sale un rato y luego se enfría, así que hay que ser rápida, como el rayo. Yo me he duchado hace un rato, aunque ha sido toda una carrera contrarreloj —le explicó.

—¿Y no me pudiste avisar? —replicó Debra frustrada.

—No me preguntaste —replicó Cole con fingida inocencia.

—Cole Hollister… vete a la mierda —expresó Debra furibunda.

—Por favor, señorita Nicholson, esos modales —le reprochó divertido.

Debra quiso gritar y patalear y… algo más. Furiosa consigo misma se dio la vuelta para marcharse hacia su habitación. La toalla se resbaló un poco, y tuvo que ajustarla con las manos, maldiciendo en silencio su propia vulnerabilidad.

—Cole Hollister, eres imposible —farfulló.

—Eso dicen —respondió él, que la había escuchado.

Cole la observó marcharse e intentó mantener la compostura, pero la imagen de Debra, con el cabello húmedo pegado al cuello, la piel aún perlada por el agua y aquella mirada terca, lo desarmó por un instante. No era solo que resultara atractiva; había en ella una mezcla de fragilidad y desafío que lo desconcertaba. Apretó la mandíbula y se dio media vuelta para dirigirse a las escaleras, aunque el pulso le latía con más fuerza de la que estaba dispuesto a admitir.

Debra, cerró la puerta de su dormitorio con un golpe seco y apoyó la espalda contra la madera, respirando hondo. El corazón todavía le latía con fuerza.

—Estupendo —murmuró—. Justo lo que necesitaba: hacer el ridículo delante del vaquero más antipático del estado.

Intentó convencerse de que solo era vergüenza, que su incomodidad solo se debía al inesperado encuentro en el pasillo. Pero en el fondo sabía que había algo más. La forma en que Cole la había mirado la descolocaba; No era deseo, al menos no de la forma en que lo había sentido antes con otros hombres. Era… curiosidad. Y eso la desconcertaba más que cualquier otra cosa.

Se secó el cabello con una toalla limpia, intentando desterrar de su mente el tono de su voz: grave, pausado, con ese matiz autoritario que siempre parecía tener la última palabra. «No es atractivo», se dijo, pero ni siquiera a ella le sonó convincente. Era irritante, sí, testarudo, absolutamente rudo… y, aun así, una parte de ella no podía dejar de pensar en su serenidad, en esa manera de mantener el control incluso cuando ella perdía el suyo.

En otra parte de la casa, Cole se sirvió una taza de café en la cocina. El silencio del rancho, que solía resultarle reconfortante, esa mañana le pesaba más de lo habitual. No podía sacarse de la cabeza la expresión de Debra: el enfado, la sorpresa, la firmeza con que lo había enfrentado. «No es tu problema», se repitió, apoyando la taza en el fregadero. Había aprendido hacía mucho que cuanto menos se complicara la vida, mejor. Y Debra Nicholson era, sin duda, una complicación andante. Aun así, la imagen de ella seguía rondándole con una persistencia incómoda. «¿Qué demonios me está pasando?», pensó, desconcertado. Tras años de mantener las distancias con el género femenino, no comprendía cómo la sobrina de Millie, seria, reservada y tan distinta a todo lo que él procuraba evitar, había logrado alterar su calma. Había en ella algo que lo descolocaba sin proponérselo, una chispa capaz de encender aquello que creía apagado para siempre.

***

Una hora después Debra se atrevió a salir de la habitación. Había empleado ese tiempo intentando calmar la tormenta interna que la consumía. Se había puesto unos vaqueros limpios y un jersey grueso; su cabello todavía húmedo caía sobre sus hombros en suaves ondas, y en su rostro se adivinaba un hilo de tensión apenas perceptible.

El aroma de café recién hecho se mezclaba con el leve olor a leña quemada, creando un contraste cálido. Al entrar en la cocina, encontró a Cole sentado en su silla habitual, con un cuaderno ajado sobre la mesa y una llave inglesa descansando entre los dedos. La luz que se filtraba por la ventana iluminaba mechones de su cabello y se reflejaba en sus ojos, mostrando una calma que contrastaba con la tensión que Debra sentía en cada músculo de su cuerpo.

—Ya funciona —dijo Cole sin mirarla, como si hubiera adivinado su presencia—. Pero la próxima vez tendrás que esperar a que el depósito se recargue si quieres agua caliente.

—Qué considerado —replicó ella, cargando su comentario de ironía.

Cole levantó la vista, y en sus ojos Debra percibió un destello de irritación.

—No soy tu conserje —respondió, conteniendo a duras penas el reproche.

—No te lo pedí —dijo ella, consciente de que no era del todo cierto. Un hilo de culpa la atravesó al recordar que, en el fondo, sí había esperado que él se encargara de los asuntos de la casa—. Pero podrías haber avisado antes.

—Podrías haber leído las notas que dejó Millie —replicó, cerrando el cuaderno con un golpe seco que resonó en la estancia—. Hay una guía entera sobre cómo funciona esta casa —añadió, dejando el cuaderno frente a ella sobre la mesa.

Debra frunció el ceño, sintiendo que cada palabra golpeaba su orgullo.

—¿Ah, sí? —dijo enarcando una ceja—. ¿Y también explica cómo sobrevivir al invierno sin calefacción decente?

Cole soltó una risa seca, que parecía no encontrar eco en la habitación.

—Explica cómo dejar de quejarse y empezar a aprender.

Aquello hizo que Debra estallara. La rabia, la frustración y el cansancio acumulado desde su llegada se mezclaron en un torbellino difícil de contener.

—¿Sabes qué? Tienes razón. No estoy hecha para esto. No sé de válvulas, ni de gas, ni de caballos. Pero tampoco vine aquí para que me hables como si fuera una intrusa.

Cole se levantó despacio; su presencia llenó la habitación sin necesidad de palabras. Cada movimiento era controlado, pero imponente.

—No eres una intrusa —dijo, con voz firme—. Pero actúas como si quisieras que todo se esfumase con un chasquido de dedos.

—Tal vez sí quiero eso —murmuró Debra, con la voz temblando ligeramente—. Tal vez quiero venderlo todo cuanto antes, y volver a mi vida normal, donde las duchas no sean una ruleta rusa y el frío no cale hasta los huesos.

Cole la observó con intensidad. El viento golpeaba las ventanas con fuerza, arrastrando la sensación de aislamiento hacia el interior. Cada segundo de silencio parecía alargar el espacio entre ellos, haciéndolo más denso, más incómodo.

—Haz lo que quieras —dijo Cole al fin, con un tono grave y apagado—. Pero no te engañes pensando que Millie estaría de acuerdo.

Debra sintió un dolor agudo en el pecho.

—No te atrevas a usarla para juzgarme —replicó con firmeza.

Cole le sostuvo la mirada un instante más. Había una mezcla de reproche y compasión que la dejó sin palabras. Finalmente, giró sobre sus talones y salió al exterior.

Debra se quedó sola, respirando con dificultad. La rabia se mezclaba con una tristeza profunda y un nudo se formó en su estómago en segundos. Se apoyó en la pared, sintiendo la textura rugosa del yeso frío contra sus palmas, y murmuró:

—Sí… lo venderé. Cuanto antes.

CAPÍTULO 6

Maple Hollow

El golpe seco de la puerta resonó en toda la casa mientras Cole salía de la cocina. El aire frío le recibió en el exterior y despeinó su cabello. Se subió el cuello de la chaqueta de cuero y dio un par de pasos hacia el porche, intentando ordenar los pensamientos que todavía ardían en su cabeza. La discusión con Debra seguía fresca, y no podía apartar de su mente su cabello húmedo, su ceño fruncido y la intensidad de su mirada.

Necesitaba despejarse, no podía ni quería volver a encontrarse con ella, así que decidió tomar la camioneta y dar un paseo hasta la cafetería de Lauren. El trayecto le permitió relajarse un poco; el motor ronroneando, el aire fresco entrando por las ventanillas, le ayudaron a despejar la mente y a poner distancia entre la discusión y él.

Al llegar, aparcó frente al pequeño local. Las luces cálidas de los ventanales empañados le dieron la bienvenida, mezclándose con el aroma a café recién molido y repostería casera que se escapaba hacia la calle. Cole empujó la puerta y el tintineo de la campanilla anunció su llegada.

—Vaya, Cole, ¿tú por aquí a estas horas? —bromeó Lauren, secándose las manos en el delantal mientras le ofrecía una sonrisa amplia que parecía iluminar el local.

—Tenía que resolver algunos asuntos —mintió—. Y hoy necesitaba cafeína antes de volver al rancho.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella, sirviendo una taza sin esperar respuesta.

—Lo de siempre —confirmó Cole, acomodándose en uno de los taburetes, apoyando los codos sobre la barra.

Apenas había dado un sorbo cuando una voz familiar resonó detrás de él.

—Mira quién ha decidido mezclarse con la civilización.

Cole giró y se encontró con Ethan Brooks, su mejor amigo desde la adolescencia y actual alcalde de Maple Hollow. Vestía con unos *jeans* oscuros, botas de cuero bien lustradas y una camisa a cuadros meticulosamente planchada bajo un abrigo de lana.

—Brooks —dijo Cole con una media sonrisa—. Pensaba que los alcaldes no trabajaban a estas horas tan tempranas.

—Y yo pensé que los vaqueros no tomaban café caro con espuma —replicó Ethan, dándole una palmada en el hombro antes de sentarse junto a él.

Lauren les sirvió otro café y se alejó discretamente.

—Entonces —dijo Ethan, removiendo el azúcar con gesto despreocupado—, ¿cómo llevas eso de convivir con la sobrina de Millie? He oído que es… interesante.

Cole soltó una carcajada seca, que no alcanzó a disipar la tensión que todavía sentía en su interior.

—«Interesante» es una palabra diplomática. Digamos que es… distinta.

—¿Distinta en plan insoportable o en plan atractiva? —preguntó Ethan con esa sonrisa ladeada que conocía tan bien.

Cole lo miró de reojo, negando despacio.

—No lo sé.

Ethan arqueó una ceja, dejando escapar una risita apenas contenida.

—Ah, ya veo. Entonces se trata de la segunda.

—No empieces —gruñó Cole, con evidente malestar.

Ethan se inclinó hacia él, apoyando los codos en la barra y bajando la voz a un tono confidencial.

—Vamos, Cole, no me vengas con eso. Te conozco demasiado bien.

Cole frunció el ceño, removiendo el café con gesto distraído. La espuma se disolvía en el líquido oscuro mientras apretaba la mandíbula.

—No estoy buscando complicaciones —dijo finalmente, con voz seca.

—No siempre se trata de buscarlas —replicó Ethan, más suave—. A veces, simplemente llegan. Y quién sabe… la Navidad

tiene esa manía de poner las cosas patas arriba.

Cole lo miró sin mucho humor.

—¿Desde cuándo te volviste tan sentimental?

—Desde que descubrí que los milagros navideños existen… y que tú podrías necesitar uno —respondió Ethan, alzando su taza con una sonrisa.

—¿Lo dices por experiencia? —replicó Cole, arqueando una ceja.

Ethan dio un sorbo antes de responder.

—Puede que sí… o tal vez solo hablo por intuición. Hay momentos en que uno necesita un empujón para darse cuenta de lo que realmente importa.

—¿Un empujón? ¿A qué te refieres exactamente?

—Solo digo que a veces hay que dejar que las cosas fluyan. Y, por lo que me cuentas, parece que Millie dejó un buen… reto a su sobrina. Y a ti también, indirectamente.

Cole soltó un resoplido, rodando los ojos.

—«Reto» es una forma amable de decirlo.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Ethan.

—El problema es que no pienso acercarme más de lo necesario —replicó Cole con frialdad—. Ya fui amable, ya hice mi parte. No necesito nada más.

Ethan lo observó, ladeando la cabeza.

—No me digas que tienes miedo.

—No, Ethan. Tengo sentido común —dijo Cole, tajante—. No pienso meterme en una tormenta para ayudar a una desconocida solo porque sea Navidad.

Ethan suspiró, apoyando un brazo sobre la barra.

—Cole, desde que Claire se fue, no has dejado que nadie se te acerque. Tal vez sea hora de… no sé, dejarte llevar un poco. No es fácil dejar entrar a alguien nuevo... Pero algunas veces, hay que arriesgarse un poco, cambiar.

Cole lo miró, impasible.

—No necesito cambiar nada. Estoy bien así.

El silencio se instaló entre ambos, pesado pero familiar.

—Aun así, te deseo suerte, amigo. Por si acaso.

Cole negó con la cabeza, con la mirada fija en su taza.

—Guárdate tus buenos deseos, Ethan. No me hacen falta.

Ethan soltó una breve risa.

—Algún día bajarás la guardia.

Cole respondió con una sonrisa seca.

—No apuestes por ello.

El silencio volvió, cómodo y definitivo, mientras ambos bebían el último sorbo de café. Cole no necesitaba decir más: su decisión estaba tomada. Y Ethan lo sabía.

***

Rancho Evergreen

Debra se acercó a la ventana del salón, apoyando las manos sobre el marco frío de la madera. Los árboles parecían esculturas dormidas bajo la escarcha, y un silencio absoluto lo envolvía todo, roto solo por el crujido ocasional de la nieve al deslizarse con el viento. Respiró hondo, dejando que el aire llenara sus pulmones, intentando calmar el tumulto de pensamientos que la perseguían. El mundo exterior estaba en calma, pero dentro de su mente, las decisiones que debía tomar chocaban entre sí como olas contra un acantilado.

Sacó su portátil y lo encendió. El cursor parpadeante parecía mirarla, exigiendo orden en medio de su caos interior. Comenzó a escribir, no un mensaje, sino una lista de acciones que le devolviera algo de control sobre su vida:

1. Contactar con la agencia inmobiliaria más cercana.
2. Pedir una tasación del rancho.
3. Recoger muebles y enseres.
4.. Mantenerlo en secreto de momento.

Había pospuesto aquella tarea demasiado tiempo, y más teniendo en cuenta que ese era el motivo de que estuviera en Maple Hollow. Cada punto era imprescindible para llevar a cabo su plan, aunque la última línea le provocaba un sentimiento incómodo. Había hablado con claridad sobre el asunto con Cole, pero en el fondo

sabía que no reaccionaría bien llegado el momento; su lealtad silenciosa hacia el rancho era palpable, y ella lo sabía.

—Esto no es personal —susurró, aunque la frase no lograba convencerla ni a ella misma.

Roger, el perro de Cole, se acercó y apoyó la cabeza en su pierna. Debra lo acarició con lentitud, sintiendo la suavidad del pelaje bajo sus dedos y la calidez que transmitía. Era un recordatorio silencioso de que no todo estaba perdido, de que todavía podía encontrar un equilibrio entre lo que debía y lo que deseaba. El animal cerró los ojos, confiado, y en su tranquilidad ella encontró un breve respiro frente a la tormenta de pensamientos que la asediaban.

El aroma del café de su taza se mezclaba con la madera quemada de la chimenea, creando una sensación de seguridad que contrastaba con el temor que sentía por el futuro. Con cada sorbo, recuperaba un poco de control, un pequeño ancla en medio del mar de incertidumbre que la rodeaba. Podía sentir cómo el calor se extendía desde su pecho hacia las manos y los pies, calmando la tensión que la atenazaba.

Abrió los ojos y observó nuevamente cada detalle del salón, tratando de absorberlo todo antes de que la realidad exigiera acción. Cada fotografía de Millie le recordaba risas, consejos y silencios compartidos; cada objeto que su tía había tocado parecía transmitirle un mensaje que iba más allá del tiempo y del espacio. Comprendió que no se trataba solo de decisiones financieras: era un equilibrio entre respeto, memoria y la propia necesidad de seguir adelante con su vida y sus proyecto sin traicionar lo que había recibido.

CAPÍTULO 7

Maple Hollow

Debra empujó la puerta del salón comunitario con la determinación de quien está a punto de enfrentarse a algo más grande que ella. La carpeta que llevaba entre las manos era su escudo improvisado: repleta de notas, bocetos y planes, el reflejo de todo el entusiasmo que había conseguido reunir en los últimos días.

Al principio, la idea de encargarse del festival no le había hecho especial ilusión. Pero, al revisar el archivador de su tía Millie, lleno de anotaciones desordenadas, recortes y garabatos hechos con rotulador, sintió que algo en ella se encendía. Ese espíritu navideño que creía perdido desde hacía años, desde el divorcio de sus padres, empezaba a regresar con fuerza inesperada.

El interior del salón olía a café recién hecho y a madera encerada. La luz gris del invierno se filtraba por los grandes ventanales, y la nieve seguía cayendo sobre las calles silenciosas de Maple Hollow. Los miembros del comité estaban reunidos alrededor de una mesa alargada, entre carpetas abiertas y tazas humeantes.

—Buenos días a todos —saludó Debra, dejando su carpeta sobre la mesa y ocupando la única silla libre—. Soy Debra Nicholson. He venido a continuar el trabajo de mi tía Millie. Intentaré hacerlo lo mejor posible.

Varias cabezas asintieron en silencio. Ella respiró hondo y prosiguió:

—He preparado algunas ideas para el festival: puestos, actividades, rifas, colectas… Creo que podemos mantener viva la tradición y, al mismo tiempo, darle un aire nuevo.

El murmullo que siguió fue breve. Hasta que una voz grave y seca, cargada de ironía, rompió el aire.

—Cómo no… rigurosa organización.

Debra levantó la vista y el corazón le dio un pequeño vuelco. Cole estaba allí, apoyado contra la pared, los brazos cruzados sobre

su pecho y el ceño apenas fruncido. Llevaba la chaqueta abierta, las botas aún con restos de barro seco y una expresión que mezclaba cansancio con un tipo de calma que imponía más que relajaba. En los últimos días ambos se habían evitado, y había funcionado a la perfección hasta ese momento.

—¿Tú… aquí? —preguntó ella, intentando sonar sorprendida y no contrariada.

—Así es —respondió Cole con voz tranquila, casi monótona—. Formo parte del comité. Me encargo de que las cosas funcionen y de que el festival no se venga abajo a la primera nevada.

Algunas risas discretas recorrieron la mesa, pero Debra apenas las escuchó. Se obligó a mantener la compostura y volvió a mirar sus papeles.

—En ese caso, supongo que trabajaremos juntos —dijo con un hilo de voz que pronto recuperó firmeza—. Mi intención es seguir los planes de mi tía: puestos de comida, decoraciones, música en la plaza...

—Y un ejército de voluntarios —añadió Cole, hojeando un cuaderno—. Ella siempre sabía a quién pedirle ayuda y cuándo.

—Podemos coordinarlo —replicó Debra, alzando la barbilla—. Estoy segura de que muchos vecinos estarán dispuestos a colaborar.

Cole asintió despacio, sin dejar de observarla.

—Lo estarán. Pero necesitarán a alguien que sepa repartir las tareas. Quién monta, quién decora, quién sirve el chocolate caliente.

—Perfecto. Yo me encargo de eso —respondió ella con una sonrisa leve—. Y tú te aseguras de que nadie monte las casetas al revés.

Un destello fugaz cruzó los ojos de Cole, como una sombra que se convertía en media sonrisa.

—Hecho. Y tú te ocupas de que todo tenga ese toque… navideño que Millie tanto adoraba.

Poco a poco, la conversación se transformó en trabajo. Hablaron del árbol que se colocaría en la plaza, del escenario para los villancicos, de las luces y las guirnaldas. Cole aportaba soluciones prácticas, secas, pero precisas. Debra insistía en los detalles que

hacían especial el festival: actividades para los niños, lazos rojos en las farolas, los dulces.

—El año pasado el árbol casi se vino abajo con el viento —dijo Cole, revisando una hoja llena de marcas a lápiz—. Vamos a necesitar cuerdas nuevas y un refuerzo en la base.

—Podemos pedir ayuda a los chicos del parque de bomberos —propuso Debra, revisando sus notas—. Siempre colaboran con el montaje.

Cole levantó una ceja, sorprendido.

—Has hecho los deberes.

Ella sonrió, con un brillo nostálgico.

—Intento estar a la altura. Millie adoraba este festival…

Él la observó en silencio. Durante un segundo, la dureza de su expresión se suavizó apenas.

—Y tú también lo harás —dijo, casi sin querer.

Debra bajó la vista, fingiendo concentrarse en sus notas, mientras una calidez imprevista le subía por el cuello.

La reunión continuó entre listas y discusiones menores. Cole tomaba nota en silencio, interrumpiendo solo para corregir medidas o ajustar tiempos. Debra mantenía el ánimo del grupo, sonriendo, mediando, recordando con paciencia lo que Millie habría hecho.

Cuando por fin todos se levantaron, Debra cerró su carpeta con un suspiro satisfecho.

—No ha estado tan mal para ser mi primera reunión —dijo, acercándose a Cole.

Él recogía sus cosas sin levantar la vista.

—Nada mal —respondió—. Tienes buena mano con la gente.

—Y tú con las herramientas —bromeó ella.

—Eso ayuda —dijo él, ajustándose el abrigo—. Supongo que haremos un buen equipo.

—Veremos si no acabamos lanzándonos bolas de nieve antes del festival.

Cole soltó un bufido que sonó casi como una risa.

—Mientras no sean de hielo, puedo soportarlo.

Se despidió con un leve asentimiento de cabeza y salió del salón sin más palabras. No las necesitaba. Había algo en su forma

de caminar, en el modo en que se colocó la bufanda antes de cruzar la puerta, que hablaba por él: una mezcla de reserva y gentileza contenida.

Debra lo siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró. Y por un instante, el bullicio del salón pareció atenuarse, como si Cole se hubiera llevado con él parte del ruido, y también algo de la calidez que llenaba la habitación.

***

Al día siguiente

El sol todavía estaba bajo cuando Debra abrió los ojos. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas, suave y dorada, recordándole que otro día comenzaba en Maple Hollow. Se estiró lentamente, disfrutando unos segundos más de la calidez de las sábanas.

Un ruido leve llegó desde la cocina. Frunció el ceño, se levantó y bajó las escaleras, todavía envuelta en el silencio tibio del amanecer. Al llegar, lo vio: Cole, inclinado sobre la mesa, revisando unos papeles en silencio, parecían notas manuscritas sobre una carpeta azul. Su cabello estaba ligeramente despeinado y tenía esa expresión concentrada que parecía volver el aire más denso. Al oírla, levantó la vista y clavó sus intensos ojos grises en su persona.

—Buenos días —dijo, con voz monótona.

—Buenos días —respondió ella, todavía medio dormida.

Él señaló hacia la ventana, donde la luz del amanecer apenas tocaba la nieve.

—Hay que sacar las luces de Navidad del abeto, que están en el altillo del granero.

—¿Y qué hacen ahí las luces? —preguntó Debra, frotándose los brazos.

—Millie las guardaba siempre allí. En el salón comunitario no hay espacio para todo —dijo él, como si fuera obvio.

—¿Y tiene que ser ahora? —preguntó ella, con una sonrisa somnolienta.

Cole se encogió de hombros.

—Si esperamos, las escaleras van a ser una pista de hielo. Pero si prefieres quedarte, puedo arreglármelas.

Debra negó con la cabeza.

—No, voy contigo. Déjame vestirme.

—Como quieras —respondió él, sin mirarla, concentrado en sus apuntes de tareas pendientes para el festival.

El aire frío los recibió al salir. El vapor de sus respiraciones formaba nubes que se deshacían al instante. Cole caminaba adelante, con las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo levantado; Debra lo seguía, intentando igualar su ritmo, preguntándose cómo había acabado en aquel rancho perdido de la mano de Dios con el hombre más hosco que había conocido.

El granero los esperaba al final del sendero, cubierto por una fina capa de escarcha. Cole empujó la puerta sin esfuerzo, dejando que el chirrido resonara en el interior.

—Voy primero —dijo sin mirarla, subiendo la escalera.

Debra lo siguió, cuidando de no resbalar. El altillo olía a polvo y madera vieja. Las cajas apiladas tenían etiquetas escritas por Millie, y la luz que entraba por la pequeña ventana iluminaba el aire suspendido de partículas doradas.

Cole se movía entre las cajas con una familiaridad que la sorprendió.

—¿Subes mucho aquí? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

—Solo cuando hace falta —respondió Cole, sin dejar de revisar el contenido de la caja que tenía frente a sí—. ¿Podrías sostener esto? —le pidió, extendiéndole un manojo de cables. Sus dedos se rozaron apenas. Él no dijo nada, pero ese leve contacto, breve y torpe, pareció quedar flotando entre ambos.

El silencio regresó, aunque distinto. Más lleno. Más consciente. Solo se oían el roce de las cajas y el crujido de la madera bajo sus pies. A ratos, Debra lo observaba de reojo, en otro momento era él quien lo hacía.

—Estas luces están enredadas —murmuró ella, inclinándose sobre una caja.

—No tires —dijo él, acercándose—. Se rompen fácil.

Su voz, grave y baja, llenó el pequeño espacio. Tomó el cable con cuidado, y durante un instante trabajaron juntos, tan cerca que Debra pudo oír su respiración acompasada. Él no la miró directamente, pero ella notó la concentración en su perfil, la forma en que su ceja se fruncía al desenredar los cables.

El tiempo parecía haberse ralentizado. No había prisa, solo ese momento compartido, las manos moviéndose en sincronía en un trabajo común, el silencio cómodo.

—Eras muy cercana a Millie, ¿verdad? —preguntó Cole, sin apartar la vista de los enredos que intentaban deshacer.

Debra asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, mucho —respondió tras una breve pausa—. Siempre encontraba la forma de hacer que todo pareciera sencillo.

Mientras hablaba, una punzada de culpa le recorrió el pecho. Desde que terminó la universidad y comenzó a trabajar, habían sido pocos los momentos que compartió con su tía, la única persona de su familia a la que realmente sentía cercana después de la separación de sus padres. Millie siempre había estado ahí: con las palabras justas según su estado de ánimo, una taza de té o una simple mirada. Y ahora, al recordarla, Debra no pudo evitar sentir que, de algún modo, le había fallado.

Hubo un silencio que se prolongó unos segundos. No era incómodo, sino de esos que se llenan solos, en los que no hace falta hablar porque algo invisible, sutil, ya lo está diciendo todo.

—Supongo que te parece extraño estar aquí —dijo él, casi como si pensara en voz alta.

—A veces —admitió ella—. Pero… también es reconfortante.

Cole levantó la mirada, y por primera vez, sus ojos se encontraron. No había sonrisa en los de él, pero sí algo sereno, una comprensión silenciosa que bastó para que Debra sintiera que, de algún modo, no estaba tan sola en esa casa.

El sol comenzaba a filtrarse por la pequeña ventana y Cole parpadeó, apartando la mirada de ella, como si aquel momento lo hubiera sorprendido más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Será mejor que bajemos esto antes de que se nos congele la nariz —murmuró, volviendo a su tono práctico.

Debra sonrió.

—No sé si voy a poder con todas esas cajas.

—No tienes que hacerlo —replicó él, ya buscando una cuerda en un rincón del altillo—. Millie tenía una vieja soga por aquí… ajá, aquí está.

Ató uno de los extremos con firmeza al asa de la caja más grande y lo pasó por una viga.

—Yo las deslizo, tú las recibes abajo. Si ves que va muy rápido, tira del nudo.

—¿Y si no lo veo venir? —preguntó ella, medio en broma.

Cole la miró, con ese gesto que parecía siempre entre la ironía y la paciencia.

—Entonces aparta.

Debra rodó los ojos, pero bajó la escalera obediente, murmurando algo que él alcanzó a oír como «mandón».

Desde arriba, Cole fue dejándole caer una a una las cajas, guiando la cuerda con cuidado. Sus movimientos eran precisos, tranquilos. Cuando la última caja tocó el suelo, Debra la acomodó a un lado y levantó la vista.

—Listo —dijo.

—Bien —contestó él, soltando la cuerda y limpiándose el polvo de las manos en las perneras de sus *jeans*.

Debra se quedó un instante allí, con las manos aún apoyadas sobre la caja y el aliento dibujando pequeñas nubes frente a ella. Cole bajó la escalera sin mirarla, como si pretendiera ignorarla después de lo ocurrido el día en que se estropeó la caldera.

CAPÍTULO 8

Debra llegó a la plaza principal de Maple Hollow a primera hora de la mañana. El aire olía a pino, a pan recién hecho y a chocolate caliente. El pueblo entero parecía respirar una mezcla de expectación y desorden: cajas abiertas, luces enredadas, cintas que se arrastraban por el suelo y vecinos corriendo de un lado a otro con una energía que rozaba el caos.

En medio de todo ese ajetreo, Lou destacaba como un faro en la oscuridad.

—¡Debra, cariño! —la llamó, agitando un gorro rojo con pompones—. Justo a tiempo. Necesitamos manos para las luces del árbol.

Debra ajustó su bufanda, observando el enorme abeto que se alzaba en el centro de la plaza. Las ramas, todavía cubiertas por la nevada de la noche anterior, estaban repletas de cables enredados. Un grupo de voluntarios discutía sobre la toma de corriente con la misma intensidad que si se tratara de una operación quirúrgica.

—No sabía que se necesitaban ingenieros eléctricos para colgar unas luces —murmuró, acercándose.

Lou le sonrió, con esa expresión que combinaba ternura y desconcierto.

—Oh, aquí todos somos ingenieros... hasta que algo explota. Luego le echamos la culpa a Cole.

Debra soltó una pequeña risa.

—Qué sorpresa.

Y justo entonces, como si el destino hubiera decidido darle la razón, una voz masculina, baja y ligeramente burlona resonó a su espalda.

—¿Ya están intentando electrocutarse sin mí?

Debra se giró. Cole avanzaba por la plaza con paso tranquilo, con el cuello del abrigo ajustado al cuello, y el gorro gris echado hacia atrás. Llevaba una caja de bombillas y una expresión de

resignación, como si todo aquello fuera un examen que ya sabía que iba a suspender.

—Llegas justo a tiempo —dijo Debra, cruzándose de brazos—. Lou estaba a punto de nombrarte culpable de los cargos de electrocución colectiva.

Cole dejó la caja a un lado.

—No me extraña. En este pueblo, si algo funciona, es pura casualidad y si algo falla es culpa mía.

—Y sin embargo, aquí estás —replicó ella—, para salvarnos a todos.

Él alzó una ceja.

—No soy un caballero de reluciente armadura. Solo intento evitar que alguien prenda fuego al ayuntamiento.

Debra soltó un largo suspiro. No era fácil conversar con alguien que respondía con monosílabos y sarcasmo. Pero, de alguna manera, resultaba refrescante. En un mundo lleno de entusiasmo fingido, Cole no pretendía agradar a nadie.

—Muy bien, pues manos a la obra —dijo al fin—. Las luces del lado norte no funcionan.

—Porque están conectadas al generador viejo —respondió él sin mirar—. Te lo dije anoche.

—Lo dijiste, sí. Pero no me explicaste cómo arreglarlo.

Cole suspiró y se agachó junto a la toma eléctrica.

—Porque pensé que sabrías distinguir un cable de extensión nuevo de uno que huele a quemado.

Debra lo miró, incrédula.

—¿Siempre eres así de encantador o solo cuando tienes público?

Él la miró brevemente, sin sonreír.

—Solo cuando alguien insiste en electrocutarse.

Un par de voluntarios rieron por lo bajo, y Debra sintió el calor subir a sus mejillas. Se inclinó para ayudar, intentando mantener la compostura.

—Muy bien —dijo con voz firme—. Entonces, ¿qué hago?

—Sujeta eso —ordenó él, señalando el cable principal.

—¿Así?

—No, con cuidado. Si lo doblas, se corta la corriente.

—¿Así? —repitió ella, un poco más brusca.

Cole alzó la vista y sus miradas se cruzaron, pero él apartó al instante, como si los ojos de color caramelo de ella lo cegaran.

—Sí —murmuró—. Así está bien.

Durante unos minutos trabajaron en silencio, solo interrumpidos por el sonido metálico de las herramientas y el murmullo de los vecinos. Debra observó cómo Cole se movía con eficacia: revisaba conexiones, cambiaba bombillas, comprobaba cada detalle con una paciencia que no parecía coincidir con su carácter. Era evidente que sabía lo que hacía.

—No entiendo cómo recuerdas dónde va cada cable —dijo ella.

—Porque lo hice el año pasado. Y el anterior. Y el otro. —Hizo una pausa breve—. Tu tía confiaba en que nadie más lo haría bien.

Debra sintió una punzada en el pecho.

—Millie confiaba en ti —dijo Debra, con una sombra de envidia en la voz.

Él no respondió enseguida.

—Supongo que sí —respondió él poniéndose en pie.

Lou apareció de pronto con su termo de café y su sonrisa de siempre.

—¿Todo en orden, chicos?

—Más o menos —respondió Debra, forzando una sonrisa—. Solo intentamos no incendiar Maple Hollow.

—¡Eso es espíritu navideño! —proclamó Lou, sin captar el sarcasmo.

Cuando se alejó, Cole soltó un resoplido casi imperceptible.

—No me acostumbro a su optimismo.

—Yo tampoco —confesó Debra, bajando la voz—. Pero supongo que alguien tiene que mantener el ánimo en alto.

Él la miró un segundo, como evaluándola.

—Y ese no parece tu punto fuerte.

—Ni el tuyo —replicó ella sin pensarlo.

Por primera vez, una sonrisa apenas perceptible le rozó los labios.

—*Touché*.

El viento sopló con más fuerza, levantando remolinos. Debra subió a la escalera para colgar las bolas en el abeto, decidida a concentrarse en la tarea y no en el hombre que hacía de sus emociones una montaña rusa.

Cole se quedó abajo, sosteniendo la base.

—No hace falta que me sujetes —dijo ella.

—No lo hago por ti —contestó—. Lo hago por el árbol.

Debra negó con la cabeza, pero no pudo evitar reír por lo bajo. Aquel hombre la sacaba de quicio y, sin embargo, había algo reconfortante en su presencia. La seguridad con la que hablaba, la forma en que su voz se mezclaba con el murmullo de sus pasos en la quietud.

Mientras colgaba la último adorno, un destello la sorprendió. Una chispa saltó del cable, y un reflejo la hizo perder el equilibrio. Cole reaccionó en un segundo, sujetándola por la cintura antes de que cayera.

El contacto fue breve, pero suficiente para que Debra sintiera cómo el aire se volvía más denso, más cálido. Las luces titilaron débilmente sobre ellos, como si el propio árbol contuviera la respiración.

—Gracias —susurró ella.

Cole la soltó con rapidez, como si su contacto quemara.

—Deberías tener más cuidado —dijo, con voz grave—. No siempre voy a estar cerca para salvarte.

—Tampoco te lo pedí —respondió ella molesta.

Él la miró unos segundos más y luego apartó la vista.

—Voy a revisar el generador.

Debra asintió, observando cómo se alejaba entre el bullicio.

A su alrededor, el cielo se tornaba gris perla y las primeras luces del árbol comenzaban a parpadear en un abanico de colores. Por un instante, se permitió quedarse allí, envuelta en ese silencio del invierno que parecía contener mil promesas no dichas.

Pensó que, tal vez, Cole no era solo el hombre reservado que todos creían. O quizá sí… pero, por alguna razón, eso ya no le parecía un problema.

***

El salón comunitario de Maple Hollow olía a madera vieja y a café recién hecho. El sol se filtraba por los ventanales, tiñendo de naranja las motas en el aire. Debra se había quitado el abrigo y lo había colgado en una de las sillas plegables, dispuesta a enfrentarse a la siguiente tarea del día: clasificar los adornos y materiales del festival.

Sobre las mesas se amontonaban cajas etiquetadas a mano por Millie: «Guirnaldas frágiles, Velas, Decoraciones infantiles». Cada una parecía guardar una parte de la historia del pueblo, y Debra no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia. Pasó los dedos sobre la caligrafía de su tía y sonrió con ternura.

La puerta chirrió detrás de ella.

—Espero que no estés abriendo esas cajas —dijo una voz grave.

Debra se giró despacio. Cole estaba en el umbral, con las manos en los bolsillos y una expresión que oscilaba entre la sospecha y la resignación. Llevaba la camisa arremangada, manchada de polvo, y el pelo ligeramente revuelto.

—No sabía que se necesitaba permiso para abrir cajas —replicó ella, arqueando una ceja.

—No es permiso, es precaución. Algunos de esos adornos son más antiguos que yo —respondió, cruzando el salón con paso firme —. Muchos son donaciones de los vecinos, piezas que pertenecieron a los fundadores de Maple Hollow.

—Vaya —murmuró Debra, apartando con cuidado un trozo de papel de seda—. Supongo que eso los hace casi reliquias.

—Y por eso prefiero que no los trates como si fueran adornos de supermercado —añadió Cole, sin perder el tono serio.

Debra reprimió un comentario mordaz. En su interior, la mezcla de irritación y curiosidad la mantenía alerta. Retiró con suavidad el envoltorio y descubrió una corona de ramas secas trenzadas, adornada con pequeñas campanas de latón y cintas descoloridas. Al tocarla, el tintineo fue leve, casi un suspiro.

—Es preciosa —dijo sin pensar.

Cole se detuvo a su lado, observando el adorno.

—Era de la familia Hawthorne. La cuelgan en el salón comunitario cada año desde 1890. Millie siempre decía que era su amuleto para que el invierno llegara a tiempo.

Debra lo miró de reojo.

—Tu memoria es sorprendente. ¿Te sabes la historia de todos los adornos?

—De la mayoría. —Cole se encogió los hombros—. Cuando trabajas lo suficiente con Millie, aprendes que cada cosa tiene un lugar y una historia. Si algo se rompe o se pierde, alguien lo nota.

—Parece que era una mujer difícil de olvidar.

Cole asintió despacio, sin mirarla.

—Lo era.

Hubo un breve silencio, cargado de respeto y algo más. Debra se inclinó hacia otra caja, intentando distraerse. Dentro había bolas de cristal pintadas a mano, algunas con paisajes de invierno, otras con nombres grabados: *La familia Adams, 1932. Carly & Ben, 1975.*

Cada pieza era una ventana al pasado, y por primera vez, Debra comprendió la magnitud de lo que estaba intentando continuar. No era solo un festival; era la historia viva de Maple Hollow.

—Millie guardaba todo con tanto cuidado —murmuró, casi para sí—. Supongo que temía que algún día se olvidara lo que significaba.

Cole se apoyó en la mesa, cruzando los brazos.

—No temía olvidarlo. Temía que los demás lo hicieran.

Debra levantó la vista hacia él. Había una seriedad distinta en su tono, una calidez que rompía por momentos la coraza de hombre reservado. Durante un instante, el salón comunitario pareció más pequeño, el aire más denso. Ella apartó la mirada antes de que ese silencio la envolviera por completo.

—Bueno —dijo, intentando recuperar el tono práctico—, ¿dónde quieres que ponga todo esto? ¿Por antigüedad o por fragilidad?

—Por ambas —respondió él mientras se inclinaba sobre una caja—. Las figuras de ángeles van en la vitrina del pasillo. Los

festones y las coronas, en los estantes de madera junto al ventanal.

Debra frunció los labios, pero obedeció. A medida que sacaba adornos, el polvo del tiempo salía nuevamente a la luz. Había centros de mesa con piñas barnizadas, pequeñas figuras de madera talladas a mano y cintas de terciopelo que aún conservaban el brillo.

Cole trabajaba en silencio, ordenando con una precisión casi obsesiva, sin un movimiento de más.

—¿Siempre eres tan… meticuloso? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Solo cuando alguien no se toma en serio las tradiciones —replicó él, sin mirarla.

Debra sonrió apenas, ladeando la cabeza.

—Qué encantador. Me pregunto cómo no te ascienden cada año.

—Tal vez porque no me presento —dijo, con un atisbo de ironía que ella no esperaba.

El intercambio la desconcertó lo suficiente como para quedarse observándolo unos segundos. Cole se agachó para colocar una caja en el estante inferior, y Debra notó la naturalidad con que se movía, el gesto firme y tranquilo, como si todo en su entorno le perteneciera un poco. No era arrogancia, era algo más: pertenencia.

Ella, en cambio, se sentía una invitada en ese mundo lleno de memorias ajenas.

—¿Sabes? —dijo finalmente—. Empiezo a pensar que el verdadero reto no es organizar el festival, sino no romper nada en el proceso.

—Esa es una buena manera de verlo —respondió Cole, enderezándose—. Millie decía que las cosas importantes se rompen solo cuando uno no las entiende.

Debra lo observó, intentando descifrar si hablaba de adornos o de algo más. Pero él ya se había girado, concentrado en cerrar una caja.

Durante un rato, trabajaron en silencio. El sonido del papel de seda, el roce de la madera, el leve tintinear de una campanilla. Era un silencio diferente al de antes, menos incómodo. Debra notó que

sus movimientos comenzaban a sincronizarse con los de él, casi sin darse cuenta.

Cuando por fin todo estuvo en su sitio, Debra se apartó un mechón rebelde de la cara y dejó escapar un suspiro.

—Creo que hemos sobrevivido —dijo con una sonrisa cansada.

—Por hoy —replicó Cole, ajustándose las mangas de la camisa que había llevado arremangadas hasta los codos—. Mañana será peor.

—¿Siempre tan alentador? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Solo soy realista —respondió él con esa calma imperturbable que lograba irritarla y tranquilizarla al mismo tiempo.

Debra soltó una risita. No pensaba admitirlo, pero su frialdad tenía algo tranquilizador. En un pueblo donde todos la trataban con una amabilidad excesiva, la brusquedad de Cole era, de algún modo, refrescante.

Cuando él se puso el abrigo, el silencio volvió a instalarse entre ellos. Debra se giró hacia la vitrina donde había colocado las figuras de ángeles. Uno tenía una pequeña grieta en la base, apenas visible. Pasó el pulgar sobre ella, con ternura.

—Millie decía que las grietas cuentan historias —murmuró.

Cole se detuvo en la puerta.

—Y tenía razón —dijo con voz baja—. A veces, son lo único que las hace reales.

La frase quedó flotando entre ellos, ligera como el polvo en el aire. Debra se volvió, pero él ya había salido.

El eco de sus pasos se perdió en el pasillo, y ella se quedó mirando las luces apagadas, las coronas antiguas, los ángeles de madera que parecían observarla con paciencia. Sonrió con un suspiro.

Tal vez Cole Hollister no fuera fácil. Pero había algo en su forma de cuidar el pasado que la hacía sentir, por primera vez, parte de algo más grande que su propio propósito.

CAPÍTULO 9

El rancho estaba en silencio, salvo por el golpeteo constante del viento contra las ventanas y el sonido rítmico del horno calentándose. Debra había pasado la última hora intentando recrear las galletas que tenía que preparar para el festival, una de las recetas más antiguas de su tía Millie. El resultado, hasta el momento, era un desastre: una bandeja de masas deformes y un olor a canela quemada flotando en el aire.

—Perfecto —murmuró, mirando la mezcla pegajosa con frustración—. Ni siquiera las galletas quieren cooperar.

Se agachó para abrir el horno justo cuando escuchó pasos detrás de ella.

—¿Eso que huele a incendio tiene nombre? —preguntó una voz grave.

Debra se enderezó de golpe, casi golpeándose la cabeza con el horno. Cole estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y el abrigo cubierto de nieve. Tenía esa expresión que mezclaba resignación y una pizca de diversión contenida.

—¿Pasa algo? —preguntó Debra, sorprendida por su presencia.

—Nada en especial —respondió él con tono sereno—. Solo vine a echar un vistazo a la calefacción, a veces da problemas. Pero parece que el fuego está en la cocina.

—Muy gracioso —replicó Debra, cruzándose de brazos—. Estoy intentando hacer las galletas para el festival. Las que Millie preparaba cada año.

Cole se acercó la encimera, observando el desastre con una ceja arqueada.

—Parece que la tradición está en peligro.

—¿No me digas que también eres repostero? —dijo Debra, clavando una mirada airada en su persona.

Él se inclinó ligeramente, revisando la masa.

—Azúcar moreno en lugar de blanco. Y usaste mantequilla fría.

—¿Cómo…?

—Lo he visto antes —Cole la interrumpió, encogiéndose de hombros—. Millie me hacía probarlas cada diciembre, y siempre se quejaba de que la mantequilla era caprichosa.

—¿La ayudabas con las galletas? —preguntó sorprendida.

—A veces. O al menos fingía que lo hacía —dijo, con una leve sonrisa—. Ella decía que tenía que supervisar a los que no sabían seguir instrucciones.

—Entonces deberías quedarte —replicó Debra, dándole una espátula—. A ver si logras que esto no termine en tragedia.

Cole la miró un instante, como si estuviera a punto de negarse, pero finalmente se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero antes de arremangarse la camisa hasta los codos. Sus manos, grandes y seguras, se movían con una calma que contrastaba con la torpeza de ella. Debra intentó concentrarse en la receta, pero el calor que emanaba del cuerpo masculino a su lado, o quizá del horno, empezaba a subirle a las mejillas.

—No estás mezclando bien —dijo él, acercándose por detrás —. Tienes que hacerlo con más presión, no con movimientos tan rápidos.

Ella sintió su respiración cerca del cuello y el leve roce de su brazo al guiarle la mano sobre el cuenco. El aire pareció detenerse. Por un segundo, el ruido del viento se desvaneció, y solo quedaron los dos, el olor a canela y el ritmo lento de sus movimientos sincronizados.

—Así —murmuró él, apenas rozando su piel.

Debra se obligó a reír, apartándose un poco.

—¿Siempre eres tan mandón, incluso en la cocina?

—Solo cuando quiero que las cosas salgan bien —respondió él, sin apartar la vista de ella.

Durante unos segundos, ninguno habló. Cole siguió amasando la mezcla con calma, mientras ella observaba cómo el músculo de su antebrazo se tensaba con cada movimiento. Era la primera vez que

lo veía relajado, casi humano. Había algo hipnótico en esa quietud suya, en esa fuerza contenida.

—Supongo que no todo lo haces mal —dijo finalmente Debra, buscando romper el silencio que se había instalado entre ellos.

—Tomaré eso como un cumplido —respondió Cole, con una calma que rozaba la provocación.

—No lo era.

Él alzó una ceja, con media sonrisa dibujándose en sus labios.

—Lo sé.

La masa empezó a tomar forma, y Debra la extendió con cuidado sobre la encimera enharinada. Luego tomó los moldes y comenzó a cortar figuras con paciencia: estrellas, abetos, muñecos de jengibre. El aire se llenó del aroma cálido de la canela y la mantequilla. Cole la observaba en silencio, sin intervenir, mientras ella alineaba las galletas en la bandeja. Cuando finalmente la introdujo en el horno, él se apoyó en el borde de la mesa, cruzando los brazos con gesto tranquilo.

—¿Por qué te empeñas en hacerlo todo sola? —preguntó de pronto.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una simple. No dejas que nadie te ayude. Ni con el festival, ni con esto.

Debra apartó la mirada, jugueteando con un trapo de cocina.

—Supongo que me acostumbré —dijo al fin—. Cuando todo el mundo espera que no falles, lo más fácil es hacerlo por tu cuenta.

Cole la observó unos segundos, en silencio. No había burla en su expresión, solo algo más profundo, casi una comprensión involuntaria.

—Millie decía lo mismo —dijo por fin—. Pero a veces, las cosas salen mejor cuando alguien te cubre la espalda.

Debra lo miró, y por un instante, todo pareció detenerse. El espacio entre ambos se llenó de una tensión silenciosa, tan real que casi podía tocarse. Si daba un paso más, podría sentir el roce de su pecho, el calor de su piel, el eco de una promesa que no se atrevía a

formular. Y por un momento, deseó besarlo, con una intensidad que la desarmó.

Él sostuvo su mirada, inmóvil. La luz anaranjada del horno delineaba su rostro, resaltando el temblor apenas perceptible de sus labios. Quiso decir algo trivial para romper aquel silencio, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Si extendía la mano, podría rozar su mejilla, su suave piel. Y por un instante, quiso besarla.

El sonido del temporizador rompió el silencio. Ambos se apartaron al mismo tiempo, con una torpeza que ninguno intentó disimular. Debra apagó el horno y sacó la bandeja. Las galletas, sorprendentemente, estaban doradas y perfectas. Ninguno dijo nada. El único sonido fue el del metal al chocar con la encimera. Y mientras se miraban, un aire denso de deseo no consumado llenó la habitación, suspendido entre ellos como un eco que ninguno se atrevía a romper.

—Parece que funcionó —dijo Debra al fin, rompiendo el silencio con la voz un poco más firme de lo que sentía, pero sin mirarlo.

—Te lo dije —respondió él, ya de espaldas, ajustándose la chaqueta—. A veces, un poco de ayuda no viene mal.

Debra se giró justo cuando él llegaba a la puerta.

—Cole.

Él se detuvo, sin volverse.

—Gracias —dijo ella.

Cole asintió con un leve movimiento de cabeza y salió al exterior, dejando tras de sí el calor del horno… y algo que quedó flotando entre ambos, una sensación de que nada había terminado de resolverse.

***

Debra recogió la cocina con movimientos automáticos, como si con ordenar los utensilios pudiera recuperar la paz perdida. Se permitió un breve descanso y mordió un *sándwich*, masticando despacio mientras su mente regresaba, una y otra vez, al momento

en que Cole había estado tan cerca. Finalmente, se dirigió a su habitación y cerró la puerta tras de sí, buscando un rincón de calma donde poder pensar en lo ocurrido… o en lo que, por poco, había ocurrido.

Se dejó caer sobre la cama, todavía con el aroma cálido de las galletas impregnado en su piel. Cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos, pero cada vez que lo hacía, aparecía él.

Respiró hondo, intentando convencerse de que todo había sido un espejismo, una traición de sus sentidos. Pero su cuerpo no mentía. Su pecho seguía latiendo con fuerza, y el recuerdo de cole llenaba cada rincón de la habitación. Un calor inesperado la recorrió, un cosquilleo en las manos, una presión leve en el estómago que le hizo abrazar la almohada contra sí.

«¿Por qué me altera así alguien que apenas conozco…?» murmuró para sí misma, frustrada por la forma en que él había logrado desestabilizarla, por haber estado a un paso de perder el control, algo a lo que no estaba acostumbrada y que, sencillamente, detestaba.

Cole, por su parte, se dedicó a limpiar los corrales con una meticulosidad inusual. Revisó los comederos, los bebederos, e incluso se tomó el tiempo de pulir una de las sillas de montar hasta que el cuero brilló bajo la luz tenue del establo. Intentaba convencerse de que era necesario, pero en el fondo sabía la verdad: solo buscaba una excusa para no cruzarse con Debra.

Cada vez que recordaba lo cerca que había estado de besarla, el pulso se le aceleraba. Prefería perderse entre el olor del heno y el sonido monótono de los animales antes que enfrentarse a la turbulencia que ella despertaba en su interior: una mezcla incómoda de deseo, ternura y algo más peligroso que no quería nombrar.

Cuando por fin regresó a casa, ni siquiera cenó. Subió directamente a su habitación y se dejó caer sobre la cama, mirando el techo. En su mente, la escena de la cocina se repetía una y otra vez: el roce accidental de sus manos, el instante suspendido antes del «no beso», el estruendo del temporizador devolviéndolos bruscamente a la realidad. Trató de convencerse de que todo había

sido solo una ilusión, un malentendido suyo… pero la idea de que Debra no hubiera experimentado lo mismo resultaba todavía más insoportable.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente

Debra bajó las escaleras, envuelta en una manta, y con el cabello aún revuelto por el sueño. No esperaba encontrar a nadie, pero el sonido del papel crujiente y el roce de algo contra madera la guiaron hasta la cocina.

Cole estaba allí, de espaldas, empaquetando galletas en pequeñas cajas de cartón adornadas con cintas rojas. Movía las manos con una calma metódica, atando los lazos con precisión casi militar. Llevaba una camisa remangada y el cabello aún húmedo por la ducha, desordenado, con mechones oscuros que caían sobre su frente. La luz del amanecer se filtraba por la ventana, tiñendo su perfil de un dorado suave, dibujando un contraste perfecto entre la rudeza de sus manos y la delicadeza del gesto.

Debra se detuvo en el umbral. El recuerdo del casi beso de la noche anterior le atravesó el pecho como un rayo silencioso. Dudó si entrar en la cocina o dar la vuelta, pero la curiosidad, y algo más difícil de admitir, la empujaron hacia dentro.

—¿Estás… empaquetando galletas? —preguntó, con una sonrisa nerviosa.

Cole levantó apenas la vista, sin dejar de trabajar.

—Lou insistió en que, si «conseguías» hacer las galletas, había que empaquetarlas para el puesto —dijo con gesto resignado.

—Pues lo logré —replicó ella, un poco molesta, pero se acercó hasta la mesa donde él trabajaba—. No sabía que fueras tan detallista. Mira eso, parecen sacadas de una pastelería.

—Trato de que duren más de cinco minutos sin romperse —dijo él, ajustando el lazo de una cinta.

Debra se apoyó en la mesa, observándolo. Había algo hipnótico en la forma en que se movía, en ese silencio que parecía envolverlo. Era una faceta de él que no conocía: paciente, casi dulce. Le pareció extraño, y fascinante, que aquel hombre tan reservado y

hosco, tratara con tanta ternura algo tan simple como unas cajas de galletas.

—Puedo ayudarte —dijo, intentando sonar práctica.

Cole alzó la mirada un instante, evaluándola. Cuando la había visto aparecer en el umbral, había contenido la respiración. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ella, pero no esperaba que fuera tan pronto. Su ofrecimiento parecía sincero, un intento de recuperar la normalidad después de lo ocurrido el día anterior. Tal vez lo mejor era seguirle el juego, actuar como si nada hubiese pasado.

—¿Sabes hacer nudos? —preguntó al fin.

—Sé fingir que los hago bien —contestó ella, arqueando una ceja.

Él soltó una risa breve, un sonido bajo y cálido que le recorrió la piel como una corriente eléctrica. Le pasó una cinta roja.

—Entonces empieza a trabajar.

Se sentó frente a él, rodeada de cintas, papel de seda y el aroma dulce de las galletas. Durante unos minutos trabajaron en silencio. Pero cada vez que sus manos se rozaban, la tensión volvía. Ninguno lo mencionó, pero ambos lo sintieron.

—Millie hacía sus galletas todos los años para regalar en el festival. Lou decía que era su forma de «endulzar los corazones amargos del invierno».

—Eso suena a ella —murmuró Debra, con una sonrisa melancólica—. Siempre encontraba una manera de hacer que todo pareciera más amable.

Cole la miró, y durante un segundo, en su expresión se mezclaron la tristeza y algo parecido a la gratitud.

—Le habría gustado verte aquí —dijo al fin.

Debra bajó la vista, jugueteando con la cinta que tenía entre los dedos.

—No estoy segura de estar haciendo las cosas bien.

—Millie no pedía perfección, si no que las cosas se hicieran con el corazón.

Debra elevó su rostro y sus miradas se encontraron. Era imposible sostener esos ojos grises por mucho tiempo: parecían

leerle el alma. Por un momento, el aire se llenó de la misma tensión callada que había entre ellos la noche anterior, justo antes de que el temporizador del horno los salvara de hacer algo de lo que quizás se arrepentirían.

Cole carraspeó y retomó su tarea, rompiendo el hechizo.

—Tienes talento para los lazos —murmuró.

—¿Eso fue un cumplido? —preguntó ella, fingiendo sorpresa.

—Ni se te ocurra contarlo. Tengo una reputación que mantener.

Debra rio, y el sonido llenó la habitación de algo cálido. Era una risa libre, sin miedo, y Cole la miró con una mezcla de ternura y desconcierto, como si no supiera qué hacer con esa sensación.

Cuando terminaron, él apiló las cajas en una cesta de mimbre.

—Listo. Si Lou no se queja, será un milagro navideño.

—Lou nunca se queja —dijo Debra—. Solo «sugiere mejoras».

—Lo que es su manera elegante de decir que lo hiciste mal.

Ella volvió a reír, y Cole, sin proponérselo, la imitó con una sonrisa fugaz. Durante un instante, el aire pareció volverse más liviano, como si el eco de esa risa hubiese logrado suavizar las aristas que siempre lo mantenían a distancia.

Entonces, sin decir nada, Cole tomó una de las cintas rojas que quedaban sobre la mesa. La sostuvo entre los dedos unos segundos, mirándola, y luego se acercó a ella.

—Toma —murmuró.

Debra arqueó una ceja.

—¿Qué es esto?

Cole rodeó su muñeca con la cinta y la ató con un lazo simple pero firme.

—Un recordatorio de lo que estás haciendo —dijo Cole con voz baja, casi ronca—. Y para que puedas sobrevivir al festival de Navidad.

Ella bajó la mirada hacia el lazo, sorprendida. La cinta, tan sencilla, parecía arder sobre su piel.

—Gracias —dijo sonriendo, tratando de disimular el temblor de su voz—. Prometo no quitármela.

—Esa era la idea —respondió él, con una media sonrisa que apenas duró un segundo.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino lleno de una calma nueva. Afuera, la nieve comenzaba a caer con suavidad, cubriendo el horizonte con un velo blanco. La luz del amanecer pintaba reflejos dorados sobre la mesa, y el aroma de las galletas aún flotaba en el aire, tibio, familiar.

Debra se volvió hacia la ventana, y en el reflejo vio la silueta de ambos, uno al lado del otro, a escasos centímetros. Era una imagen que no habría imaginado al llegar: él, tan contenido; ella, tan perdida en aquel lugar; y, sin embargo, allí estaban, encajando de una forma que ninguna lógica podía explicar.

Cole tomó la cesta con las cajas y se acercó a la puerta.

—Voy a llevar esto al maletero de mi coche —dijo, con voz baja.

—¿Quieres ayuda? —se ofreció Debra.

—No. —contestó él con demasiada celeridad—. Ya hiciste bastante por hoy.

Ella asintió, viéndolo salir al exterior. Lo observó cruzar el porche, su silueta recortada contra la luz de la mañana, fuerte y solitaria. Con una claridad que la asustó, comprendió que aquel hombre no solo cuidaba el rancho: se aferraba a él porque era lo único que nunca lo había abandonado.

Debra se quedó sola en la cocina, jugando con la cinta roja atada torpemente a su muñeca. La luz del fuego la hacía brillar, y una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios. No sabía qué vendría después ni cuánto tardaría en romperse aquella frágil calma. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no sintió ganas de huir. Porque en ese simple gesto, una cinta roja atada sin cuidado, su corazón volvió a sentirse vivo.

***

El día amaneció frío y claro, con un cielo tan pálido que parecía hecho de vidrio. En la plaza de Maple Hollow, los vecinos

iban y venían entre risas y murmullos, cargando cajas y herramientas, levantando los puestos que darían forma al festival.

Debra llegó temprano, envuelta en su abrigo azul y con una determinación que apenas disimulaba el cansancio de días de arduo trabajo.

—Esto empieza a parecer un milagro —murmuró, mirando cómo el caos se trasformaba dando forma a la feria.

—No uses esa palabra todavía —dijo una voz detrás de ella.

Debra descubrió a Cole junto al escenario, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el gorro calado hasta las cejas. Su expresión era impenetrable, pero en la comisura de su boca asomaba algo que podría haber sido una sonrisa… o una advertencia.

Cole la vio encogerse un poco dentro del abrigo, con el pelo suelto y las mejillas enrojecidas por el frío. Había algo en ella, en su forma de hablar, de mirar las cosas como si siempre tuvieran arreglo, que lo desarmaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Siempre apareces sin hacer ruido? —preguntó Debra.

—Es un don —respondió él sin moverse.

El silencio entre ambos duró apenas un instante, roto por las voces de los voluntarios. Cole señaló hacia ellos con un leve movimiento del mentón.

—Van a cambiar la fila de los dulces por la de los adornos.

—Es por el flujo de visitantes —replicó ella con aplomo—. Si compran primero adornos, luego tienen las manos ocupadas y no pueden llevar chocolate.

—Claro —dijo él, sin levantar la vista—. Estrategia pura.

Ella sonrió con un brillo desafiante.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu estrategia?

—Trabajar. Y esperar que nadie complique las cosas más de lo necesario.

—Entonces estás en el lugar equivocado.

Cole no dijo nada. No era necesario: el brillo en sus ojos la delataba. Esa mujer no podía quedarse quieta; cada gesto, cada pensamiento, cada cosa que tocaba parecía necesitar ser ordenado,

entendido y puesto en su lugar. Y eso, aunque lo exasperaba, también le resultaba… reconfortante.

Caminaron juntos hasta el contenedor donde aún quedaban algunos adornos. Cole retiró la lona y, sin decir nada, tomó una de las coronas de abeto. La desenrolló con la precisión de quien ha hecho ese trabajo mil veces. El hilo se enganchó en su brazo, y Debra se inclinó para ayudar y, toda su concentración se esfumó.

—Espera, déjame a mí —dijo ella.

Sus dedos se rozaron entre las ramas, y el aire pareció cargarse de electricidad. Por un instante, la plaza desapareció: solo quedaban el aroma a pino, su respiración y esa cercanía que lo descolocaba por completo. A Cole le bastó una mirada para recordar lo cerca que había estado de besarla la noche anterior. Su cuerpo se tensó, respiró hondo, bajó la vista y soltó la guirnalda.

—Tienes un don para enredarlo todo —dijo Cole, y su voz sonó más grave de lo que él pretendía, con un deje que delataba frustración contenida.

—Solo intentaba ayudar —se defendió Debra, sorprendida por el tono de él.

—Eso es justamente lo que me preocupa —replicó Cole, con una calma que contrastaba con el leve temblor de sus manos.

Ella lo observó, con los ojos brillando entre la molestia y la diversión contenida.

—¿Siempre tienes una objeción para todo? —preguntó, arqueando una ceja.

—No. Solo para lo que realmente importa —contestó él, girándose de golpe y marchándose con pasos firmes, dejando tras de sí un silencio cargado de tensión.

Durante el resto de la mañana, hablaron poco. Pero la tensión seguía ahí, latiendo entre miradas furtivas y gestos que ninguno reconocería como ternura. Cole se movía con la calma del que sabe exactamente lo que hace; no levantaba la voz, no daba órdenes, pero todos lo seguían. Y cada vez que pasaba cerca, Debra sentía cómo el aire se volvía distinto, más denso, más vivo.

Cuando terminaron, la plaza brillaba bajo un sol pálido. Cole se quitó los guantes y los metió en el bolsillo de sus *jeans.*

—Nada mal —dijo ella, sonriendo satisfecha.

—No, nada mal —replicó él, sin mirarla directamente—. Pero no lo llames milagro todavía.

Una ráfaga de viento levantó la nieve del suelo, envolviéndolos en un remolino blanco. Debra rio, cubriéndose el rostro. Cole avanzó instintivamente y sostuvo la lona del escenario antes de que saliera volando. Quedaron a escasos centímetros, frente a frente, tan cerca que el vapor de sus respiraciones se mezclaba.

—Parece que el tiempo no coopera —dijo ella, con una sonrisa temblorosa.

—Nunca lo hace —contestó él. Y, esta vez, la forma en que la miró hizo que Debra olvidara el frío por completo.

Un grito rompió el momento:

—¡Oye, Cole! ¡El generador!

Él suspiró, como si le costara apartarse, pero lo hizo.

—No toques nada —dijo, antes de girarse.

—No prometo nada —replicó ella, bajando la vista.

Cole se alejó entre los puestos. Debra lo siguió con la mirada, hasta que desapareció del todo. Luego, respiró hondo. La plaza bullía de vida, pero dentro de ella había quedado algo más silencioso, pequeño y cálido: una chispa que se negaba a apagarse, incluso bajo el cielo gris del invierno.

Cuando al fin las luces se encendieron, la plaza estalló en aplausos y exclamaciones. El árbol se iluminó de dorado y verde, y el reflejo del brillo se dibujó en los ojos de Cole. Debra lo miró, sin poder evitar pensar que, por mucho que intentara esconderse detrás de su hosquedad, él era el verdadero corazón de aquel pueblo.

Él, por su parte, la vio reír bajo la luz del árbol, con el cabello suelto y las mejillas enrojecidas por el frío. Había algo en ella, en su manera de insistir, de ver posibilidades en lo torcido, de hablar como si cada cosa pudiera rehacerse, que lo desarmaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

CAPÍTULO 11

La feria de Maple Hollow estaba en pleno apogeo. Desde la mañana, el aire olía a madera recién cortada, a canela y a chocolate caliente, mezclado con el aroma punzante del frío que se colaba entre las capas de ropa de los vecinos. Las luces parpadeaban entre los árboles del paseo central.

Debra caminaba junto a Cole, con un cuaderno con la lista de preparativos pendientes por hacer, anotando y tachando.

—Puestos, calefactores portátiles, luces, … —comentó sin apartar la mirada del papel—. Solo faltan las mesas para el concurso de repostería.

—Ya están en el camión de Peterson —contestó él, con su voz grave y medida—. Llegarán antes del anochecer.

Cole llevaba el abrigo abierto, con las manos metidas en los bolsillos de sus *jeans* y la bufanda torpemente colocada. Su ceño estaba fruncido por la preocupación de que todo saliera perfecto.

Debra lo observaba de reojo: parecía concentrado, silencioso, absolutamente ajeno al bullicio que lo rodeaba. Había algo hipnótico en la forma en que se movía, firme y práctico, sin necesidad de palabras, como si dominara ese pequeño caos con la fuerza de su sola presencia.

—Esa guirnalda está mal —comentó Cole mientras la enderezaba.

—No sabía que existía una forma «correcta» de colgarlas —comentó ella, tratando de aligerar la tensión.

Él levantó una ceja, como si la incredulidad en su rostro hablara por él.

—Claro que la hay. Si no quieres que el viento se las lleve y terminen decorando el tejado del ayuntamiento.

Debra clavó la mirada en su rostro serio y contenido, y no pudo evitar soltar una risa suave. Por un instante, la rigidez de Cole cedió: una media sonrisa, fugaz pero auténtica, se dibujó en sus labios.

Al caer el sol, las luces de la plaza comenzaron a encenderse una a una, como luciérnagas despertando entre la penumbra. El murmullo de los vecinos se mezclaba con la música suave que salía de los altavoces. Los puestos decorados con cintas doradas y rojas resplandecían bajo el cielo violeta del atardecer.

Debra se detuvo un instante en medio de la plaza, abrumada por la belleza simple del momento: las risas de los niños, el brillo en los ojos de los mayores, y la sensación, tan nueva e inesperada, de estar en el lugar correcto. Cole, a su lado, ajustaba las cuerdas de un toldo que amenazaba con ceder por el peso de la nieve.

Lou apareció entonces, envuelta en su abrigo color vino, una bufanda de lana azul y una sonrisa contagiosa. Subió al escenario con la misma energía que llenaba cada rincón de Maple Hollow y alzó las manos para llamar la atención de todos.

—¡Necesito dos voluntarios para probar el sistema de sonido y ensayar el baile! ¡Y no acepto un no por respuesta!

Antes de que Debra pudiera reaccionar, Lou la empujó suavemente hacia adelante, con una sonrisa cómplice.

—Vamos, cariño. Que no se diga que los organizadores no dan ejemplo.

Cole la miró con una mezcla de resignación y fastidio, frunciendo ligeramente el ceño, pero siguió a Debra hasta los escalones que daban acceso al escenario.

—Supongo que esto es obligatorio —murmuró Cole.

—Eso parece —replicó Debra, divertida.

La música comenzó a sonar: un villancico lento, de compás antiguo, que se extendía por toda la plaza. Cole extendió la mano con una mezcla de hosquedad y cuidado.

Debra tomó su mano y, al sentir la fuerza contenida en su agarre, un pequeño escalofrío le recorrió la espalda. Él la atrajo suavemente hacia sí, marcando el ritmo con movimientos medidos y seguros. No había torpeza, solo una delicadeza contenida, firme y silenciosa.

Debra tropezó ligeramente, y Cole la sostuvo por la cintura. Por un instante, el mundo pareció detenerse. El murmullo de la plaza

se volvió lejano, y todo lo que importaba era la cercanía de sus cuerpos y la intensidad de sus miradas.

—No está tan mal —murmuró él, suavizando el tono, con un brillo extraño en sus ojos acerados.

—¿El baile o la compañía? —bromeó.

Él esbozó una sonrisa fugaz, apenas perceptible, y su hosquedad se suavizó por un instante.

—Ambos, quizá.

Cuando la música terminó, permanecieron quietos, respirando el mismo aire helado y cálido al mismo tiempo. Cole carraspeó y desvió la mirada, murmurando que tenía que revisar algo y se alejó. Lou aplaudió, satisfecha y divertida.

—¡Perfecto! ¡Eso sí que es espíritu navideño!

Debra soltó una risa breve, nerviosa, pero su corazón latía con fuerza, demasiado rápido, como si aún siguiera el compás de la música. Sentía las manos frías y el pecho encendido, con una mezcla de emoción y desconcierto que no sabía cómo interpretar. Había algo en la forma en que él la había sostenido, en la tensión contenida entre ambos, que había traspasado todas las barreras que intentaba mantener.

Mientras Cole se alejaba, Debra quedó mirando el espacio vacío que había dejado a su lado. Por un instante, tuvo la absurda sensación de que el aire todavía guardaba el eco de su calor, la huella invisible de sus manos. La certeza de que, si el baile hubiera durado un segundo más, no habría podido seguir fingiendo que no sentía nada por Cole la asoló.

La noche continuó, y la feria cobró vida con un bullicio de aromas, luces y risas. Los puestos ofrecían algo que olía a hogar: manzanas caramelizadas, chocolate caliente, castañas asadas. La plaza entera parecía un pequeño universo suspendido entre la nostalgia y la esperanza, iluminado por farolas y la calidez de los vecinos.

Debra caminó despacio entre la multitud, con una sonrisa que no lograba controlar. Pero, en el fondo, sabía que algo había cambiado. Que aquel baile, tan inocente a ojos de los demás, había encendido una chispa en su interior imposible de apagar.

***

Al día siguiente

Aquella tarde, Debra había decidido ocuparse de algo que había descuidado durante días: adornar la casa. Sabía que, de no hacerlo, su tía Millie se lo habría reprochado con una sonrisa llena de intención.

Estaba colocando sobre la mesa del comedor la última caja cuando el timbre comenzó a sonar con insistencia. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir, tras abrir la puerta, a Lou, cargada con varias bolsas y una amplia sonrisa en los labios.

—Me dijo Cole que hoy te quedarías en casa, y supuse por qué —dijo Lou, entrando sin esperar invitación—. ¿Quieres que te ayude con la decoración?

—Sí, claro —respondió Debra, algo desconcertada, apartándose para dejarla pasar.

Lou dejó las bolsas sobre la mesa y comenzó a sacar adornos y dulces típicos de la época. Su familiaridad con la casa y la calidez que desprendía hicieron que Debra se sintiera en familia, algo que le templó el corazón.

Mientras colocaban adornos y luces, Lou hablaba sin parar, recordando anécdotas de Navidades pasadas, algunas tan vívidas que parecía que Millie pudiera aparecer en cualquier momento con un delantal lleno de harina y un tarro de galletas recién horneadas. La compañía de Lou hacía la tarea más ligera, casi alegre, y por momentos Debra olvidó la tensión que había sentido toda la semana, dejando espacio solo para la emoción del momento.

Tras varias horas de trabajo, Debra dio un paso atrás y contempló lo que habían logrado. El salón del rancho brillaba con la calidez de las luces navideñas: las guirnaldas colgaban con gracia de las vigas de madera, las bolas de cristal reflejaban el fuego de la chimenea y el aroma del pino recién colocado llenaba el aire con su frescor terroso. Por un instante, un ápice de paz y satisfacción la recorrió. El rancho se sentía vivo, cálido… casi como si Millie aún estuviera allí.

—Nos ha quedado de película —dijo Lou, situándose a su lado, con los ojos brillantes por la emoción.

—La verdad es que sí —contestó Debra, sonriendo, con las mejillas encendidas por el esfuerzo y la emoción.

El sonido del teléfono móvil rompió la calma del momento. Debra intercambió una mirada con Lou, temiendo que algo hubiera ocurrido con el festival, y caminó con rapidez hacia el escritorio. Con dedos temblorosos, deslizó la pantalla y contestó.

—¿Sí? —preguntó con cautela.

—Buenas tardes, señora Nicholson —respondió una voz cordial y profesional—. Soy Clara Hensley, de la agencia inmobiliaria de Cedar Ridge.

Debra respiró hondo antes de responder.

—Encantada, señorita Hensley —contestó con una formalidad que apenas lograba contener el torbellino de emociones que la invadía—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Le llamo para confirmar que hemos recibido la documentación inicial que nos envió y que podemos comenzar con los trámites de venta del rancho Evergreen cuando usted lo decida —explicó Clara con serenidad—. Podemos programar una visita para la tasación o preparar la promoción del rancho si así lo desea.

La voz amable de la agente sonó como un recordatorio tangible de la decisión que había tomado semanas atrás.

—Sí… entiendo —murmuró Debra—. Quiero hacerlo, pero necesito algo de tiempo para organizarme —mintió, notando cómo un nudo se le formaba en el pecho.

—Por supuesto —respondió Clara, paciente—. Estamos al pendiente.

Cuando la llamada terminó, Debra permaneció un momento inmóvil, con el teléfono aún en la mano. Luego lo dejó sobre la mesa y exhaló un suspiro largo y tenso. El sonido del fuego, el aroma del pino, los reflejos titilantes de las luces… todo parecía recordarle que estaba a punto de tomar una decisión de la que ahora no estaba del todo segura.

Lou apareció desde la cocina con dos tazas humeantes de chocolate caliente y se acercó a ella.

—¿Estás bien, querida? —preguntó con sincera preocupación.

Debra vaciló unos segundos antes de contestar. Finalmente, con un hilo de voz confesó:

—Lou… eran de la agencia inmobiliaria. Quieren empezar los trámites para vender el rancho.

Lou se quedó en silencio. Su mirada reflejaba comprensión, pero también una leve sombra de tristeza.

—Venderlo… —repitió con suavidad—. Debe de ser una decisión muy difícil.

—Sí —admitió Debra, notando cómo las lágrimas amenazaban con escapar de sus ojos—. Después de organizar el festival, de conocer a la gente de Maple Hollow… y de pasar tiempo con Cole… ya no estoy tan segura. Este lugar está lleno de recuerdos, de vida. Y ahora me doy cuenta de cuánto significa para mí.

Lou puso una mano sobre la suya, firme pero cálida.

—Debra —dijo en voz baja, con esa calma que solo tienen las personas que han vivido mucho—, nadie puede decidir por ti. Pero recuerda lo que siempre decía tu tía Millie: las raíces y la familia tienen un valor que no se puede reemplazar. Los lugares donde crecemos, los recuerdos que construimos… no se venden. Se quedan con nosotros, nos acompañan, incluso cuando creemos habernos alejado.

Debra bajó la mirada, dejando que aquellas palabras calaran en su interior. Durante un largo momento, el silencio fue solo interrumpido por el crepitar del fuego y el suave golpeteo del viento en los cristales.

—Tienes razón —murmuró finalmente—. No puedo decidir algo así a la ligera. Necesito estar segura. No quiero arrepentirme.

Lou asintió, apretando su mano con ternura.

—Y decidas lo que decidas, estaré aquí —dijo con una sonrisa llena de afecto—. Es lo que habría querido Millie.

Las lágrimas de Debra se mezclaron con una sonrisa temblorosa.

—Gracias, Lou… Tenía miedo de contártelo y arruinar lo que tenemos.

—Oh, querida —respondió Lou con una risa suave—, no arruinarás nada. En parte también soy tía tuya, si me lo permites. Y las tías no se asustan por una decisión difícil.

Debra soltó una pequeña risa, liberando parte de la tensión acumulada. Lou se levantó y se acercó a la ventana, donde la nieve comenzaba a cubrir los campos en un manto blanco.

—Solo prométeme una cosa —dijo, sin volverse—: habla con Cole. Si vas a seguir adelante o si viene alguien de la agencia, merece saberlo. No por obligación, sino porque él también forma parte de este lugar.

Debra asintió.

—Lo haré —dijo con voz firme, aunque la duda seguía reflejada en sus ojos—. No quiero que se entere por otros medios.

Cuando Lou se marchó, Debra se quedó de pie frente al árbol, contemplando las luces parpadeantes. Aún no sabía qué camino tomaría, pero comprendió que el rancho no era solo una herencia: era una historia. Una parte viva de sí misma.

Y mientras la noche avanzaba, serena y constante, Debra decidió que, al menos por esa noche, dejaría que el corazón hablara antes que la razón.

CAPÍTULO 12

Un poco más tarde

Debra permanecía de pie frente al ventanal, con una manta de cuadros negros y rojos cubriendo sus hombros, observando el vaivén del viento con una calma casi hipnótica. El murmullo del viento y el leve crepitar del fuego eran los únicos sonidos en la estancia, hasta que el chirrido de la puerta al abrirse la devolvió a la realidad.

Cole apareció en el umbral, sacudiéndose la nieve del abrigo antes de colgarlo junto a la entrada. Se detuvo unos segundos, en silencio, mientras sus ojos recorrían la habitación con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

El salón estaba irreconocible. El árbol resplandecía con una luz suave; las velas lanzaban destellos dorados que danzaban sobre las paredes, y el aire estaba impregnado del aroma cálido del pino y la canela. Por un instante, el rancho, aquel lugar que tantas veces había sentido vacío, parecía respirar de nuevo, lleno de vida y de algo que se asemejaba a paz.

—Vaya… —murmuró en apenas un susurro—. Parece que alguien se ha tomado en serio la decoración.

Debra se volvió despacio, con una sonrisa tímida curvándole los labios.

—Lou me ayudó. Pensé que… el rancho lo necesitaba.

Cole asintió, estudiando todo a su alrededor.

—Millie estaría orgullosa —dijo, y su voz sonó más suave de lo habitual, con una calidez que la sorprendió—. Le has devuelto vida a esta casa —añadió con admiración.

Por un instante, ninguno de los dos habló. El fuego proyectaba sombras danzantes sobre sus rostros, y el silencio se volvió espeso, cargado de algo que ninguno se atrevía a nombrar. Debra sintió el corazón acelerarse; el aire entre ellos parecía vibrar, y un impulso desconocido la obligó a sostenerle la mirada.

Cole dio un paso más, y la distancia que los separaba se desvaneció. Su proximidad la envolvió por completo: el calor que emanaba de su cuerpo, el olor a madera y cuero, la quietud de sus movimientos. Levantó una mano y, con gesto indeciso, apartó un mechón rebelde que caía sobre el rostro de Debra.

—Así está mejor —murmuró.

Ella alzó la vista, atrapada en sus ojos grises. No había ironía en ellos, ni frialdad. Solo una intensidad que la desarmó. Sintió cómo algo dentro de ella cedía, como si una muralla invisible se desmoronara lentamente.

—Cole… —susurró, pero él ya se inclinaba hacia ella.

El primer roce fue apenas un aliento, una duda suspendida entre el deseo y el miedo. Luego, la distancia se quebró. El beso fue suave, contenido al principio, pero pronto se volvió más profundo, más real. Ella sintió cómo el suelo desaparecía bajo sus pies, y solo quedaron el calor del fuego, el latido en su pecho y la certeza de que, en ese instante, nada más importaba.

Cole la rodeó con los brazos, y la manta resbaló de sus hombros al suelo. El fuego chispeó con un estallido de luz, como si el rancho entero los observara. Debra respondió al beso con una mezcla de ternura y anhelo, dejándose llevar por una sensación que no recordaba haber sentido en años: la de pertenecer a un lugar, a alguien, sin necesidad de palabras.

Cuando se separaron apenas unos centímetros, el silencio volvió a envolverlos.

Ella apoyó la frente en su pecho, respirando despacio, mientras él le acariciaba el cabello con un gesto torpe pero sincero.

—No quería hacerlo —murmuró él, casi para sí—. Pero no puedo evitarlo.

Debra sonrió apenas, sin apartarse.

—Lo sé —susurró—. Yo tampoco.

Cole colocó su dedo índice bajo su barbilla, y alzó el rostro de Debra con delicadeza. En su mirada había una mezcla de duda y deseo, una rendición silenciosa que le desarmó por completo y entonces la besó de nuevo, sin reservas, sin miedo.

Sus labios se encontraron con urgencia, fundiéndose en un diálogo silencioso donde cada movimiento revelaba el anhelo contenido durante días. Cole no podía conformarse con solo saborearla; necesitaba beber su esencia, poseer cada rincón de su boca. Cuando su lengua abandonó el calor que la había acogido, trazó un camino lento y deliberado por el arco de su cuello, un roce húmedo y prometedor que era tanto pregunta como declaración.

El suspiro tembloroso que escapó de los labios de Debra fue toda la respuesta que necesitaba. Él mordisqueó con delicadeza cada centímetro de piel que recorría hasta volver a sus labios. Ella se abrió para él sin reservas, rindiendo su boca en una entrega total. Cuando sus lenguas volvieron a entrelazarse, ya no fue un simple beso, sino una sinfonía de sabores y texturas que anuló el espacio y el tiempo, sumergiéndolos en una dimensión donde solo existía el lenguaje de su deseo.

Mientras tanto, las manos de Debra ascendieron hacia el rostro de Cole, sus dedos explorando con fascinación la textura áspera y masculina de sus mejillas. La barba de varios días, que raspaba sensual contra sus yemas, le provocaba un escalofrío placentero, un contraste perfecto con la delicadeza de sus caricias.

Al mismo tiempo, él deslizó sus manos con posesividad bajo el suave jersey color esmeralda, descubriendo la suavidad de la piel de su espalda desnuda. Sus palmas mapearon cada vértebra con devoción táctil, presionando en puntos estratégicos que arrancaron gemidos ahogados de su boca aún unida a la de él. Cada descubrimiento era una nueva partitura que sus cuerpos aprendían a ejecutar juntos.

El beso se volvió más profundo. Cole saboreó el interior de su boca como si buscara memorizar su esencia: el regusto a vainilla, la dulzura natural que parecía emanar de ella. Sus manos, antes contenidas, recorrieron los costados de su torso con posesión creciente, los dedos presionando levemente mientras ascendían hacia la parte baja de su sujetador de algodón, que desabrochó.

Ella respondió con igual urgencia, sus uñas arañando suavemente su nuca, antes de enterrarse en su cabello. Tiró de las raíces oscuras con justa presión, una mezcla de dolor y placer que

arrancó un gruñido gutural de la garganta masculina. Ese sonido, primitivo y honesto, vibró entre sus bocas unidas y encendió algo profundamente ancestral en su interior.

Sus lenguas ya no danzaban: combatían, se rendían, se conquistaban en un ciclo infinito que les quitaba el aire, pero les daba vida. Cole volvió a abandonar su boca y trazó besos húmedos a través de su garganta hasta su clavícula, los gemidos de Debra se volvieron quejas, hasta que sus caderas se arquearon instintivamente contra la dura evidencia de su deseo presionando justo bajo su vientre.

Las manos de él por fin encontraron la parte inferior de su espalda, descubriendo dos hoyuelos sagrados que merecían atención. Sus pulgares dibujaron círculos hipnóticos allí mientras sus bocas se separaban jadeantes.

—No sabía —él respiró contra sus labios hinchados, la frente apoyada en la de ella— que tu piel tendría el mismo sabor que el algodón de azúcar.

Ella sonrió, hechizada, sus dedos trazando el contorno de sus pómulos mientras sentía las grandes manos masculinas descender más, moldeando las curvas de sus glúteos a través de la tela de sus *jeans*.

—Y yo no sabía —susurró, deteniéndose para morder su labio inferior— que tus manos se sentirían como lluvia después de siglos de sequía.

Cole la levantó en sus brazos, ella envolviéndole la cintura con sus piernas, y la llevó contra la pared más cercana. La moldura de madera antigua presionaba su espalda. El contraste entre la rudeza de la pared y la suavidad de sus cuerpos era otro lenguaje que empezaban a descifrar. Ahora sus miradas estaban al mismo nivel, sus alientos mezclándose en nubes visibles en el aire frío cerca del ventanal.

—Dime que pare —rogó Cole, aunque sus caderas ya empujaban contra el núcleo de calor entre sus piernas.

—Dime que quieres parar —replicó Debra desafiante, con sus ojos brillantes como el *whisky* bajo el fuego.

Sus miradas se sostuvieron en un desafío cargado de electricidad, donde ninguna de las dos respuestas era realmente una opción. Cole respondió con acciones en lugar de palabras: sus dedos encontraron el borde de su jersey y lo levantaron con urgencia antes de lanzarlo por los aires, dejando al descubierto su piel nacarada.

—Ya no podría parar, aunque quisiera —susurró contra su boca antes de sellarla con otro beso.

Sus dedos encontraron el cierre de sus *jeans* con destreza sorprendente, deslizándolos a lo largo de sus piernas. Debra ayudó con movimientos torpes, quitándose la prenda mientras Cole hacía lo mismo con su ropa, sin separar sus labios de los de ella, como si romper ese contacto significara romper el hechizo.

Cuando por fin estuvieron piel con piel, apoyados contra la pared de madera centenaria, ambos emitieron un sonido gutural de alivio y anticipación. Cole tomó sus manos y las entrelazó con las de ella, elevándolas sobre su cabeza contra la pared, exponiendo completamente su cuerpo al fuego danzante y a sus ojos hambrientos.

—Mírame —rogó, y ella abrió los ojos que había mantenido cerrados—. Quiero ver tu rostro cuando te posea.

La primera embestida los dejó a ambos sin aliento. Debra arqueó la espalda contra la pared, sus uñas clavándose en las palmas de sus manos mientras él llenaba cada espacio vacío dentro de ella. Cole enterró su rostro en su cuello, inhalando profundamente su esencia mientras comenzaba un ritmo ancestral que sus cuerpos reconocieron instantáneamente.

Era una danza de posesión y entrega, de fuerza y vulnerabilidad. Cada embestida los acercaba más al borde del abismo, cada gemido era una confesión. Debra liberó sus manos para envolverlo con sus brazos, sus piernas apretándose más fuerte alrededor de su cintura, deseando una proximidad imposible.

—Más —jadeó en su oído—. No te detengas.

Cole cambió el ángulo, profundizando la penetración de su masculinidad hasta que ella soltó un gritó gutural, un sonido que se mezcló con el crepitar del fuego. Sus cuerpos brillaban con sudor

bajo la luz ámbar, moviéndose en perfecta sincronía como si siempre hubieran estado destinados a encajar de esa manera.

El clímax los alcanzó como una ola imparable, arrastrándolos en una corriente de sensaciones tan intensas que borraron toda noción de individualidad. Cole rugió su nombre contra su piel mientras su cuerpo se estremecía con espasmos prolongados. Debra lo sintió hasta en las puntas de los dedos, una explosión interna que la dejó temblando.

Cuando la marea retrocedió, quedaron jadeantes y entrelazados, todavía unidos, con la pared soportando su peso. Cole descansaba su frente en el hueco de su cuello, su respiración agitada acariciando su piel sensible.

Ninguno habló durante largos minutos, permitiendo que sus cuerpos comunicaran lo que las palabras no podían expresar. Finalmente, Cole se retiró con suavidad y la llevó entre sus brazos hacia la alfombra frente al fuego, envolviéndolos a ambos en la manta.

Allí, entre suspiros y caricias tardías, bajo la mirada benévola de las llamas, comprendieron que algo esencial había cambiado para siempre. No era solo deseo, ni únicamente necesidad; era algo más profundo, difícil de nombrar. Ninguno quiso hacerlo. Prefirieron dejar que la noche siguiera su curso, dejar que el lenguaje de sus cuerpos hablara por ellos, sin palabras que pudieran romper la magia que se había creado.

CAPÍTULO 13

Una luz pálida, casi tímida, se filtraba entre las cortinas del dormitorio, tiñendo la habitación de un azul suave y frío. El aire estaba impregnado de ese aroma inconfundible de la madera y de algo más sutil: un rastro invisible de lo que había ocurrido la noche anterior.

Debra abrió los ojos lentamente, como si temiera romper el delicado hilo que la mantenía suspendida entre el sueño y la realidad. Por un instante, creyó haberlo imaginado todo: el calor, las manos de Cole sobre su piel, el temblor de su voz cuando la llamó por su nombre al llegar al orgasmo. Recordó, con una sonrisa y una punzada de sorpresa, cómo en algún momento la había levantado en brazos y la había llevado hasta su cama, cuidando cada gesto para no romper la magia del instante. Pero al girarse hacia el otro lado de la cama, el hueco vacío y aún tibio la devolvió al presente.

Cerró los ojos otra vez. No quería pensar. El silencio del cuarto la envolvía. Tenía miedo, aunque no sabría decir de qué exactamente. Miedo de lo que ella sentía, miedo de no saber lo que él sentía, miedo, tal vez, de que todo aquello no hubiera sido más que un error. Pero quedarse allí, bajo las sábanas, fingiendo que el amanecer no existía, tampoco era una opción.

Respiró hondo, buscando la fuerza que siempre decía tener, y se incorporó despacio. La madera del suelo estaba helada bajo sus pies descalzos, pero ese pequeño golpe de realidad la ayudó a moverse. Se envolvió en una manta, se peinó con los dedos, y bajó las escaleras con el corazón desbocado, latiendo con esa mezcla absurda de nervios y esperanza que se siente antes de enfrentarse a algo inevitable.

Cole estaba en la cocina. De pie junto a la ventana, con una taza de café entre las manos, miraba hacia el horizonte. La luz gris del amanecer lo recortaba contra el ventanal, haciéndolo parecer más alto, más distante. El vapor del café ascendía en espirales

lentas, disipándose como el eco de una conversación que no había llegado a tener lugar.

—Buenos días —dijo ella, en apenas un murmullo.

Él giró apenas la cabeza, lo justo para que ella alcanzara a ver sus ojos.

—Preparé café.

Nada más. Sin un «hola», sin una sonrisa. Solo esa frase neutra, pronunciada con una calma que dolía más que cualquier palabra áspera.

Debra se acercó despacio, intentando no delatar el temblor en sus manos. Sirvió un poco de café y se sentó en torno a la mesa. El silencio que los separaba era frágil, casi visible. Podía sentirlo vibrar en el aire, como una cuerda a punto de romperse.

Cole bebía sin mirarla. Ella sostenía la taza con ambas manos, aferrándose a su calor como si pudiera calentar el vacío que se abría dentro de ella.

Por fin, él dejó la taza sobre el alféizar.

—Me tengo que ir —dijo, sin moverse de la ventana—. Ethan me pidió ayuda con unas reparaciones en el establo.

—Claro —respondió Debra, esforzándose por sonar tranquila.

Cole se puso el abrigo, se colocó el gorro y se detuvo un segundo, antes de abrir la puerta.

—Nos vemos luego.

Y se fue.

El golpe suave de la puerta al cerrarse resonó en toda la casa. El eco de sus pasos fue apagándose poco a poco, seguido por el motor de su *pick up* alejándose por el camino helado. Cuando el silencio regresó, fue más profundo que antes.

Debra se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta. Se había pasado la vida evitando depender de nadie, y justo cuando por fin había bajado la guardia, él se había marchado sin una palabra, un gesto…nada.

Se levantó despacio, como si cada movimiento requiriera un esfuerzo nuevo, y se acercó al ventanal. La nieve caía despacio, cubriendo las huellas que Cole acababa de dejar, borrándolas una a

una. El paisaje se volvía perfecto, inmaculado, como si nada hubiera pasado.

En el reflejo del cristal vio su propio rostro: los labios apretados, el cabello enredado y su mirada perdida. Apenas se reconocía.

«¿Qué esperabas? —se preguntó—. ¿Una declaración de amor?»

Molesta consigo misma caminó hasta la puerta y salió al porche, envuelta en la manta. El viento helado le golpeó el rostro, pero no tanto como el hueco que sentía dentro de su pecho. Desde allí, el paisaje parecía otro mundo: los árboles cubiertos de escarcha, el humo de alguna chimenea lejana, el silencio espeso de la mañana después de la tormenta.

Pensó en lo fácil que sería marcharse. Vender el rancho, cerrar esa etapa, volver a la ciudad, a su vida predecible. Podía hacerlo, nadie la retendría.

Y, sin embargo, al mirar los campos cubiertos de blanco, supo que no podía irse.

Cada rincón del Evergreen tenía la huella de su tía, de su infancia… y ahora, también de él: el establo donde lo había visto reír por primera vez, la cocina donde sus manos habían rozado las suyas, la manta que aún conservaba su olor.

Volvió a entrar en la casa, dejó la taza sobre la encimera y se apoyó en ella, respirando hondo. Quizás Cole necesitaba tiempo. Quizás no sabía cómo enfrentarse a lo que había nacido entre ellos.

Y, tal vez, pensó con un nudo en la garganta, ella tampoco.

Aun así, por primera vez en mucho tiempo, Debra no pensó en huir.

El rancho, con su silencio, sus sombras y sus recuerdos, ya no era una carga. Era un lugar que la desafiaba a quedarse, a echar raíces.

Inconscientemente su mirada se fijó en su muñeca derecha. Aún conservaba la cinta roja que él le había atado aquella mañana de galletas e incertidumbre. El lazo, un poco torcido, rozaba su muñeca con una suavidad casi imperceptible. La acarició con la yema del dedo, siguiendo el borde sedoso del nudo, como si pudiera

atrapar en esa textura el calor de su piel, su voz grave, la forma en que la había mirado.

Sonrió, apenas, un gesto leve que se deshizo tan pronto como nació. Aquel trozo de seda no era más que una cinta, y sin embargo, para ella tenía el peso de algo que no se atrevía a nombrar.

No sabía qué vendría después, ni cuánto duraría aquel silencio entre los dos, pero había algo cierto en medio de tanta incertidumbre: Cole se había marchado, y, sin embargo, una parte de él seguía allí, suspendida en el aire, mezclada con el aroma del café y con la huella invisible que había dejado en su corazón.

***

El rancho de Ethan se extendía al pie de una colina baja, rodeado de cercas nuevas y campos abiertos que se perdían hasta donde alcanzaba la vista. A diferencia del Evergreen, más antiguo y lleno de historia, este lugar tenía una energía distinta: práctica, bien cuidada, con todo dispuesto para resistir el invierno. El granero, pintado de un rojo oscuro, destacaba entre las construcciones de madera clara.

Cole estacionó junto al corral y bajó del vehículo. El suelo helado crujió bajo sus botas. Desde el interior del establo llegaban sonidos familiares: el resoplido pausado de un caballo, el crujir de la madera al dilatarse con el frío y el sonido del metal contra el hierro.

Cole se pasó una mano por la incipiente barba que cubría sus mejillas, respiró hondo y empujó la puerta del establo. El calor del interior lo envolvió de inmediato, junto con el olor a heno fresco y a cuero viejo. Ethan estaba al fondo, colocando algunas herramientas en una caja de metal.

—Llegas tarde —dijo Ethan con una mueca—. Empezaba a pensar que te habías congelado en el camino.

—Tu pista de hielo no ayuda —replicó Cole, sacando los guantes de trabajo del bolsillo de su chaqueta.

Ethan soltó una breve carcajada.

—No es mi culpa que conduzcas como si aún tuvieras dieciocho años —respondió, tomando la caja de herramientas.

—¿Dónde están esas malditas vallas? —preguntó Cole, deseando terminar cuanto antes.

Ethan frunció el ceño y lo observó un segundo, antes de encaminarse hacia el exterior.

—Por aquí. —Su tono era más serio ahora.

Cinco minutos después, estaban frente a un tramo de vallas desgastadas, con los tablones torcidos y los clavos oxidados. El viento soplaba desde el norte, levantando pequeños remolinos de aire frío que se colaban entre los huecos.

Cole no dijo nada. Simplemente tomó el martillo y comenzó a golpear en silencio. El sonido seco del metal contra la madera marcaba un ritmo constante, casi hipnótico, acompañado por el resoplido de los caballos en el establo cercano.

Ethan trabajó un rato a su lado, en silencio. Pero conocía a Cole demasiado bien: aquel mutismo no era concentración, sino contención. Una forma de morder las palabras para no dejarlas escapar.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó al fin, sin apartar la vista del clavo que estaba sujetando.

—Nada —murmuró Cole, clavando otro con más fuerza de la necesaria.

—Claro —dijo Ethan con una sonrisa torcida—. Y yo soy Santa Claus. —Se enderezó y se limpió las manos en el pantalón—. Vamos, suéltalo. Tienes cara de haber peleado con un oso… y no estoy seguro de que hayas ganado.

Cole apoyó el martillo sobre el poste y exhaló despacio.

—No fue un oso. Fue… Debra.

Ethan alzó las cejas, divertido.

—Eso explica tu semblante. ¿Qué pasó?

—Anoche… —Cole vaciló un segundo, pero ya no había vuelta atrás—. Estuvimos juntos.

—Juntos tipo: «cenamos y hablamos» o «las estrellas fueron testigos».

Cole lo fulminó con la mirada, pero su silencio lo delató.

Ethan lanzó un largo silbido.

—Vaya. No me lo esperaba tan pronto.

—Ni yo. —Cole se apartó un poco, apoyándose en la valla—. No fue planeado. Simplemente… sucedió.

Ethan asintió con un gesto de cabeza, conteniendo el comentario fácil. Sabía cuándo bromear y cuándo escuchar.

—¿Y ahora?

Cole se pasó una mano por la nuca con evidente malestar.

—Ahora nada. Esta mañana bajó, dijo: «buenos días», y todo fue… incómodo. No supe qué decirle.

—¿Y te fuiste?

—Tenía que venir a ayudarte —respondió, esquivando la mirada de su amigo.

Ethan lo observó con una mezcla de resignación y cariño.

—Ajá. Claro. Viniste a ayudarme a reparar una valla a las ocho de la mañana con tal de no hablar de tus sentimientos.

Cole resopló.

—No empieces.

—No tengo que empezar, ya lo hiciste tú —Ethan se acercó y se apoyó en el mismo poste—. Déjame adivinar: te gustó, fue diferente, y ahora no sabes si ella siente lo mismo o si acabas de complicar todo.

Cole bajó la cabeza, casi avergonzado.

—Más o menos.

—Cole, te conozco desde hace quince años —dijo Ethan, bajando el tono—. Siempre haces lo mismo. Cuando algo empieza a importarte, te asustas y te escondes.

—No estoy asustado.

—Claro que lo estás —Ethan sonrió, sin burla—. Si no lo estuvieras, no estarías aquí, si no con ella.

—Tú no lo entiendes. Ella no vino buscando… nada. No espera quedarse aquí, ni… ni enamorarse de nadie.

—¿Y tú sí?

El silencio se alargó. Cole se frotó las manos, como si buscara calor en medio del frío.

—No lo sé. No planeaba nada de esto. Solo… la miro y todo se me descoloca.

Ethan sonrió, más suave esta vez.

—Entonces quizá eso sea lo bueno, no está mal salirse de la zona de confort.

Cole soltó una risa breve, sin humor.

—No sé si puedo darle lo que espera —admitió Cole al fin, con la mirada fija en el suelo cubierto de escarcha.

Ethan, que apoyaba un codo sobre la valla medio reparada, arqueó una ceja.

—¿Y quién dijo que espera algo? —respondió, encogiéndose de hombros.

Cole pasó una mano por su nuca, inquieto.

—No lo sé… pero, ¿y si no se queda? ¿Y si no soy suficiente motivo para hacerlo? —su voz salió más baja, era apenas un susurro que se perdió entre el aire frío.

Ethan lo observó un momento en silencio, evaluando sus palabras. Luego sonrió, de medio lado, con esa mezcla de ironía y ternura que solo un amigo podía permitirse.

—Entonces, al menos sabrás que lo intentaste. Pero si te quedas aquí, reparando vallas, nunca lo sabrás.

Cole levantó la vista, y durante un instante, sus ojos se encontraron. Había verdad en las palabras de Ethan, y también un reto implícito: dejar de esconderse.

—Supongo que tienes razón —dijo finalmente, con un suspiro resignado.

—Claro que la tengo —replicó Ethan con una sonrisa confiada —. Como siempre, aunque no quieras admitirlo.

Cole soltó una risa breve, auténtica, la primera en toda la mañana.

—Gracias, Ethan.

—Para eso están los amigos —dijo él, dándole un codazo en el brazo—. Ahora vete a arreglar lo que de verdad importa.

Cole asintió, guardó las herramientas y se encaminó hacia su camioneta. El motor rugió, levantando una nube de nieve y polvo

que el viento se llevó enseguida. Ethan lo siguió con la mirada hasta que el vehículo desapareció por el camino.

Entonces sonrió, una sonrisa genuina, tranquila.

Cole era un buen hombre, pensó, y merecía que alguien, por fin, lo viera como realmente era. Y si Debra era esa persona, ojalá tuviera el coraje de no dejarlo marchar.

CAPÍTULO 14

El camino de regreso al rancho Evergreen estaba envuelto en una bruma fina. Cole conducía despacio, con los faros abriendo surcos de luz entre el cielo gris. La conversación con Ethan seguía resonando en su cabeza, palabra por palabra, como un eco imposible de acallar.

Cuando giró hacia el sendero, el cielo comenzaba a clarear. Apagó el motor y permaneció dentro del coche un instante, observando la casa a través del parabrisas empañado.

Luego salió del vehículo y avanzó por el porche, con movimientos lentos, casi distraídos. Se detuvo frente a la puerta. Dudó. Tenía las manos heladas, pero no era el frío lo que lo retenía, sino el temor: miedo a decir demasiado… o demasiado poco.

Debra lo vio llegar desde la ventana. El corazón le dio un vuelco: con una mezcla de alivio y nervios. No sabía si salir a su encuentro o fingir que no lo había visto. Pero cuando lo vio bajar del vehículo, con la chaqueta perlada de escarcha y el rostro ensombrecido, algo dentro de ella se encendió, inevitable.

Abrió la puerta antes de pensarlo.

Cole levantó la vista, sorprendido. Por un instante, todo el peso de las últimas horas pareció deslizarse de sus hombros.

—Hola —murmuró.

—Hola —respondió ella; su voz sonó suave, aunque no distante.

Durante unos segundos, ninguno supo qué hacer ni qué decir. El silencio entre ellos tenía algo de frágil, como si cualquier palabra pudiera romperlo.

—Pasa —dijo al fin Debra—. Te vas a congelar ahí fuera.

—Sí… será lo mejor —respondió él, apenas sonriendo.

Ya en el interior, se dirigieron al salón, donde la chimenea crepitaba, llenando el aire con un calor suave y el aroma de la leña.

Las sombras danzaban sobre las paredes, y el silencio, apenas roto por el chisporroteo del fuego, parecía envolverlo todo.

Cole se quitó el abrigo despacio. Lo colgó en el perchero, y por un momento se quedó quieto, con las manos aún aferradas a la tela, sin saber muy bien qué hacer después. El agua derretida de la nieve le resbalaba por el cuello, y notó el contraste del calor en la piel fría.

Debra lo observaba desde el otro lado de la estancia, inmóvil. La luz del fuego le dibujaba el rostro con destellos anaranjados, y en sus ojos había una mezcla de cautela y ternura, como si temiera romper el delicado equilibrio de ese instante.

Cole inspiró hondo. Algo en el ambiente, el olor del humo, la familiaridad del lugar, la presencia de ella, le apretó el pecho antes de que lograra decir una palabra.

—Ethan necesitaba ayuda con unas vallas —explicó, como si eso justificara su huida.

—Ya me lo imaginé —respondió ella sin reproche, solo con una calma que dolía más que cualquier enfado.

Cole se aclaró la garganta, buscando una voz que no le sonara ajena.

—No quería irme así esta mañana —intentó justificarse.

—Pero lo hiciste —replicó Debra, sin poder evitarlo.

Él cerró los ojos un instante, como si el peso de esas dos palabras le cayera encima.

—Sí —Avanzó un paso, despacio—. Y no fue justo.

Debra levantó la vista al fin. Sus miradas se encontraron, y el tiempo pareció detenerse entre ellos. En los ojos de ella había algo más que tristeza: una mezcla de confusión y cansancio, pero también un brillo leve, obstinado, que él reconoció al instante. Era el reflejo de alguien que, pese a todo, aún no se había rendido.

—No sé qué fue lo de anoche —dijo ella, rompiendo el silencio—. No sé si fue un error o algo que los dos necesitábamos.

Cole respiró hondo antes de hablar.

—No soy bueno con… esto. —Señaló el espacio entre ellos—. Con sentir algo que no puedo controlar.

—Nadie lo es —dijo ella, bajando la voz—. Pero al menos algunos lo intentan.

La frase lo golpeó con la misma honestidad con la que había sido dicha.

—He pasado tanto tiempo evitando sentir, Debra, que ya no sabía cómo hacerlo. —Sus palabras eran torpes, pero sinceras—. Anoche no fue solo impulso. Fue… algo diferente que ni puedo calificar. No esperaba que llegases, ni que cambiaras nada. Pero desde que estás aquí, todo parece distinto. Y eso me asusta.

—¿Por qué te asusta? —preguntó Debra, con la necesidad de entender.

—Porque cada vez que me he permitido querer algo, lo he perdido —Su mirada se endureció apenas—. El rancho de mi familia, la gente que me importaba… Todo se fue, y lo único que aprendí fue a no esperar nada.

Hubo un silencio largo, roto solo por el *tic-tac* del reloj en la pared. Debra lo miró, y en su rostro había algo que se parecía mucho a la compasión.

—No soy la cura de tu dolor, Cole —dijo al fin—. Pero tampoco soy una herida.

Él la miró un segundo, como si procesara las palabras lentamente, y asintió.

—Lo sé. Y no quiero que esto se convierta en otra cosa que duela. Solo quería… decirte que lo que sentí fue real.

El aire se volvió más liviano, mientras la luz del mediodía comenzaba a colarse por la ventana. Debra alargó la mano y, sin pensarlo demasiado, rozó la suya; el contacto fue leve, cálido, y bastó para borrar cualquier distancia. Cole la miró, y en su expresión había algo nuevo: una mezcla de felicidad y alivio, como si al fin comprendiera que no tenía que huir de lo que había empezado a sentir. Sin apartar la vista ella dio un paso, luego otro, hasta quedar a escasos centímetros. Por un instante, ninguno respiró.

Entonces él la besó.

No fue un beso urgente, sino un reconocimiento: una promesa tímida, pero también de algo que se resistía a ser pronunciado en voz alta. Cuando se separaron, sus frentes quedaron

unidas, y el mundo afuera siguió igual, aunque para ellos todo hubiera cambiado para siempre.

El tiempo se volvió impreciso después de eso. No hubo prisa ni torpeza, solo una especie de rendición tranquila, inevitable. Se buscaron como quien vuelve a un lugar que creía perdido, con ternura y deseo incandescente.

Horas después el fuego arrojaba sombras ondulantes sobre sus cuerpos. El mundo pareció quedar suspendido en un punto de calma absoluta. Debra se recostó sobre su pecho, escuchando el ritmo acompasado de su corazón.

Cole deslizaba la mano por su hombro con un vaivén lento, casi hipnótico. El silencio entre ambos se alargó, lleno de respiraciones suaves y del crepitar apagado del fuego. Las brasas parpadeaban, tiñendo la habitación de un resplandor anaranjado y frágil.

—No sabía que podía sentir algo así otra vez —dijo él al fin, casi en un murmullo.

Debra levantó la vista, buscando su mirada.

—¿Y qué sientes?

—Felicidad —murmuró tras un instante de reflexión—, y miedo, en la misma medida.

Ella sonrió levemente al escuchar sus palabras.

—Eso significa que estás vivo.

Él soltó una risa ronca y breve.

—Llevo tanto tiempo sobreviviendo que casi olvidé cómo se siente vivir de verdad.

—Entonces no lo olvides —susurró ella—. No esta vez.

Cole la miró, y algo dentro de él se ablandó, una tensión antigua que cedía sin resistencia. La abrazó con fuerza, y Debra se dejó envolver, sintiendo el calor de su cuerpo.

Pasó un rato antes de que volvieran a hablar. La lluvia se volvió más intensa, tamborileando sobre el techo, y el fuego se redujo a un resplandor tenue.

—¿Sabes? —dijo Debra, jugando con el vello de su pecho—. A veces pienso que no necesitamos entenderlo todo. Que hay cosas que solo se viven y se sienten.

Cole asintió, mirándola con una ternura que no intentó disimular.

—Eso es lo que más me asusta. Que esto no sea real, que solo sea un espejismo que desaparecerá.

—Cole, esto es real —afirmó Debra con convicción.

Él guardó silencio. La observó durante un largo instante, como si quisiera grabar en su memoria cada detalle: la forma en que la luz del fuego acariciaba su piel, el leve temblor de sus pestañas, la suavidad de su respiración.

—Eres distinta, Debra —murmuró al fin—. No porque hayas venido a salvarme de mi soledad… sino porque no lo intentas.

Ella apoyó una mano en su mejilla, y su voz se volvió apenas un suspiro.

—Nadie salva a nadie, Cole. Solo podemos salvarnos a nosotros mismos… y a veces, basta con abrir los ojos y el corazón.

El silencio que siguió no fue incómodo. Él la atrajo un poco más hacia sí, y Debra cerró los ojos, dejándose envolver por el calor del fuego, por la respiración de él, por la sensación de estar, al fin, en el lugar correcto.

***

Unos días después

El aire olía a cacao caliente y a manzanas recién horneadas mientras Debra se movía entre los puestos de la feria, sirviendo tazas de chocolate junto a Lou. La música suave de los villancicos se mezclaba con las risas de los niños, y todo el pueblo parecía envuelto en una burbuja de alegría que Debra, por un instante, deseó poder vivir sin sentir aquel peso en el pecho, algo que no la dejaba ser feliz del todo.

Lou la observaba de reojo, con ese instinto que pocas veces fallaba. Esperó a que Debra terminara de servir una taza antes de hablar.

—Tienes la cabeza en otro sitio —dijo con una media sonrisa —. ¿Qué pasa?

Debra titubeó.

—No es nada… o tal vez sí —Se mordió el labio inferior y bajó la voz para que solo Lou pudiera escucharla—. La otra noche… pasó algo entre Cole y yo.

Lou levantó las cejas apenas, pero no parecía sorprendida.

—¿Algo como «hablar» o algo como «perderse entre las sábanas»? —preguntó con ese tono divertido que la caracterizaba.

Debra soltó un suspiro breve, con una sonrisa nerviosa.

—Lo segundo. Fue… no sé cómo explicarlo. No fue un impulso ni un error; fue real. Pero ahora no dejo de pensar en lo que sigue. En pocos días tengo que regresar a Chicago, a todo lo que dejé en pausa… y no sé si todavía encajo allí.

Lou la observó en silencio unos segundos, dejando que las palabras se asentaran en su cabeza.

—¿Y eso es lo que más te preocupa? ¿Volver a Chicago… o dejarlo aquí?

Debra soltó una risa breve, sin alegría.

—Ambas cosas, supongo. Chicago es mi vida, o al menos lo era. Todo lo que he construido está allí. Pero desde que llegué, nada es igual. Y después de lo de la otra anoche… todo parece aún más confuso.

Lou asintió, sin apartar la mirada de su rostro angustiado.

—No estás confundida, Debra. Estás sintiendo. Es diferente.

Debra bajó la vista hacia la jarra de chocolate que tenía entre las manos. El vapor se enroscaba como una pequeña nube tibia frente a su rostro.

—Me da miedo empezar algo que no tenga futuro —confesó.

—Los futuros nunca vienen con garantías —replicó Lou con suavidad—. Pero hay momentos que cambian la dirección de todo, aunque uno no los entienda en el instante. Y lo que pasó la otra noche fue uno de esos para ti.

Debra la miró, sabiendo que tenía razón.

—Sí. Pero también está lo otro —añadió, casi en un murmullo —. Lo de la inmobiliaria.

Lou arqueó una ceja, como si hubiese estado esperando que lo dijera.

—Ah. Entonces todavía no se lo has contado, ¿verdad?

—No, no lo hice. Y ahora no sé cómo decirle la verdad sin que todo se derrumbe.

Lou se acercó y le puso una mano en el brazo.

—Querida, los cimientos que se derrumban con la verdad nunca fueron sólidos. Si lo que ha surgido entre vosotros es real, resistirá. Pero tienes que hablar con él antes de que la verdad llegue por otro camino.

Debra la miró, intentando absorber su calma, su claridad.

—No sé si tengo el valor —admitió.

Lou sonrió, con esa mezcla de ternura y firmeza que siempre la caracterizaba.

—Entonces invéntalo. Nadie nace valiente, Debra. Uno se vuelve valiente cuando ya no hay otra opción.

Debra respiró hondo, como si las palabras de Lou le dieran el impulso que necesitaba. En el fondo, sabía que tenía razón. No podía seguir posponiendo lo inevitable.

Durante unos segundos, se quedó mirando cómo la gente seguía moviéndose entre los puestos de la feria. Todo parecía continuar como si nada cambiara, pero dentro de ella algo había cambiado

CAPÍTULO 15

Rancho Evergreen

Cole acababa de cerrar el portón del establo después de dar de comer a los animales. El aliento de los caballos aún flotaba en el aire, blanco y denso, disolviéndose lentamente entre los copos que seguían cayendo con pereza.

Se quedó un momento allí, apoyado en la pala. El lejano chasquido de las ramas cubiertas de hielo eran el único sonido que rompía la quietud del momento. El viento traía un olor a leña húmeda y el humo de la chimenea, un aroma que siempre le había recordado los inviernos de su infancia en el rancho de sus abuelos.

Sacudió la cabeza, tratando de apartar los recuerdos, tan lejanos ya en el tiempo, y se dirigió hacia la camioneta. Lou le había pedido leña para el puesto de castañas de la feria, y había prometido llevarla antes del atardecer.

Iba a subir a la cabina de su *pick up* cuando escuchó el sonido de un motor acercándose por el camino. Frunció el ceño y agudizó la mirada. No esperaba a nadie, y aun así no dudó en darle tiempo hasta que llegó a su posición.

El vehículo, un modelo blanco y reluciente, se detuvo junto a su furgoneta. Del asiento del conductor bajó una mujer joven, abrigada con un largo chaquetón gris, una carpeta bajo el brazo y una cámara colgada al cuello. Su sonrisa era amable, aunque vacía de calidez real: la clase de sonrisa que se entrena para no incomodar a los desconocidos.

—Buenos días —saludó con voz firme, avanzando con cuidado sobre la nieve con sus botas de tacón, que no eran las más adecuadas para el lugar y el clima—. Soy Clara Hensley, de la inmobiliaria de Cedar Ridge.

Cole asintió, aunque la confusión se dibujó de inmediato en su rostro.

—¿La inmobiliaria?

—Sí, eso es. —Ella señaló el rancho con un gesto ensayado—. Solo vine a hacer unas fotografías de la propiedad. No tardaré mucho.

Él se cruzó de brazos, con un mal presentimiento encogiéndole el estómago.

—¿Perdón? ¿Para qué necesita esas fotos?

La mujer titubeó, mirando su carpeta como si allí pudiera hallar la explicación correcta.

—Bueno… la señora Nicholson nos pidió que hiciéramos fotos del rancho para el registro en la web —respondió finalmente, con una sonrisa nerviosa, confundida por el tono hosco del hombre.

El silencio se hizo pesado. Cole sintió un ligero zumbido en los oídos.

—¿Eso cuándo fue? —preguntó, tratando de mantener la calma.

—Hace unos días, creo. No sabría precisar la fecha exacta —dijo Clara, pasando las páginas de su carpeta—. La señorita Nicholson me aseguró que usted estaba informado de la próxima venta.

Por un momento, la respiración se detuvo en sus pulmones. Observó el blanco manto a sus pies, puro e inmaculado, y sintió cómo algo en su interior se quebraba con un chasquido sordo. Había creído, al parecer erróneamente, que Debra habría desistido de vender el rancho después de convivir con los amigos y vecinos de su tía, que la esencia de Maple Hollow había calado en su interior. Pero estaba equivocado. Debra pensaba vender, regresar a Chicago y a su vida anterior, dejando la suya hecha unas ruinas.

—Perdone, ¿se encuentra bien? —preguntó la mujer, preocupada al ver que no reaccionaba.

—Claro —murmuró al fin, con voz apagada—. No hay problema.

Clara sonrió, aliviada, interpretando su tono como aceptación.

—No me llevará más de veinte minutos —dijo, levantando la cámara—. Prometo no molestar.

Cole asintió con un leve movimiento de cabeza, giró sobre sus talones y se alejó sin mirar atrás. Entró al granero, cerró la puerta

tras de sí y se quedó quieto, escuchando el eco del portazo resonar en la madera.

El frío lo envolvió.

No provenía del aire, sino de su interior.

Se apoyó en el borde de la mesa de trabajo, con las manos abiertas sobre la madera. La respiración le salía entrecortada. No podía dejar de pensar en ella: en Debra, en su voz, en la forma en que lo había mirado en los últimos días y los momentos que habían compartido.

¿Todo había sido una mentira? ¿Había jugado con él mientras seguía con su plan de vender el rancho?

Afuera, el sonido metálico del obturador de la cámara rompía el silencio a intervalos regulares. Cada *clic* era una punzada que se clavaba en el pecho de Cole. Cuando por fin cesaron y escuchó el motor alejarse, salió al exterior.

Cargó las cajas de leña en la camioneta con movimientos mecánicos. No sentía el peso ni el frío; solo una punzada de rabia contenida, mezclada con decepción. Cuando terminó, se quedó un instante mirando la casa, el porche, la ventana donde Debra solía asomarse por las mañanas. Todo le resultaba ajeno de repente.

Subió a la camioneta y arrancó. Las ruedas resbalaron un poco sobre el hielo antes de ganar tracción. Mientras el rancho se perdía en la lejanía, la rabia empezó a mezclarse con otra cosa, más profunda, más difícil de nombrar.

No podía evitar pensar en cómo ella había cambiado aquel lugar. Las risas, las luces, el árbol, el olor a café y galletas. Todo lo que él había evitado sentir durante años, ella lo había despertado… solo para después traicionarlo.

El trayecto hasta el pueblo se le hizo eterno. La carretera serpenteaba entre pinos cubiertos de blanco, y el paisaje, hermoso y cruel al mismo tiempo, parecía un espejo de lo que sentía.

Debra estaría allí.

Solo pensar en verla le revolvía el estómago, pero al mismo tiempo, necesitaba hacerlo. Necesitaba entender si había algo de verdad en lo que había sucedido entre ellos.

Apretó el volante con fuerza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Cuando llegó al pueblo, aparcó cerca de la feria y se quedó unos segundos dentro de la camioneta. Durante un instante, algo en él vaciló. La furia cedió dando espacio a una tristeza muda. Pero luego recordó las palabras de la mujer, la cámara, el nombre de la inmobiliaria.

Abrió la puerta, bajó del vehículo y echó a andar entre la multitud, con paso firme. No sabía aún qué iba a decirle, pero sabía que no podía callar.

El bullicio de la feria lo recibió como una bofetada. Las luces, las risas, los villancicos… todo sonaba demasiado alegre para alguien que acababa de sentir cómo el suelo se abría bajo sus pies. A su alrededor, la vida seguía su curso con una indiferencia hiriente: parejas caminando del brazo, niños corriendo con bengalas que dibujaban chispas en el aire, ancianos riendo junto al carrusel. Todo parecía pertenecer a otro mundo. Un mundo donde el dolor no cabía.

La vio enseguida. Estaba detrás del puesto de Lou, sirviendo tazas de chocolate caliente a un grupo de niños. Llevaba la bufanda roja enredada al cuello, el gorro ladeado, las mejillas encendidas por el frío. Sonreía mientras uno de los pequeños intentaba equilibrar tres tazas a la vez, y por un momento, esa imagen le pareció cruelmente hermosa. Esa sonrisa… la misma que tantas veces había sentido iluminar los días más oscuros, ahora se le clavaba en el pecho como una espina. Dolía porque parecía ajena, porque ya no sabía si alguna vez había sido parte de él.

Lou lo vio acercarse. No hizo falta más que una mirada. Su intuición, siempre aguda, percibió la tensión que Cole traía consigo. Dejó la bandeja sobre la mesa con un gesto lento, casi solemne, y se apartó un poco, dándole espacio sin una palabra.

Cole se detuvo frente a Debra. Su sombra cayó sobre el mostrador. No la saludó. Su voz fue un golpe seco que cortó el murmullo de la feria.

—Necesito hablar contigo.

Ella levantó la vista, sorprendida por el tono, por la rigidez en su postura.

—Claro… ¿pasa algo?

—Depende —Su mirada era firme, dura—. ¿Vas a decirme tú misma lo que está pasando, o tengo que seguir enterándome por desconocidos?

Debra frunció el ceño, desconcertada.

—No sé a qué te refieres.

—A la señorita Clara Hensley —El nombre salió de sus labios con una precisión helada.

La sonrisa desapareció de sus labios al instante. En su lugar surgió el desconcierto, y luego el reconocimiento. Bastó un segundo para que el color huyera de su rostro.

—Oh, Dios… —murmuró, dando un paso atrás—. Cole, puedo explicarlo.

—Entonces explica —replicó él, cruzando los brazos sobre su pecho.

—La mujer de la inmobiliaria no debía ir hoy —dijo ella con prisa, tropezando con las palabras—. Iba a cancelarlo, te lo juro. Iba a llamarla esta mañana, pero no me dio tiempo.

Cole soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—¿No te dio tiempo? —repitió, cada una de sus palabras era controlada, a pesar de la tormenta que se desataba en su interior—. ¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿Después de que subieran las fotos del rancho a su web?

—No, escúchame. —Ella levantó las manos, desesperada, como si intentara detener algo que ya se había desbordado—. No estoy vendiendo nada, Cole. Era solo un trámite, un asunto que había quedado pendiente, algo que no cancelé porque… —hizo una pausa, tragando saliva— no sabía qué iba a hacer. Dudaba, eso es todo.

—¿Y mientras dudabas, dejaste que vinieran a fotografiar el rancho? —preguntó él, en voz baja, contenida, pero cargada de rabia.

Debra sintió cómo el aire entraba con dificultad en sus pulmones.

—No era mi intención engañarte —susurró, notando como todo su cuerpo temblaba.

Él la miró largo rato, con una mezcla de dolor y decepción que la desarmó.

—Tal vez no —dijo al fin—. Pero lo hiciste igual.

El silencio se extendió entre ellos, espeso, irrespirable. Ni siquiera el viento parecía atreverse a pasar por el espacio que los separaba. A lo lejos, el coro de la iglesia entonaba *"Silent Night"*, y las luces parpadeaban sobre los puestos, indiferentes al naufragio que se desarrollaba ante ellas.

Una ráfaga levantó copos de nieve que danzaron entre los dos, como si el invierno mismo quisiera interponerse.

—No quise herirte —murmuró ella, con la voz quebrada.

—Lo sé —Él bajó un poco la mirada, respirando hondo, como si las palabras le pesaran—. Pero eso no cambia nada. Me pediste que confiara en ti, y lo hice. Tal vez fue mi error.

—No digas eso —Debra salió del puesto y se acercó a él con los ojos brillando con lágrimas contenidas—. No fue un error, Cole. Lo que pasó entre nosotros… no lo fue.

Por un momento, algo en el rostro de él titubeó. Una grieta, apenas perceptible, entre la rabia y la tristeza. Pero enseguida se endureció de nuevo.

—Solo necesito saber si lo que sentí fue real… o si fui solo una distracción antes de marcharte.

Las lágrimas finalmente se escaparon, rodando despacio por las mejillas de Debra.

—No fue una distracción —susurró, temblando como una hoja al viento—. Fue real. Lo fue, Cole. No puedes pensar eso de mí.

Él no respondió. Su silencio fue más devastador que cualquier palabra. La observó un instante que pareció eterno, con los ojos brillando de una emoción contenida, antes de apartar la vista.

—Ojalá eso fuera cierto —dijo finalmente.

Y sin añadir una palabra más se dio media vuelta y comenzó a caminar.

Debra lo vio alejarse, su figura alta desvaneciéndose entre la multitud. Los copos caían con más intensidad ahora, fundiéndose en

su abrigo, en su cabello y en sus pestañas, como si quisieran borrar cada detalle de lo sucedido. El bullicio de la feria se diluía lentamente; las risas y los villancicos se convirtiéndose en un murmullo lejano, mientras cada paso que Cole daba parecía alejarlo de ella un mundo entero.

Lou apareció a su lado, silenciosa, con esa calma que siempre parecía envolverla como un abrigo cálido. Se detuvo frente a Debra, observándola sin prisa, sin juzgar, como si supiera que en sus pecho se había instalado el dolor más profundo.

—Debra… —dijo finalmente, con voz suave, cargada de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

Debra bajó la mirada, sin atreverse a responder de inmediato. El hilo de su voz se rompía con cada intento de hablar.

—Cole… se ha ido —susurró, con la voz temblorosa—. Y no sé si… si volverá a dirigirme la palabra. Antes de que pudiera explicarle nada, la mujer de la inmobiliaria ya había ido al rancho.

Lou la observó con atención, dejando que su mano cálida descansara sobre el hombro de Debra, un gesto sencillo pero lleno de contención y apoyo.

—Lo siento, querida… —dijo con voz serena—. Pero esto… —hizo una pequeña pausa, buscando las palabras adecuadas—. Esto no es más que un malentendido. Estoy segura de que, si logras explicarte, todo se aclarará. Cole es un hombre comprensivo. Y aunque ahora parezca furioso, estoy segura de que sabrá ver más allá de los errores y los malentendidos.

Debra respiró hondo, intentando tranquilizarse.

Lou inclinó ligeramente la cabeza, mirándola con la ternura de quien ha visto demasiado dolor y sabe que el coraje es la única salida.

—Debra, tienes que ir tras él y aclarar las cosas —insistió, suavemente, pero con firmeza—. No dejes que el silencio decida por ti. Cada minuto que esperas es un tiempo en el que la distancia crece.

Debra cerró los ojos, dejando que la brisa fría le acariciara el rostro, mezclándose con sus lágrimas. La sensación de miedo y

vulnerabilidad todavía la envolvía, pero entrelazada con ella comenzaba a crecer una chispa de determinación.

—Tienes razón —susurró finalmente—. No puedo dejar las cosas como están. No después de todo lo que hemos compartido.

Lou asintió, y su leve y cálida sonrisa le dio las fuerzas que necesitaba.

Respiró hondo, dejando que el frío cortante le llenara los pulmones y despejara la niebla de miedo que nublaba su mente. La decisión estaba tomada. El silencio ya no la protegía; solo quedaba actuar antes de que la distancia, la duda y el invierno lo congelaran todo.

Con ese pensamiento, dio un paso firme hacia su coche. Cada movimiento estaba cargado de determinación y de temor a la vez, un extraño equilibrio entre coraje y vulnerabilidad. Sabía que, cuando llegara al rancho tendría que enfrentarse a sus miedos.

CAPÍTULO 16

El camino hacia el rancho estaba cubierto de escarcha reciente. Cada milla recorrida, parecía amplificar su ansiedad. Al llegar al porche, notó algo diferente de inmediato. La puerta estaba cerrada, no había señales de movimiento en el interior. Al entrar, un silencio pesado la recibió, más profundo que cualquier sonido. La casa de su tía, que tantas veces le había parecido cálida y acogedora, se sentía ahora extraña y ajena, como si hubiera perdido parte de su alma.

El aire dentro era frío, estático. Aquel lugar que siempre había sentido tan suyo, tan lleno de vida, con el olor a café y a leña le parecía ahora hueco.

Dejó las llaves sobre la mesa del recibidor y permaneció quieta un momento, esperando oír algo: pasos, una voz, cualquier signo de que Cole aún estaba allí. Pero solo le respondió el *tic-tac* del reloj y el crujido de la madera bajo sus pies.

Caminó despacio por el salón, con la esperanza irracional de que apareciera al girar la esquina, con su chaqueta gastada y esa mirada serena que siempre la desarmaba. No había nadie. La chimenea estaba apagada, los cojines del sofá perfectamente alineados, las botas que él solía dejar junto a la puerta habían desaparecido. Todo estaba en orden… y, por eso mismo, tan terriblemente vacío.

En la cocina encontró la nota.

La hoja descansaba sobre la mesa, doblada con precisión. Cuando la abrió, descubrió la caligrafía firme y sobria de Cole: clara, sin adornos, imposible de malinterpretar.

Debra,

No puedo quedarme aquí después de lo sucedido. Me voy a casa de Ethan unos días, hasta que pueda organizar mis cosas. Volveré cada día para cuidar del rancho y de los animales, como acordamos.

Cole.

Tras leer la breve misiva, Debra se dejó caer en una silla cercana, sintiendo cómo sus rodillas temblaban y cómo el corazón le dolía con una intensidad que no podía contener.

Leyó las líneas una y otra vez, con la respiración cada vez más entrecortada. Sus manos temblaron, y la hoja se arrugó un poco entre sus dedos. Era tan breve, tan contenida, tan… definitiva.

Apoyó la frente sobre la mesa, cerrando los ojos con fuerza. No lloró al principio; solo se quedó allí, inmóvil, sintiendo cómo el silencio se hacía más espeso a su alrededor. Cuando por fin las lágrimas llegaron, fueron lentas, silenciosas, y le corrieron por las mejillas sin que intentara detenerlas.

Cole se había marchado.

Esa idea, simple y devastadora, se repitió en su mente como un eco que no podía silenciar.

Alzó la vista y dejó que la mirada recorriera el espacio que compartieron: la taza azul desportillada que aún reposaba en el fregadero, la chaqueta de ella sobre la silla, los guantes de trabajo colgando del respaldo. Cada objeto era un recordatorio. Cada silencio, una ausencia.

Se levantó con dificultad, como si su cuerpo pesara más de lo habitual. Caminó por la casa sin rumbo, deteniéndose aquí y allá, tocando los muebles, acariciando el marco de una puerta, el respaldo de una silla. Todo conservaba algo de él: su olor, su huella, su presencia.

Subió las escaleras con pasos lentos y pesados. El dormitorio de Cole estaba igual que siempre, solo que más frío, más vacío. El aire guardaba ese aroma que conocía tan bien, a jabón, a madera, a tierra…a él.

Sin pensarlo demasiado, se sentó al borde de la cama. Pasó los dedos por la colcha, por el lado donde él dormía. Después, como impulsada por un deseo imposible de contener, se recostó y hundió el rostro en la almohada.

El olor a Cole la envolvió de inmediato, y algo dentro de ella se quebró. Lloró entonces sin reservas, con un sollozo profundo que

nacía del pecho y le estremecía todo el cuerpo.

Durante días, aquella cama había sido testigo de risas, de silencios compartidos, de promesas que nunca llegaron a pronunciarse en voz alta. Ahora era solo un refugio frío donde buscaba consuelo en la huella invisible de un hombre al que amaba, ahora lo sabía.

Abrazó la almohada contra sí, como si en ese gesto pudiera retenerlo, como si bastara con eso para traerlo de vuelta. Pero no volvería.

Solo quedó el eco de su respiración, el golpeteo tenue de su corazón contra las sábanas, y el sabor salado de las lágrimas que se mezclaban con el recuerdo de lo que fueron.

No supo cuánto tiempo permaneció así, acurrucada, escuchando su propia tristeza expandirse por la habitación como un eco sin fin. Cuando al fin el cansancio la venció, una certeza, tenue pero persistente, se abrió paso entre el dolor: Cole regresaría al amanecer, aunque solo fuera para cuidar del rancho y de los animales.

Y entonces, a pesar de la pena, se permitió una esperanza pequeña, frágil, casi infantil: la de que, cuando él cruzara de nuevo la puerta, aún quedara algo entre ellos que pudiera salvarse.

***

El establo olía a heno húmedo, madera y a ese rastro terroso que solo la lluvia reciente deja atrás. Cole permaneció un momento en el umbral, quieto, como si el simple hecho de cruzar la puerta requiriera un esfuerzo que no estaba seguro de poder hacer. Luego avanzó despacio, con los hombros tensos y la mirada fija en el suelo.

Ranger, su perro, lo siguió de cerca, con las orejas gachas y la cola apenas moviéndose, percibiendo el peso invisible que arrastraba su dueño. Cole le pasó una mano por la cabeza, sin mirar, y el gesto pareció contener más consuelo del que esperaba.

—Tranquilo, viejo —murmuró—. No pasa nada.

Pero sí pasaba, y todo dolía.

Intentó distraerse con las tareas cotidianas de un rancho, aunque no fuera Evergreen: revisar el agua, llenar los comederos, limpiar los pesebres. Pero cada movimiento era mecánico, sin alma. Su mente no estaba allí. Estaba en la cocina del rancho, en la nota que había dejado sobre la mesa, en los ojos de Debra antes de que el silencio lo dijera todo.

El roce del metal y el crujido del heno no bastaban para acallar el eco de su voz interior, ni la culpa que lo seguía, obstinada, como una sombra que se negaba a desaparecer.

Ranger se echó a sus pies cuando él se sentó sobre un fardo de paja. Cole tomó una brizna entre los dedos y la fue deshaciendo con lentitud.

—Ella no lo entiende —murmuró—. Evergreen no es solo un pedazo de tierra…

Su voz se quebró, casi inaudible.

—Y, aun así, la quiero. Dios, cómo la quiero…

Por un momento se permitió cerrar los ojos. La imagen de Debra se le apareció con nitidez dolorosa: su sonrisa tímida, su cabello castaño suelto, la manera en que lo miraba cuando creía que él no la veía. Todo eso seguía allí, vivo, latiendo.

El ruido de pasos en la grava lo sacó de sus pensamientos. Ethan apareció en la puerta, con el abrigo abierto, una linterna en la mano y la expresión preocupada de quien no esperaba visitas.

—¿Cole? —frunció el ceño, sorprendido—. Vaya… pensé que el viento me estaba jugando una mala pasada. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Cole se pasó una mano por la nuca, incómodo, evitando su mirada.

—Necesito un sitio donde quedarme unos días.

Ethan asintió sin pensarlo.

—Claro, ya lo sabes, mi casa es tu casa —Dejó la linterna sobre una viga y lo observó con detenimiento—. Pero algo me dice que no estás aquí por el placer de mi compañía.

Cole soltó una risa breve, seca.

—Ojalá.

—¿Tiene que ver con Debra? —preguntó Ethan, con cautela.

Cole levantó la vista y la sostuvo apenas un segundo, antes de apartarla.

—Sí.

Ethan se cruzó de brazos, apoyándose en el marco de la puerta del establo.

—¿Qué ha pasado?

Por un momento, Cole pensó en decir que no era nada, que solo necesitaba aire. Pero el peso de la mentira se le antojó insoportable. Respiró hondo y habló:

—Una mujer de una inmobiliaria fue al rancho esta tarde. Iba a hacer unas fotos para subirlas a la web.

Ethan lo miró sin comprender del todo.

—Yo creía que al final no lo vendería.

—Yo también lo pensé —las palabras le salieron ásperas, como si le doliera pronunciarlas—, pero parece que me equivocaba.

Ethan parpadeó, sorprendido.

—¿Has hablado con Debra?

Cole asintió despacio.

—Sí. Me dijo que todo había sido un malentendido, pero… no pude escucharla.

El silencio cayó entre los dos hombres, espeso, solo interrumpido por el resoplido de los caballos y el crujido lejano del heno bajo sus patas. Ethan lo observaba con calma, sin prejuicio, con esa serenidad que solo tienen los hombres acostumbrados a ver más allá de las palabras.

—A veces el miedo nos hace callar —dijo finalmente—. Quizá ella no sabía cómo decirlo sin perderte.

Cole esbozó una sonrisa amarga.

—Y al final me perdió igual. Aunque supongo que eso ya no importa.

Ethan lo miró un instante, en silencio.

—Si eso fuera cierto, no estarías aquí, rumiando tu dolor en mitad de la noche.

Cole le lanzó una mirada cansada, casi un reproche.

—¿Tú crees?

—Creo que te has enamorado de ella —respondió sin rodeos —. Y eso te tiene desarmado, porque no quieres perderla.

Cole soltó un suspiro largo, con la respiración cargada de cansancio.

—No sé si puedo volver. Todavía no. Estoy furioso.

Ethan asintió con un gesto breve, comprensivo.

—Por eso mismo necesitas quedarte aquí unos días. Deja que el dolor se asiente, que se te enfríe la sangre. Después, si todavía la amas, sabrás qué hacer.

Cole se quedó callado. Afuera, el viento golpeaba las contraventanas del establo, y la luz de la linterna titilaba débilmente sobre las vigas, dibujando sombras que parecían moverse con vida propia.

—Gracias, Ethan —murmuró al fin, con la voz áspera pero sincera.

—No tienes que darme las gracias, amigo. —Ethan le dio una palmada en el hombro—. Todos necesitamos un lugar donde lamer nuestras heridas.

Roger se levantó y se acercó a olfatear a Ethan, moviendo la cola con un leve gruñido amistoso. Ambos hombres rieron brevemente, y aquella pequeña chispa de humor bastó para quebrar la tensión del momento.

—¿Vamos a cenar? —preguntó Ethan, en un intento de cambiar de tema—. Tengo un sinfín de opciones en el congelador —añadió, guiñándole un ojo divertido.

—No, prefiero quedarme un poco más aquí —respondió Cole, sin mirarlo—, si no te importa.

—Como quieras —replicó su amigo, con ese tono que mezcla comprensión y respeto—. Sabes dónde está todo.

Ethan se marchó poco después, dejando tras de sí el sonido apagado de sus pasos. El silencio regresó entonces, pero era distinto: ya no pesaba, ya no dolía. Se sentía casi amable, como una tregua concedida al final de un día demasiado largo.

Cole se dejó caer sobre un fardo de heno y apoyó los codos en las rodillas. Alzó la vista hacia el techo del establo, hacia las vigas oscuras que se perdían en la penumbra. Por primera vez en mucho

tiempo, se permitió no ser fuerte, no sostener el mundo con los hombros tensos ni fingir que todo estaba bajo control.

Cerró los ojos y respiró hondo, dejando que el aire llenara sus pulmones. El cansancio lo fue venciendo poco a poco, como una marea que lo arrastraba hacia una calma inevitable. Se recostó sobre el fardo, y Ranger, fiel como siempre, se acomodó junto a él, buscando su calor.

Afuera, la noche se extendía sobre los campos como un manto de quietud incierta. La nieve caía despacio, cubriendo las huellas del día, mientras el establo respiraba con el ritmo sereno de los animales dormidos.

Y allí, entre el murmullo del viento y la respiración acompasada de su perro, Cole comprendió que, aunque doliera, amar a Debra no era algo que hubiera elegido… pero tampoco algo de lo que pudiera escapar.

CAPÍTULO 17

El amanecer llegó con una luz pálida, casi temerosa, que se filtraba entre las rendijas de los postigos. Debra se despertó antes de que el gallo cantara, sin saber si había dormido realmente o si su cuerpo simplemente había cedido al agotamiento.

El silencio del rancho era distinto esa mañana.

La ropa arrugada del día anterior le pesaba sobre la piel. Se movió sin encender las luces, con una lentitud casi reverente, como si cualquier ruido pudiera romper la frágil calma que flotaba en la casa. El suelo estaba helado bajo sus pies descalzos, y su respiración formaba un leve vaho en la penumbra. Desde la ventana del dormitorio alcanzó a distinguir una silueta en movimiento junto al establo.

Su corazón dio un vuelco.

Era él.

Cole había vuelto.

Durante un instante no supo qué hacer. Parte de ella quiso esconderse, observarlo desde lejos, protegerse del dolor que la recorría. Pero otra parte, la más profunda, la que aún lo amaba, la empujó a moverse.

Se calzó las botas, bajó las escaleras casi a la carrera y tomó el abrigo del perchero antes de salir de la casa y cruzar el porche. El aire de la mañana le golpeó el rostro, fresco y seco, despertándola del letargo en el que había vivido las últimas horas. Avanzó despacio hacia el establo, sintiendo cómo cada paso la acercaba a él.

Cole estaba de espaldas, revisando los comederos. El ruido del metal contra el cubo y el suave roce del heno llenaban el espacio. Roger, tumbado cerca de la entrada, levantó la cabeza y movió la cola al verla, pero Cole no se volvió.

—Viniste temprano —dijo ella al fin, con la voz baja, temerosa de su reacción.

Cole no se giró. No respondió enseguida. Se limitó a dejar el cubo en el suelo y pasar una mano por el cuello del caballo, como

buscando en el gesto una calma que no sentía.

—Siempre vengo temprano —respondió al cabo de unos segundos, sin mirarla aún—. Los animales no entienden de horarios.

La frase, sencilla y cortante, cayó entre ellos como un muro invisible.

Debra asintió, sin saber qué decir. Caminó hasta quedar a unos metros de él. Podía sentir el olor del heno, del cuero, del metal frío… y el suyo, ese aroma familiar que le devolvía todos los recuerdos de lo sucedido entre ellos.

—Leí tu nota —murmuró, alzando apenas la vista.

Él no contestó, siguió con sus tareas como si ella no estuviera allí.

—No sé cómo arreglar esto —confesó Debra en apenas un susurro.

—No todo puede arreglarse con palabras —respondió él, mirando al suelo—. A veces lo que se rompe solo puede sanar con el tiempo… o no sanar nunca.

El silencio que siguió fue más profundo que cualquier reproche.

Debra dio un paso hacia él, impulsada por la necesidad de acortar la distancia, pero Cole dio un paso atrás.

—Solo quería explicarte lo que pasó —dijo ella, con la voz quebrada, buscando su mirada—. No pensaba vender el rancho; lo de la inmobiliaria fue un malentendido. No quise herirte.

Cole apretó los labios. La mandíbula se le tensó, pero en sus ojos se adivinaba algo más que enojo: había cansancio, decepción y una herida silenciosa que no encontraba alivio.

—Lo entiendo —respondió al fin, tomando aire y pasándose una mano por la nuca, en un gesto de agotamiento más que de rabia—. Pero eso ya no cambia nada.

Ella dio otro paso, más cerca esta vez.

Él la observó, y por un segundo, el aire pareció detenerse.

—Cole… —susurró Debra, y fue todo lo que pudo decir. Las lágrimas ardían en sus ojos, pero no cayeron.

Él desvió la mirada, tomó el cubo vacío y lo colocó junto a la puerta.

—Voy a revisar la cerca del norte antes de que el sol suba demasiado —dijo, y su voz recuperó esa firmeza práctica que usaba cuando no quería hablar.

Debra asintió.

No intentó detenerlo.

Lo observó alejarse, su figura recortándose contra la luz dorada del amanecer que se filtraba por la entrada del establo. Cada paso suyo resonaba como un adiós que no terminaba de decirse.

Cuando el sonido de sus botas se desvaneció, Debra apoyó la frente contra el poste de madera y cerró los ojos. Sintió que las lágrimas, finalmente, la alcanzaban. Pero no eran de rabia, ni siquiera de pura tristeza. Eran la expresión silenciosa de un amor que aún existía, aunque ninguno de los dos supiera cómo volver a tocarlo sin romperlo más.

***

Los días siguientes transcurrieron bajo un cielo encapotado. La nieve caía lenta y silenciosa, cubriendo los campos del rancho Evergreen con un manto blanco que amortiguaba los ruidos y acentuaba el vacío que dejaba la ausencia de Cole.

La casa, antes cálida y llena de vida, ahora parecía dormida. Cada sonido resonaba con una nitidez dolorosa: el crujido de la madera bajo sus pies, el silbido del viento colándose por las rendijas de las ventanas. Todo, absolutamente todo, parecía recordarle que Cole ya no estaba allí.

Debra se refugiaba en las tareas domésticas o en los documentos que el bufete le había enviado desde Chicago, pero nada lograba distraerla del peso del silencio ni del dolor que sentía.

Por las mañanas, a veces lo veía a lo lejos, acercándose al establo para alimentar a los caballos o revisar los corrales. Su figura, envuelta en un abrigo grueso y con las botas humedecidas por el frío. Más de una vez se quedó inmóvil frente a la ventana, observándolo trabajar. Cada gesto suyo se le grababa en el pecho: la manera en que acariciaba la crin de un caballo, cómo acomodaba la

leña, o la calma con la que se movía, esa mezcla de fuerza y ternura que ella nunca había dejado de admirar.

Una tarde, Lou apareció sin previo aviso, como solía hacer. Entró con una ráfaga de aire frío, la bufanda roja enroscada al cuello y uno de sus gorros coloridos.

—¿Todavía con el alma en pena? —preguntó Lou, quitándose el gorro y dejando escapar un mechón rebelde de su cabello azulado.

Debra suspiró, fijando la vista en fina lluvia que caía tras los ventanales. Un nudo se le formó en la garganta.

—¿Y qué quieres que haga, Lou? —respondió con frustración —. Ya intenté hablar con él, explicarle… pero no hay manera. Además, mi tiempo aquí se acaba. Después de Nochebuena tengo que volver a Chicago, no tengo más vacaciones.

—¿Y el rancho? —preguntó Lou, alzando una ceja inquisitiva.

—No lo sé —admitió Debra, bajando la mirada—. Lo único que tengo claro es que mi única opción es regresar a mi vida —Su voz sonó firme, pero la pena y el desaliento se filtraban entre sus palabras.

—No puedes rendirte, tienes que insistir —replicó Lou, con ese tono a la vez sabio y desafiante que la caracterizaba.

—No —contestó Debra, tajante.

—¿Por orgullo? —inquirió Lou, frunciendo el ceño.

—No es eso —murmuró ella, negando con la cabeza—. No quiero molestarlo… necesita tiempo.

—¿Y tú? —preguntó Lou, con una suavidad repentina—. ¿Qué necesitas tú?

Debra permaneció un momento en silencio antes de responder:

—Que regresé a mí, pero le mentí… —susurró al fin, con la voz quebrada—. Y ahora él no confía en mí. No sé si merece la pena quedarme, o si lo mejor es regresar a Chicago.

Lou se acercó y posó una mano cálida sobre su brazo.

—Cariño, estás justo en medio del puente, mirando al otro lado, preguntándote si vale la pena cruzar. ¿Qué quieres hacer?

—¿Y eso qué más da? —respondió Debra, con un hilo de voz —. Te repito, Cole no quiere ni verme. Quizá ya no me quiere.

Lou resopló, cruzándose de brazos.

—Malditos vaqueros cabezotas —farfulló, meneando la cabeza —. Tienen el corazón grande, pero el orgullo más grande todavía.

Debra sonrió apenas, con una sombra de tristeza en sus labios, y un toque de humor se coló en su gesto al escucharla.

—Bueno, cariño, yo me voy —dijo Lou finalmente, poniéndose el gorro y acomodándose la bufanda—. Tengo un asunto del que encargarme.

Debra se quedó en silencio, observando cómo Lou cerraba la puerta tras de sí, dejando un eco leve en el pasillo. Luego, a través de la ventana, la vio caminar con pasos decididos hacia su coche.

—Estos dos nunca solucionarán nada—musitó Lou para sí misma mientras avanzaba—… y lo peor es que lo saben.

Sacudió la bufanda, lanzó un vistazo al rancho silencioso y, con un suspiro, murmuró en tono cómico:

—Millie —susurró mientras se subía al coche, arrancando el motor suavemente—, no me va a quedar más remedio que hacer algo… y mira que no me gusta meterme en asuntos ajenos.

Minutos después Lou se alejaba, dejando tras de sí un rastro de humo y la sensación de que, aunque la nieve cubriera todo, aun había esperanza, si ella intervenía.

CAPÍTULO 18

Cole estaba sentado en una de las mesas al fondo de la cafetería, con una taza entre las manos mientras esperaba pacientemente. Apenas había probado un sorbo. Tenía el ceño fruncido, los hombros tensos y la mirada fija en la espuma que se deshacía lentamente en la superficie de su bebida. Todo su cuerpo transmitía la sensación de quien preferiría estar en cualquier otro lugar.

Lou entró como una ráfaga de viento, con su determinación habitual. Su bufanda roja ondeando tras ella. Saludó a Lauren como siempre, se quitó los guantes con parsimonia y caminó directa hacia Cole.

—Ah, al menos eres puntual —dijo con una sonrisa que apenas alcanzaba sus ojos, mezcla de reproche y malestar.

Cole levantó la vista, resignado.

—Lou. No sabía que esto era una cita —replicó con sarcasmo.

—No lo es —replicó ella, sentándose frente a él, dejando escapar un suspiro que parecía contener semanas de paciencia—. Es una intervención de urgencia.

Él soltó un resoplido, apoyando los codos sobre la mesa y frotándose la frente con los dedos.

—No estoy seguro de necesitar una.

—Eso mismo dijo mi primo Tom cuando intentó arreglar su matrimonio a golpes de silencio. *Spoiler*: terminó durmiendo en el granero.

Cole apretó los labios para no sonreír, pero el gesto se le escapó de todos modos.

—No creo que sea lo mismo.

—Claro que lo es —dijo Lou, apoyando las manos sobre la mesa y clavando la mirada en él—. Llevas días encerrado en el rancho de Ethan, gruñendo a medio pueblo y actuando como si Debra fuera un fantasma.

—No es asunto tuyo, no tengo nada que decir —murmuró.

—No, claro que no —replicó ella con ironía—. Porque eso resuelve todo. El silencio es un lenguaje maravilloso cuando lo que quieres es perder algo bueno.

Él bufó y dejó la cucharilla a un lado.

—Lou, no lo entiendes.

—Oh, entiendo más de lo que crees —dijo ella, inclinándose levemente hacia adelante—. Entiendo que te dolió. Que te sientes traicionado. Que tu orgullo está herido. Pero también entiendo que te estas muriendo por dentro porque la amas.

Cole levantó la vista con brusquedad.

—No sabes de qué hablas.

—Oh, sí sé —dijo Lou, con esa serenidad implacable que usaba cuando los muchachos del coro querían mentirle—. Te conozco desde que apenas levantabas un palmo del suelo, y jamás te vi mirar así a nadie.

Cole bajó la mirada y la clavó en la superficie de la mesa, permaneciendo en silencio. Afuera, un copo de nieve se deslizó por el cristal hasta desaparecer convertido en agua. Dentro, el murmullo que los rodeaba se desvaneció, y por un instante pareció que el mundo entero se hubiera detenido.

Lou lo observó con atención.

—Mira, cariño. No te estoy diciendo que la perdones si no puedes. Pero haz algo con lo que sientes. No lo entierres. Los sentimientos no se evaporan solo porque decidas ignorarlos. Se pudren dentro.

—Ella me mintió —dijo Cole por fin, con la voz baja, ronca y cargada de cansancio—. Me hizo creer que estaba aquí por Millie, por el festival… por mí… y luego descubro que, a pesar de todo, planeaba vender el rancho, como si nada de lo que vivimos hubiera tenido importancia, como si todo lo nuestro no hubiera existido.

—Pero no ha vendido el rancho —dijo ella, con la voz temblorosa pero firme—. Pensó hacerlo, sí, pero no lo hizo. Lo de la inmobiliaria fue solo un malentendido. ¿Lo entiendes, cabezota?

Él la miró en silencio, sin pronunciar palabra, como si las emociones lo dejaran atrapado entre la incredulidad y el dolor.

—¿Vas a reaccionar de una maldita vez, o estás demasiado ocupado encerrado en tu caparazón para darte cuenta de que vas a perderla?

Cole cerró los ojos un segundo, cansado, y luego apoyó la frente en las manos.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es, cariño —dijo Lou con ternura—. Pero las cosas que valen la pena nunca lo son.

El silencio se hizo largo. Solo se oía el ruido del molinillo de café al fondo, el tintinear de cucharillas y el vapor caliente que ascendía de las tazas. Cada sonido parecía recalcar la quietud que necesitaba para escuchar.

Lou tomó un sorbo de su café y luego dejó la taza sobre la mesa.

—No voy a darte un sermón más largo. Solo quiero que recuerdes algo: Millie creía en las segundas oportunidades.

Cole apretó la taza entre las manos, sin atreverse a responder.

Lou lo observó un momento más, luego se levantó.

—Piensa en lo que te dije. O no pienses. Pero deja de castigarte. Y deja de castigarla a ella.

—Lou… —empezó él.

—No —lo interrumpió con una sonrisa cansada—. No me lo agradezcas todavía. Te voy a dar una última oportunidad. La cena de Nochebuena que solía celebrar Millie cada año será en el salón comunitario. Te guste o no, vas a ir. No busques excusas, no acepto un «no puedo» ni un «no es el momento». Esta es tu última oportunidad para no perder a Debra para siempre.

Lou se levantó, ajustándose la bufanda en torno al cuello, y se detuvo un instante junto a Cole, mirándolo con ternura:

—Créeme, cariño, no era mi intención regañarte… solo pretendo que hagas las cosas bien.

Y sin añadir nada más se fue, dejando tras de sí el aroma a café, colonia de lavanda y una verdad que Cole no quería, pero que tampoco podía ignorar.

Cuando se quedó solo, se giró y apoyó la frente contra la ventana empañada, dejando que su mirada se perdiera en el paisaje. Afuera, la nieve seguía cayendo sobre Maple Hollow, cubriéndolo todo con un manto blanco e inmóvil, pero los tímidos rayos de sol lograban filtrarse entre las nubes, iluminando los tejados y las ramas cubiertas de blanco, como si anunciaran un nuevo comienzo. Por un instante, Cole sintió que la intervención de Lou había sido justo el último empujón que necesitaba, un recordatorio de que era hora de enfrentar sus miedos y decidir qué camino quería tomar.

***

24 de diciembre, Nochebuena

Maple Hollow se había cubierto de un manto blanco que reflejaba el brillo tembloroso de las farolas. El eco de los pasos acompañaba a quienes, pese al frío, recorrían la calle principal cargando pasteles envueltos, ramos de pino y paquetes adornados con cintas rojas. Era Nochebuena, y el aire tenía esa expectación serena y luminosa que precede a los momentos que importan.

Lou y un grupo de voluntarios habían transformado el salón comunitario en un refugio acogedor. Tiaras de luces se entrelazaban entre las vigas del techo, y las mesas, cubiertas con manteles de cuadros, brillaban suavemente bajo la luz temblorosa de las velas.

No era una gran celebración, pero sí una muy esperada.

—Como solía hacer Millie cada Navidad —comentó Lou con orgullo cuando vio todo listo.

Era una tradición que se había instaurado una década antes: abrir las puertas a todo aquel que estuviera solo en Navidad. Y Lou no estaba dispuesta a permitir que se perdiera, aunque su amiga ya no estuviera allí. Por un instante, creyó verla: sacudiendo las manos sobre el delantal y riendo de esa manera suya, clara y contagiosa.

—No hace falta mucho para que algo se sienta como un hogar —solía decir—. Solo un poco de calor, un plato de comida y alguien con quien compartir.

Lou recordaba aquellas primeras Nochebuenas en el salón, cuando apenas llegaban un puñado de vecinos. Millie preparaba sopa de calabaza en una olla enorme y colocaba velas en frascos de mermelada. Siempre había música, aunque proviniera de una vieja radio que chisporroteaba.

Con el tiempo, el pequeño gesto se había vuelto tradición.

Ahora, mientras el viento silbaba afuera y las luces parpadeaban sobre los ventanales empañados, Lou sintió que Millie seguía allí, en cada risa, en cada plato de comida que estaba a punto de servirse, en cada puerta que se abría para dar la bienvenida a alguien nuevo.

Debra había ayudado por la mañana a colocar los adornos, aunque sin demasiado entusiasmo. Desde que Cole se había distanciado, le costaba encontrar ánimos para hacer cualquier cosa. Cuando Lou la llamó el día anterior para pedirle ayuda, estuvo a punto de negarse.

Mientras extendían los vistosos manteles sobre las mesas, Lou le propuso que fuera aquella noche a cenar. Debra intentó esquivar el tema.

—Lou… no sé si es buena idea —dijo, mientras estiraba con los dedos unas arrugas inexistentes en el mantel—. No creo que sea el mejor momento para estar con tanta gente.

—Precisamente por eso, querida —respondió Lou, con una voz firme, casi maternal—. Las fiestas no son para quedarse solo en casa.

—No quiero incomodar a nadie.

—Oh, por favor. Nadie se sentirá incomodo, todos te adoran. Además… —hizo una pausa cargada de intención—, tu tía no te perdonaría que no asistieras.

—Eso es chantaje emocional —protestó Debra, intentando sonar molesta.

—En el amor y en la guerra, todo vale —replicó Lou con una risa breve.

Había estado a punto de no ir. Llevaba toda la tarde debatiéndose entre el cansancio y la desgana, pero al final se

decidió. Eligió lo único adecuado de su maleta, un vestido color vino y lo ciñó con un cinturón fino adornado con un pequeño broche dorado en forma de estrella, un detalle navideño que Lou habría aprobado sin dudar. Se cubrió con su abrigo gris y una bufanda de lana suave antes de subir al coche.

Llegó a la hora acordada, y empujó la puerta del salón comunitario con más ímpetu del que sentía. Una oleada de luz y murmullos la envolvió al entrar; el aire olía a canela y sidra caliente, y el murmullo de las conversaciones se mezclaba con los villancicos. Durante un instante, el frío y la tristeza parecieron quedarse del otro lado de la puerta.

Lou, vestida con un suéter verde brillante y un gorro con un pequeño cascabel, la recibió con un abrazo que no admitía resistencia.

—Sabía que vendrías —Le dio una palmada en la mejilla, sonriendo—. Y te ves preciosa, querida.

—Gracias —murmuró Debra, quitándose el abrigo, que dejó en un perchero cercano.

—El chocolate está al fondo, y Peterson ya empezó a contar sus chistes malos, así que date prisa si quieres escapar.

Debra rio suavemente y avanzó entre el grupo de vecinos. Muchos la saludaban con afecto; otros le agradecían su ayuda en el festival. Por primera vez desde que había llegado, sintió que de verdad pertenecía allí.

Y, sin embargo, algo dentro de ella seguía tenso, expectante.

Hasta que lo vio.

Cole estaba junto al gran árbol del centro, conversando con Ethan. Llevaba un suéter de lana gris con las mangas ligeramente arremangadas. El cabello, algo despeinado, le caía sobre la frente, y en su expresión seria se adivinaba un rastro de inquietud, una tensión contenida que contrastaba con el bullicio alegre a su alrededor.

Cuando sus ojos se cruzaron, el tiempo pareció detenerse, para poco después ignorarse.

Durante buena parte de la velada, se evitaron con un pudor casi infantil.

Ella charlaba con un grupo de vecinas sobre el éxito que había tenido el coro; y él ayudaba a Ethan a servir las copas. Pero sus miradas se encontraban una y otra vez, como si una fuerza invisible las uniera.

Cuando las luces se atenuaron y la música llenó el salón, las parejas empezaron a moverse al compás. Debra aprovechó el momento para escapar discretamente al exterior, decidida a evitar que el señor Pothier volviera a invitarla a bailar; sus pies aún recordaban aquella desastrosa experiencia durante la feria de Navidad.

Desde el otro extremo de la sala, Lou la observó marcharse y dejó escapar un suspiro satisfecho al ver que Cole la seguía a poca distancia.

—Por fin —murmuró para sí, con una sonrisa cómplice—. Ya era hora.

La nieve caía despacio, en copos grandes y perezosos que parecían flotar más que descender. El cielo, despejado y sereno, dejaba ver una luna alta que bañaba el pueblo con un resplandor plateado, haciendo brillar los tejados y el manto blanco del suelo. En medio de aquel silencio casi perfecto, el chirrido de la puerta al abrirse la hizo girar.

Cole estaba allí, con las manos en los bolsillos y una expresión cautelosa, como si no supiera si debía acercarse o volver al interior.

—Hola —dijo ella, en apenas un susurro.

—Hola —respondió Cole con voz grave, contenida.

Durante un momento, ninguno supo qué más decir.

—Pensé que no vendrías —añadió Debra, intentando romper el silencio.

—Lou puede ser…muy persuasiva —replicó Cole, con una media sonrisa que suavizó su expresión.

Ella asintió, esbozando una pequeña risa.

—Sí, lo sé.

El silencio volvió, pero esta vez no pesaba.

Cole dio un paso, luego otro más, lo justo para acortar una distancia que se sentía mucho más profunda que física.

—Debra, no he sido justo contigo —dijo al fin, con la voz baja, casi rota—. No después de todo lo que hiciste por el festival, por el pueblo… por mí.

—Cole…

—Déjame terminar —le rogó—. Cuando pasó lo de la agencia, sentí que me quedaba sin suelo bajo los pies. Estaba acojonado, pero no por el rancho, sino porque creí que, después de la venta, te marcharías… y te perdería para siempre.

Debra lo observó, sorprendida por la desnudez de sus palabras.

—Yo también tuve miedo —confesó Debra con la voz quebrada—. Miedo de fallar, de no saber cuidar algo tan grande como el rancho de mi tía. Y cuando pensé en vender, fue porque creí que no lo merecía. Ni el rancho. Ni el cariño de la gente. Ni a ti —susurró al final, como si las palabras que estaba pronunciando le dolieran.

Cole acortó la distancia que los separaba y la tomó por la cintura. Luego alzó una mano, posándola bajo su barbilla para obligarla a levantar el rostro. Sus ojos grises se encontraron con los de ella, cargados de ternura y una urgencia contenida.

—Debra… —murmuró, y su nombre sonó como una promesa —. No tienes idea de cuánto te he echado de menos. Intenté convencerme de que alejarme de ti era lo mejor, que era lo correcto… pero no hay un solo día en que no piense en ti.

Ella lo miró, inmóvil, como si temiera romper el instante que estaban viviendo, pero a la vez con la necesidad de cerciorarse de que sus palabras eran ciertas.

—No digas eso si no lo sientes —rogó en apenas un hilo de voz.

—Lo siento, más de lo que sé expresar con palabras. Te quiero, Debra. Te quiero porque contigo todo encaja. Porque cuando te miro, siento que he vuelto a casa y me siento completo.

Debra sintió que un nudo se le formaba en la garganta al escuchar su confesión. Y las lágrimas le resbalaron por las mejillas sin que intentara detenerlas.

—Yo también te quiero, Cole —susurró—. Lo he sabido desde el primer momento que nuestros labios se encontraron, ahora lo sé, aunque me empeñara en fingir que no.

Cole sonrió, con una mezcla de alivio y ternura, y simplemente la besó.

La unión de sus labios fue cálida y verdadera, impregnado de una promesa muda: la de permanecer juntos, no solo esa noche, sino todas las que vinieran después.

Lou, que observaba la escena desde la ventana, alzó su copa de sidra con una sonrisa satisfecha.

—Por fin —murmuró—. Que así sea.

El camino de regreso al rancho transcurrió en silencio, pero no resultó incómodo. El cielo se extendía como un lienzo azul profundo, salpicado de estrellas, mientras la luna bañaba los campos con un resplandor plateado. Cada paso compartido, mientras se dirigían a la casa, parecía borrar la distancia que los había separado, como si el invierno mismo los guiara de regreso a casa.

Cuando llegaron al porche, se detuvieron un momento antes de entrar, dejando que la brisa fría y el cielo estrellado los envolvieran.

—¿Sabes? —dijo ella, rompiendo la quietud—. Cuando llegué aquí, pensé que Maple Hollow sería solo una escala.

—¿Y ahora? —preguntó él, sin apartar la mirada de ella.

Debra sonrió.

—Es mi hogar.

Cole le tomó la mano.

—Entonces, empecemos de nuevo —susurró.

—Sin cláusulas —añadió ella, sonriendo.

Se miraron, y por un instante el mundo pareció reducirse a eso: dos almas encontrándose en una nochebuena única. La puerta se cerró tras ellos, y el calor del fuego encendido en la chimenea los envolvió, llenando la estancia de luz, olor a madera crepitante y la promesa de todo lo que estaban a punto de construir juntos.

La nieve seguía cayendo afuera, silenciosa y constante, cubriendo el pasado con su manto blanco, mientras ellos elegían

mirar hacia adelante, hacia un futuro compartido, hacia la vida juntos que habían decidido no dejar escapar.

FIN

EPÍLOGO

Un año después

Maple Hollow brillaba con la misma magia de siempre. Las calles se llenaban de luces cálidas que parpadeaban suavemente en el frío de diciembre, mientras los villancicos flotaban en el aire y el aroma a chocolate caliente y galletas caseras se entrelazaba con la brisa helada. Los vecinos paseaban entre risas y saludos, y los niños corrían de un lado a otro con gorros de lana, bufandas multicolores y mejillas encendidas por el viento invernal.

Debra y Cole se movían entre el bullicio con la misma pasión y dedicación que, un año atrás, los había unido. Supervisaban cada detalle de la feria: enderezaban guirnaldas torcidas, revisaban los puestos de artesanías y productos locales, y se aseguraban de que todo estuviera perfecto.

Lou, fiel a su estilo, rondaba con su termo de café humeante y una sonrisa que combinaba picardía y sabiduría.

—No olvidéis probar el *glühwein* en el puesto de la esquina —comentó Lou, observando como Debra ajustaba su bufanda—. Y Cole… sonríe más; la gente nota cuando estás demasiado serio —añadió antes de desaparecer entre la multitud.

Cole rodó los ojos, pero una sonrisa genuina adornó sus labios. Sin previo aviso, tomó la mano de Debra, y ella entrelazó sus dedos con los suyos, sintiendo un calor familiar que ningún frío podía apagar.

—¿Te das cuenta? —susurró Debra, apoyando la cabeza en su hombro por un instante—. Esto… todo esto… lo hicimos juntos.

—Sí —respondió Cole con esa mezcla de ternura y firmeza que siempre la había cautivado—. Y seguiremos haciéndolo cada año, perpetuando el espíritu navideño de la tía Millie.

—¿Seguimos con el paseo? —preguntó Debra.

—Por supuesto —dijo Cole con una sonrisa.

El aroma del pino y la canela flotaba en el aire mientras se detenían frente al gran árbol principal, iluminado por cientos de luces cálidas y adornado con bolas de cristal que reflejaban el resplandor de la feria. La magia del festival no provenía solo de la plaza o de la música: si no de la unión de las gentes de Maple Hollow.

—Debra, te amo y estoy muy orgulloso de ti —dijo, apretando suavemente su mano—. Has conseguido abrir tu propio bufete, aunque modesto, aquí en Maple Hollow.

—Y tú has vendido tus primeros caballos, y juntos haremos que nuestro proyecto de clases de equitación para personas con discapacidad sea también un éxito.

Cole sonrió, y sus ojos brillaron con emoción.

—Sí, lo hemos logrado, pero aún quedan muchos sueños por cumplir… juntos.

Se abrazaron y se besaron junto al árbol, dejando que el momento se alargara sin prisas. El invierno podía ser frío, pero en ese beso, la calidez de su amor bastaba para caldear todo lo que los rodeaba.

Lou, observándolos a cierta distancia, levantó su termo de café como brindando en silencio y murmuró con orgullo y picardía:

—Ahí están, Millie… mis dos cabezas duras favoritas. Al fin aprendieron lo que muchos tardan toda la vida en descubrir: el amor no es un accidente, es una decisión… y ellos la tomaron.

A medida que el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de dorado y rosa, Cole se detuvo y miró a Debra con esa mirada profunda que siempre la hacía sentir única y especial.

—Esta noche creo que no podremos librarnos —dijo, recordando la invitación de Lou— de la cena de Nochebuena en el salón comunitario. Aunque yo preferiría pasar la noche de otra forma —añadió con una mirada traviesa.

—No hay excusas —replicó Debra divertida—. Si Lou lo ha organizado, no podemos faltar.

Ambos comprendieron que aquella Navidad les había devuelto algo más que alegría: les devolvía la certeza de que amar, permanecer, construir y soñar era posible. Que juntos, enfrentando

cada desafío con paciencia y ternura, podían convertir cualquier época del año en luz y esperanza.

Y mientras un manto blanco cubría suavemente Maple Hollow, ambos sellaron su historia. Una historia que ya no dependía de la casualidad, sino de la elección diaria de amarse, cuidarse y crecer juntos. Y eso, más que cualquier luz de feria, iluminaba todos los inviernos por venir.

MAR FERNÁNDEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.
Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por "El jardín de las mentiras" de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.
Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

"Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón."
Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, Instagram…
http://marfernandezmartinez.wixsite.com

Noa lleva una vida que cualquiera envidiaría. Es médica de urgencias en uno de los hospitales más prestigiosos de Nueva York y tiene un novio perfecto... o eso pensaba, hasta que descubre que él mantiene una aventura con otra mujer.

En un instante, su mundo se viene abajo, y buscando sanar su corazón roto, decide escapar al rancho de su abuelo, William Turner, un hombre con el que nunca ha tenido una relación cercana. Con la idea de pasar allí las navidades, Noa se embarca en un viaje inesperado que la llevará a enfrentar secretos dolorosos del pasado familiar y a reencontrarse con un antiguo amor que, sorprendentemente, sigue latiendo en su corazón.



¡¡¡Pincha enlace para conseguirla!!!

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.
Atardecer contigo.
Viaje a los sentimientos.
Construyendo un amor.
Atrapado en tu recuerdo (Esencia Irlandesa).
Bajo las luces del invierno.

Bilogía "Los chicos Bradford"

Atrapado en tu recuerdo.
Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía "Town Hope"

Besos con sabor a lluvia.
Besos con sabor a esperanza.

Serie "Fast River"

La debilidad de Graig.
Un giro inesperado del destino.
La frontera del corazón.
Corazones esquivos.

Serie "White Valley"

Huyendo de mi destino.
Oscuros secretos en White Valley.
White Valley, un lugar para soñar.
Señor Rodeo.

Serie "Hidden Valley"

Latidos cautivos.
Honor de Conway.
Un abismo entre tú y yo.

Serie "Serene Falls"

Los silencios perdidos.
Mi corazón susurra tu nombre.
Un refugio en Moonlight.
Enredado en tu piel.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a lavanda.
El corazón de Fiona.
Abrazando la tormenta.
Reflejos del pasado.
Una boda y cinco estados para enamorarme.

Victoriana:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor.
Perdida en tus brazos.
El Halcón del Támesis.

(Serie Libertinos)

Una apuesta desafortunada.
Conquistando a lady Helena.
Anhelos ocultos.

Trilogía "Destino"
(Género western)

Dos hombres y un solo corazón.
La ingobernable señorita Peterson.
La impostora y el marqués.

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.
El viaje de su vida.
Forajida.
La decisión de Elaine.
Amor rebelde.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.
